

ZELÁ BRAMBILLÉ

⚡ Somos electricidad

DOS AMIGOS, UNA TENTACIÓN

WINGS TO CHANGE II



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, Zelá Brambillé

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

Génesis De Sousa

Daniela Alcalá

Maquetación

Daniela Alcalá

Corrección y revisión

Abel Carretero Ernesto

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-17142-24-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Zelá Brambillé

⚡ Somos electricidad



Nova Casa Editorial

Índice

PREFACIO

PARTE I

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISEIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDOS

VEINTITRES

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

PARTE II

VEINTISEIS
VEINTISIETE

EPILOGO

CONTENIDO EXTRA

GLOSARIO

Gracias al único que jamás me ha abandonado. Aunque a veces sienta que estoy varada en la oscuridad, gracias por darme fuerzas, por sorprenderme cuando creo que nada asombroso podría pasarme y abrir las ventanas de mi alma para que disfrute el paisaje.

Tú no, los humanos sí.

*Para ti, que guardas relámpagos en el alma.
Si llueve empápate y disfruta la estruendosa sinfonía.*

Prefacio

Años atrás

Ser el nuevo no era divertido, la mayoría de sus compañeros se lo quedaban mirando con curiosidad, pero ninguno se atrevía a acercarse al pobre chiquillo desolado en una banca del patio del instituto.

A él le gustaba su escuela anterior, ahí tenía amigos, nunca se quedaba solo durante los recesos y no tenía que usar un horrible uniforme que amenazaba con ahorcarlo.

No podía quejarse, era normal que le rehuyeran como si apestara a zorrillo, había hecho todo lo posible para que su padre no lo llevara a ese lugar que, más que colegio, parecía un castillo embrujado. Ninguna táctica le funcionó.

En la entrada, a eso de las ocho de la mañana, se había atrevido a hacer un berrinche, lloriqueando, gritando y haciendo pucheros, poco le faltó para tirarse al suelo y patalear. Lo único que consiguió fue un coscorrón en la cabeza de parte de su progenitor, las miradas reprobatorias de los profesores y las risas burlonas de los alumnos.

Lanzó un suspiro cargado de resignación, apoyó los codos en sus rodillas inclinándose hacia adelante y enfocó el suelo.

De pronto, sintió una presencia a su costado. Alguien se sentó a su lado, y por el rabillo del ojo vio a un chico con un videojuego portátil. Llevaba el mismo uniforme que él, el cual consistía en un ridículo overol, una camisa blanca y una boina de cuadros azules en la cabeza.

Se propuso ignorarlo. Aunque, ¿qué hacía ahí, de todas formas? Era su banca, él se había sentado primero.

—Hola —dijo el niño desconocido sin despegar los ojos de su juguete.

Pero Manfred no contestó, sino que se arrastró hasta quedar en la orilla opuesta del asiento con casi medio cuerpo fuera. Si no entendía que no quería charlar con

él significaba que era tonto.

—¿Quieres jugar? —insistió el jovencito, bajando el videojuego para poder concentrarse en el otro, intrigado por el mal humor del recién llegado, quien hizo como si no hubiera dicho nada. En lugar de molestarse, a Ashton le pareció muy divertido, no era como el resto, por lo que chasqueó la lengua y se mordió el interior de sus mejillas para no sonreír—. Es que te da miedo porque no podrás superarme, ¿verdad?

Aquellas palabras fueron como dinamita, Manny se giró y se estiró para arrebatarse el dichoso juego.

¿¡Pero qué le pasaba a ese chico!? ¡Lo iba a superar como que se llamaba Manfred Clark! Y lo hizo, venció a Ashton Ford en esa ocasión, por lo que al día siguiente se encontraron en el mismo sitio para la revancha, y el día siguiente y el siguiente...

Al final la excusa se quedó en el pasado y sin darse cuenta se convirtieron en mejores amigos.

Parte I

Esta noche pasaste por mi camino
y me tembló en el alma no sé qué afán,
pero yo estoy consciente de mi destino
que es mirarte de lejos y nada más.
No, tú nunca dijiste que hay primavera
en las rosas ocultas de tu rosal.
Ni yo debo mirarte de otra manera,
que mirarte de lejos y nada más.
Y así pasas a veces tranquilo y bello,
así como esta noche te vi pasar.

Fragmento del poema *Amor imposible*.

JOSÉ ÁNGEL BUESA

Pasó la agujeta hacia el lado contrario y por debajo de la otra apretó. Formó un moño bien calculado y volvió a apretar. Repitió el procedimiento dos veces más porque su madre siempre le había dicho que era más seguro de esa forma. Si aseguraba las agujetas habría menos posibilidades de que cayera.

Sabía que solo estaba retrasando la tortura, él prefería pasar el rato en lugares más tranquilos, quizá leyendo un libro de *Dickens* o continuando ese ejemplar de *Los hermanos Karamazov* que descansaba en su mesita de noche porque había sido su propósito de Año Nuevo; pero el legado de su familia aseguraba que tenía buenos genes para el básquetbol. Genes o no, sus sentimientos hacia dicho deporte casi rayaban el odio. ¡A la mierda los genes!

Hizo una mueca y chasqueó la lengua con resignación. Por más que quisiera huir o esconderse en la cueva más recóndita del planeta, no podía hacerlo... o, más bien, no le dejaban abandonar el baloncesto, sería como insultar a sus ancestros, y lo que menos quería era enervar a su padre con algo tan estúpido como eso.

Relamió sus labios agrietados en un vano intento de darse valor, a él no le gustaban esas cosas; no obstante, su padre estaba poniendo demasiada presión sobre sus hombros. Para sobrellevar sus problemas no existía otra alternativa más que salir a la cancha, aunque terminara haciendo el ridículo, como cada vez que lo intentaba.

No deseaba levantar sospechas en un hombre que sospechaba de todo, era una cruz que no estaba dispuesto a cargar. Manny sabía perfectamente quién era, pero todavía era muy difícil para él aceptarlo delante de la gente.

No podía decir con exactitud cómo se había dado cuenta de que era diferente al resto de sus compañeros. Un recuerdo cruzó su mente, jamás olvidaría ese momento:

Por órdenes de su padre tuvo que hacer la prueba para entrar al equipo de básquetbol, pues él aseguraba que era la mejor actividad extracurricular y que debía seguir la costumbre de la familia.

Aceptó el desafío porque sabía que era un asco y que no le darían la entrada, jamás se le cruzó por la cabeza que Ashton —quien ya era parte del equipo— hablaría con el entrenador y daría buenas referencias de él. No le dieron un puesto, pero sí lo convirtió en suplente. No le reclamó a Ash porque no lo había hecho para molestarlo, pero sin duda alguna detestaba cada minuto que pasaba en el entrenamiento, y peor todavía en los juegos.

Su cuello era un mar de sudor, la camiseta mojada se le pegaba al cuerpo, necesitaba darse urgentemente una ducha. No obstante, se quedó en el exterior de los vestidores de los chicos, esperando que el tumulto de jóvenes saliera.

Siempre que pasaba eso se sentía como un idiota, pero era eso o enfrentar la tortura de observar los cuerpos desnudos de sus compañeros, que tenían las hormonas tan alborotadas como las suyas.

Ashton se ubicó junto a él mirando hacia la entrada.

—No me digas que sigues pensando esa estupidez —dijo el chico al tiempo que se secaba el sudor que le salía a borbotones.

Manny le había echado una pequeña mentirjiilla para que dejara de preguntarle por qué no entraba, se aseaba y listo. Le dijo que era inseguro y no quería que los demás lo vieran. Nada más alejado de la realidad.

—Pues sí —se limitó a decir. Esperó que Ash entrara, cosa que no hizo. Tragó saliva con nerviosismo y le dio una mirada de reojo, su amigo lo estaba observando con atención—. ¿Qué?

—Tienes que superar tus miedos, Man —respondió—. A lo mucho se burlarán, luego se reirán de otro, no te lo tomes como algo personal.

Iba a responder, pero Ashton afianzó su codo y lo arrastró. Abrió los párpados con horror, ¡infiernos! Se zangoloteó para que lo soltara, incluso clavó los talones en el suelo. Nada funcionó. Terminó en el interior de los vestidores, respiró hondo para tranquilizarse y se obligó a no mirar.

Afortunadamente todos estaban en las duchas, se desinfló. La calma duró poco, pues su más terrible pesadilla sucedió, Ash se quitó la playera sudorosa y después los shorts junto con los calzoncillos.

—¿Lo ves? No pasa nada —le aseguró Ashton mientras sacaba una toalla de su casillero y se encaminaba hacia las duchas.

No tenía idea del conflicto en el interior de Manfred, quien no podía negar más la naturaleza de sus sentimientos. Al principio creyó que era cariño amistoso, pero con el severo problema que empezó a surgir dentro de sus pantaloncillos quedaban confirmadas sus suposiciones.

Manny era gay, muy gay.

¿Para qué seguir negándose lo obvio?

Manfred vivía en una pequeña casa con su madre y su padre, quienes seguían al pie de la letra las leyes de Dios. Desde que era un crío le habían enseñado las reglas de la iglesia a la que pertenecían. El señor Edward Clark era el patriarca de la familia y la señora Olivia era una mujer que obedecía los mandatos de su marido solo porque la biblia lo decía.

El chico era una oveja perdida que no deseaba regresar al rebaño. Sin embargo, no quería decepcionar a su familia, estaba seguro de que tarde o temprano pasaría cuando se enteraran de su secreto, así que esconderlo era lo más cuerdo por el momento.

Había sido testigo de cómo su círculo social llevaba repelente contra las personas diferentes. Podían considerarlo distinto, aunque fuera más humano que muchos de ellos.

Se irguió y pasó la mirada por el extenso campo rectangular. El gris del concreto, decorado por líneas de colores, relucía por los rayos de un sol que se estrellaban en el suelo y producían espejismos. Hacía calor, demasiado. Tuvo que pasar el dorso de su mano para limpiar el sudor que se le había acumulado en la frente.

Sintió una mano sobre su hombro, giró la cabeza para buscar al causante de mencionado toque. Ahí estaba él con su cabello caoba, que se veía más rojizo de lo que era por la luz del lugar. Le dieron ganas de pasar sus dedos por la larga cabellera y comprobar si era suave, sedosa; pero apretó las manos en puños para ahogar ese anhelo que lo consumía.

¿Qué otra cosa podía hacer?

No podía seguir con esa mierda ahora.

Empujó esos pensamientos hasta dejarlos en un rincón, en el mismo donde los ocultaba cada vez que luchaban por salir. A pesar de que sabía que sus deseos eran irracionales, le costaba trabajo no mirar con detenimiento cómo los pantaloncillos se pegaban a los muslos de ese joven que había sido parte de su vida desde los doce.

Desvió la mirada y la clavó en el entrenador Fitzgerald, quien pronunciaba un apasionado discurso en el centro del escenario deportivo.

Ashton Ford era su debilidad, y las debilidades hay que guardarlas en lo más profundo para que no terminen dominando lo que eres.

—Oye, no estés todo raro, sabes que eres genial cuando te concentras, pero tu padre te puso todas esas tonterías en la cabeza. Solo déjalo salir, Man —dijo Ash.

Era el único que lo llamaba así, le gustaba la familiaridad entre ellos, siempre lo había hecho. Desde que descubrieron en el patio de la escuela básica que amaban jugar a videojuegos no hubo poder humano que separara a esos dos que, más que amigos, parecían siameses.

—Lo dice la estrella del equipo —canturreó Manny volcando los ojos. Ashton soltó una risita entre dientes y palmeó su espalda, como hacía siempre que le daba miedo entrar a su casa y enfrentarse a su padre después de haber violado el toque de queda.

Muchas veces se había quedado afuera de esa construcción que se suponía era su hogar. Entonces, su mejor amigo le daba asilo. La familia Ford era la típica agrupación americana que hacía parrilladas y dejaba que el menor hiciera lo que deseara porque era el único varón en medio de un montón de mujeres. Habían recibido a Manny con los brazos abiertos, el joven amaba ser consumido por la normalidad y el desparpajo los fines de semana que pasaba con ellos.

—Hay talentos que no pueden esconderse, aunque lo intentemos, casi como el amor y la atracción —respondió alzando las cejas graciosamente. Manfred resopló ante su tonta frase y lo miró mientras se dirigía al centro del campo para reunirse con el resto del equipo.

No dudó en hacer lo mismo cuando Fitzgerald le dio una mirada mordaz y lo señaló con su dedo índice. Era un buen tipo, de extrema altura y tez morena, las camisetas de *lycra* le quedaban apretadas. Unos cuarenta años o más, le calculaba. Su entrenador no era el más parlanchín, por lo que eran pocos los datos que sabían.

Arrastró los pies por el suelo como un niño pequeño y se colocó en una de las dos hileras humanas enfrentadas que se habían formado. Frente a él estaba este chico *playmaker* odioso que lo molestaba siempre. Era una especie de bravucón que adoraba lanzar la pelota como si la distancia se tratara de kilómetros y no de un par de metros. Solo por eso Manny lo detestaba, porque lo hacía correr a

propósito y recibía uno de los gritos del *coach* por no haber sido capaz de recibir la bola.

Los lanzamientos dieron inicio, y una decena de balones anaranjados voló de un lado a otro, por supuesto que Jerry torció la boca con burla y pasó un proyectil que se estampó directo en su pecho. Jadeó y entrecerró los párpados, conteniendo su furia. Así iniciaba siempre, la mayoría de las veces quería partírle la jodida cara hasta que se desangrara por la nariz; pero eso significaría un reporte y seguramente un castigo de parte del dictador que tenía por padre.

No valía la pena.

Manny apretó los dientes y se rogó calma, repitió en su mente una y otra vez que Jerry era un idiota. Ya se había acostumbrado a las burlas del grandulón.

Decidió que ignorarlo era una opción factible, pero rogó clemencia a los cielos cuando el balón salió volando mucho más allá de los límites. El tipo aplicaba más fuerza de la necesaria solo porque le gustaba molestar. Lo sabía al igual que el equipo, Fitzgerald también, pero nadie hacía nada porque era el hijo de uno de los empresarios benefactores de los *Eagles*.

Fue por la pelota y respiró profundo para no perder los estribos. Sabía que todo el asunto de las bromas pesadas se debía a su estatura y complexión delgada. Manny lucía como un pequeño palo de escoba en comparación con las montañas de madera que eran otros. Eso y que era respetado por ser el mejor amigo del *alero*, puesto que Ash se había ganado al ser rápido y preciso, el tipo había nacido para el baloncesto.

Sí, todo era jodido, pero al menos mantenía a su papá contento.

Se mordió la lengua cuando el cretino de pacotilla volvió a hacer lo mismo, esta vez riendo por su hazaña. Manny no fue por la pelota, porque había tenido suficiente. En cambio, se le lanzó al muchacho y lo tomó por la camisa blanca de tirantes.

Escuchó exclamaciones, no le importó que los demás se acercaran y le pidieran que se calmara.

—Para tus juegos, Donovan —gruñó. Jerry soltó una carcajada en voz alta y se sacudió para soltarse, algo que consiguió a medias.

—¿Qué harás si no? ¿Va a venir tu papá a partirme la cara o va a darme una ofrenda? —El que iba a darle un golpe en cualquier parte como ofrenda sería él mismo, no necesitaba de nadie para desfigurarle el rostro. Que la gente sacara ese tipo de cosas lo enfermaba. No era ningún secreto que al señor Clark le gustaba de avergonzarlo. En ocasiones su padre no se controlaba.

Recordó aquella ocasión en la que fue a reclamarle a la profesora de Química cuando le había puesto un ocho en vez de un nueve. También el día que se plantó en la entrada de la institución para evangelizar a las chicas que vivían en el pecado por haber perforado sus ombligos. Manny había rogado para que no lo hiciera. Por supuesto que su progenitor le jaló el lóbulo de la oreja para callarlo, y sus compañeros se burlaron de él mucho tiempo después del mencionado suceso.

El castaño elevó el puño, listo para callar esa bocota que soltaba pura basura. Sin embargo, alguien tomó su codo justo a tiempo, impidiendo el ataque y echándolo hacia atrás. Otros más se unieron a la tarea de separar al espectáculo en el que se habían convertido.

Sabía muy bien de quién era esa mano que se cerraba en su antebrazo y apretaba con agresividad, como si estuviera conteniéndose.

—¿Qué está mal con ustedes, muñequitas? Si van a tener problemas que sea fuera de las prácticas. No quiero discusiones aquí —soltó el entrenador.

Quería vomitar, no sabía cuánto más iba a soportar, tampoco si iba a resistir cuando la burbuja explotara a su alrededor.

Se deshizo de los dedos que lo sostenían y salió disparado hacia ninguna parte en particular, con las ganas de esconderse debajo de una roca y nunca más salir. Unas cuantas voces le pidieron que regresara porque el campeonato se acercaba y era obligatorio practicar, y él quiso reírse a carcajadas. Como si fueran a echar de menos a uno de los suplentes...

Salió de Beacon High como alma prendida por las llamas del infierno, ni siquiera entendía por qué estaba tan molesto si ya estaba acostumbrado a las idioteces de Jerry Donovan.

Muy en el fondo sabía la respuesta: su padre seguía presionando para que pidiera una beca deportiva en la universidad del estado, el jefe de la familia quería que el pequeño de los Clark estudiara economía —como él—.

La etapa en Beacon estaba a punto de culminar y debía pensar en su futuro, no tenía claro qué quería hacer con su vida, lo único despejado en su mente era que por ningún motivo estudiaría algo relacionado con lo que su padre deseaba.

Caminó hacia la salida, esquivando algunos saludos que no le apetecía corresponder y se montó en su antaño bicicleta ya sin preocuparse en cumplir el horario escolar. Necesitaba respirar y sabía perfectamente a dónde tenía que ir para lograrlo.

El manubrio giraba según sus órdenes, la llanta delantera hacía caso y juntos lo

dirigían a un destino que ya conocía muy bien. El camino le supo demasiado familiar porque Ashton y él habían recorrido esas calles muchas veces.

Aseguró su vehículo junto a un árbol y descendió como una máquina por la colina. Había muchos pinos y arbustos, el aire estaba lleno de ese olor característico a tierra y hojas secas. No había nada más relajante que eso para él. Era su lugar, su paraíso personal.

No era un parque, tampoco un bosque, era solo una arboleda que estaba escondida del resto de la humanidad. Un sitio que usaban para esconderse del mundo cuando era necesario, revelar secretos si no podían ser guardados o simplemente para tomar una siesta en vez de ir al aula de la clase de Matemáticas.

Ashton y él lo habían bautizado como «Sinfín».

Encontró un tronco y se dejó caer en el piso arenoso, apoyó la espalda en esa superficie arrugada y cerró los ojos. Enmudecido, disfrutó de los sonidos de los pájaros y se relajó por primera vez en la semana. ¡Dios! ¡Cuánto había necesitado sentarse y hacer nada!

Los minutos pasaron, Manny no se movió ni un poco, no quería que la recién adquirida paz fuera ultrajada y perdida. No fue hasta que escuchó los pasos de alguien que se puso alerta. Apretó la mandíbula cuando lo vio aproximarse. A veces deseaba que Ashton no supiera todo lo que sabía de él, en ocasiones quería alejarse y otras tantas no hacerlo.

Quería decirle que se fuera, que lo dejara porque no le apetecía verlo; pero al mismo tiempo deseaba contárselo todo, confesarle sus sentimientos, los pensamientos que no lo dejaban dormir durante las noches. ¿Por qué tenía que ser tan difícil? ¿Por qué el mundo no podía dejar de mirar los problemas de otros para arreglar los propios? ¿Por qué tenía que sentir esa agonizante atracción hacia la única cosa buena a su alrededor?

Ashton era como un hermano para él, no quería perderlo, lo necesitaba porque significaba seguridad, era su casa. No podía imaginar su rostro al enterarse de que el chico con el que compartía sus más íntimos secretos era gay y estaba muy colado por él. Iba a romperle el labio e iba a quemarlo sin piedad. Lo perdería.

Un nudo se formó en la base de su garganta mientras veía cómo este se sentaba a su lado. De soslayo miró su perfil recto y sus pómulos afilados, mordió con fuerza el interior de su mejilla, porque otra vez estaba teniendo la clase de fantasías imposibles y dolorosamente placenteras; pero al fin y al cabo eran eso: fantasías.

Se quedó callado y echó el cuello hacia atrás para mirar el cielo claro que coronaba en las alturas su cabeza. Viró para poder verlo y estancó sus ojos marrones en unos pardos que no le quitaban la mirada de encima. Esperó a que pronunciara algo, pero se aclaró la garganta cuando se dio cuenta de que no diría nada. Seguía enojado.

—¿Por qué te pusiste así? —preguntó Ashton un tanto confundido por el arrebató de más temprano en la cancha. Sí, era común en Manny desahogar su rabia de alguna forma. Golpeaba las paredes o ahogaba gritos en su almohada, pero jamás en las personas. Últimamente su amigo actuaba demasiado raro, había veces que incluso sentía que lo apartaba, que le escondía algo—. ¿Qué está pasando, Man? ¿Es algo relacionado con Edward? Si es eso ya te dije que mi mamá te recibirá con los brazos abiertos...

—¡No viviré en tu casa! —exclamó el otro con la mandíbula apretada. Ash arrugó la frente a causa de la reacción tan exagerada. Como no era que no le gustara estar con su familia no entendía qué pasaba. Manny soltó un suspiro y talló su cara como si se acabara de dar cuenta de su actitud poco amigable—. Lo siento, Ash, sabes que me agrada estar en tu casa, pero tampoco quiero ser un arrimado. Papá quiere que aplique para economía en la estatal, no me escucha y estoy harto. Yo no soy el hijo que él quisiera tener, he pensado en huir.

—¿Escapar? ¿A dónde? —preguntó, ladeando la cabeza, más intrigado que sorprendido.

—Estoy por cumplir los dieciocho, puedo buscar un empleo y luego... ya veré. —Escuchó con atención, pero regresó la vista al frente. Ashton se quedó mirando a una hormiguilla que caminaba sobre una hoja seca.

—¿Te acuerdas cuando éramos niños y nos obsesionamos con Drácula? Dijimos que iríamos a vivir a su castillo y nos esconderíamos en su ataúd.

Manny soltó una risita divertida. ¿Cómo olvidar aquellos tiempos en los que todo parecía tan sencillo!?

—Y solo saldríamos por las noches para morder a la gente —dijo él.

Ambos lanzaron una carcajada, tal vez recordando aquellas aventuras que habían hecho a lo largo de su niñez. Travesuras que habían alegrado sus tardes, como salir corriendo después de tocar el timbre de una casa o realizar bromas a los chicos de la escuela básica. Una vez depositaron pegamento en el asiento de un maestro y se manchó de blanco la parte trasera del pantalón. Se ganaron una semana en detención.

Eran diferentes, pero a la vez muy iguales. Eso se podía ver a simple vista, muchos se preguntaban cómo se soportaban. Mientras Manny detestaba los deportes, Ashton era protagonista de cualquier actividad deportiva. Uno adoraba el arte y el otro, si sabía de Picasso era un milagro. Ash era más alto, le sacaba media cabeza, pero cuando peleaban, su amigo era el fuerte.

Sus personalidades contrastaban, eran polos opuestos; pero al final del día Ashton sabía que nunca nadie ocuparía el lugar de Manny, y Manfred pensaba igual. Aun cuando odiaran las cosas del otro, ellos encontrarían la manera de acoplarse, porque de eso se trata el ser amigos, ¿no? De aceptar al otro y quererlo tal y como es.

—Deja de actuar como si tuvieras un grano en el culo. ¿No te gusta el básquetbol? Abandónalo, Edward entenderá tarde o temprano que no puede hacer de ti lo que no pudo ser. —El muchacho asintió, sabiendo que tenía razón. Iba a levantarse, pero su voz lo detuvo—. Y, Man... sabes que estoy para ti.

No encontró saliva para tragar y disimular el nerviosismo al contemplar sus ojos marrones expresivos, la boca se le secó tanto que pensó que su lengua se haría cenizas. «Yo también voy a estar para ti, Ash, estaré de maneras que ni te imaginas», pensó.

—Ya, deja de ser tan cursi —dijo, en cambio. Recibió unos ojos en blanco y un resoplido entre dientes como respuesta.

Se levantaron y dejaron que Sinfín siguiera con lo suyo.



Lo invitó a comer, aunque no tenía que hacerlo, era prácticamente su hogar, incluso tenía ropa ahí. La señora Ford los recibió con una sonrisa tan extensa que el pecho de Manny se derritió un poco. La madre de su amigo era una mujer ejemplar.

Era arquitecta y trabajaba en un negocio de bienes raíces con sus cuatro hermanas, eran socias. Les estaba yendo bien. Había escuchado a Ashton hablar de un hotel de lujo que construirían a las afueras de la ciudad; pero él no preguntaba mucho al respecto.

Era viuda. A Luce le gustaba admirar la fotografía de su esposo, que estaba en el escritorio del despacho. Podía pasar horas y horas encerrada en esa habitación. Murió cuando Ash era apenas un bebé en un accidente de tráfico, así que ninguno de los dos amigos pudo conocerlo. La familia Ford decía que había sido un gran hombre, que hubiera dado todo por su esposa e hijo, y le creía por el tiempo que le profesaba a su recuerdo. A Manny le hubiera gustado tener un padre así y no uno que lo obligara a ser alguien que no era.

Fueron directo a la mesa.

—Hola, abuela —dijo el dueño de la casa, se acercó a la susodicha y dejó caer un besillo en su sien. La anciana respondió con una cálida sonrisa.

—¿Cómo les fue? —preguntó la vieja mientras un recipiente lleno de pasta era colocado en el centro.

Cuando los cuatro estuvieron en sus respectivos puestos se sumergieron en una cómoda plática.

A Manny le gustaba estar ahí, podía hablar sin que sus padres le repitieran que pusiera los codos debajo de la mesa o que usara los cubiertos adecuados. Las señoras reían mientras platicaban, no estaban locas por el control. La casa estaba llena de vida, no como la suya: seria y formal, adornada por cruces y figuras religiosas.

No obstante, había otros motivos, que tenían nombre y apellido. Y estaba justo a su lado, riendo de las ocurrencias de su progenitora y su madre.

Se lo quedó mirando por un momento, su perfil recto terminaba en punta y después seguía una mandíbula cuadrada, ese era el rasgo más varonil en el rostro del joven. Y sus labios... eran... gruesos. Muchas veces había soñado con besarlo, algunas despierto y otras dormido; no importaba cómo, él lo perseguía a todas partes.

Manny giró la cabeza para sacarlo fuera de su radar.



Más tarde, a eso de las seis, Ashton gritó lleno de frustración cuando su competidor fue derrotado por su oponente en la pantalla. Aventó el control al suelo y negó, claramente indignado por la derrota.

—Tuviste suerte o hiciste trampa, tú dime. Es imposible que ganaras, yo llevaba la ventaja.

—Oh, no seas tan llorón, Ash —dejó escapar una risotada, divertido por el berrinche, tanto que parecía que en cualquier momento se levantaría y haría una pataleta—. Es un simple videojuego.

Se quedaron silenciosos por unos minutos, quizá recordando que hacía tiempo había sido un simple videojuego el culpable de que fueran amigos. Las viejas tradiciones no podían perderse. La tranquilidad no duró mucho. Un timbre retumbó en las paredes de la habitación, volvió a reír cuando lo vislumbró luchando por sacar el aparato electrónico del bolsillo de su pantalón.

—Hola, preciosa —soltó Ashton en voz baja.

Manfred borró la sonrisa y frunció el ceño, miró hacia otro lado, se concentró en los personajes que bailaban en el interior del televisor celebrando la victoria; pero mantuvo los oídos atentos.

Seguramente era otra de las tantas conquistas del chico, otra que se llevaría a la cama con desesperación y luego apartaría como si nada. No sabía qué le molestaba más, que las lastimara o que lo lastimaran a él. No debía sentirse así.

—Yo también quiero verte, Emily, ¿qué te parece si paso por ti?

¿Emily Grayson? Esa chica estaba perdidamente enamorada de su amigo, no era para nada el tipo de Ashton, ¿qué significaba aquello? Él nunca salía con nadie entre semana. Su cerebro comenzó a maquilar ideas que no le agradaron y su corazón se agrietó un poco más. Quería irse ya mismo, ¡joder!

—Hablamos luego —susurró Manny hacia el sujeto a su lado, quien lo vislumbró con extrañeza. Salió de ahí antes de que le preguntara algo o cortara la llamada.

Bajó trotando, tan rápido como sus pies le permitieron, y se despidió de la señora Ford, quien estaba arrodillada en el césped del exterior frente a una jardinera.

Todo el camino lo recorrió agitado, no se hacía falsas esperanzas, no creaba sueños con finales de cuento porque ni en utopías pasaría lo que añoraba; pero

dolía, dolía como nada existente, porque cada vez perforaba con más ahínco.

A veces el amor duele hasta crear heridas sangrantes, y a veces no hay forma de curarte.

tres

El gimnasio estaba repleto de personas con los rostros pintados, las gradas comenzaban a llenarse. Los del lado de la casa iban de blanco y rojo, honrando los colores de los Eagles; la contraparte estaba empapada de azul y negro. Un búho saltaba y peleaba con un águila junto a las porristas, quienes bailaban al ritmo de la música que salía por las bocinas.

Manny, desde las bancas, se preguntó por qué les gustaba... o quizá él era el extraño. Volcó los ojos cuando vislumbró a su padre jalando a su madre para que se adentrara a una fila de asientos. ¿Para qué iba? De todas formas, él no jugaría, ni siquiera entendía cómo se enteraba de los juegos si nunca lo invitaba.

Rememoró lo que había pasado más temprano mientras miraba las noticias sentado en el sofá. El señor Edward entró a la estancia y se sentó a su lado como si quisiera charlar, ¡y vaya que quería! Le dedicó el discurso de su vida. Según él algún día iba a formar una familia, así deseaba que se involucrara más en la iglesia.

En realidad, quería que se acercara a cierta chica para empezar esa dichosa familia, lo cual le parecía ridículo, porque los dos tenían tan solo diecisiete. Lizeth Gold. La hija de un miembro importante del templo, el que dio el dinero para la pintura de las paredes y el piso de mármol nuevo.

De ser otro, habría estado fascinado porque la muchacha no solo era hermosa y atractiva, también era inteligente y bondadosa, las cualidades correctas que todo hombre desearía en una mujer; pero no podía verla de ese modo, y jamás se atrevería a lastimar a alguien para complacer el egoísmo de su padre. Ya encontraría cómo esquivar otra de las locuras del jefe de los Clark.

El alboroto terminó por la entrada del árbitro, y todo comenzó. El primer partido de la temporada dio inicio. Apoyó los codos en las rodillas y observó a sus compañeros.

El tiempo fue transcurriendo, el puntaje era escandalosamente claro. Iban ganando, tanta era la diferencia que ni soñando el equipo contrario tomaría la ventaja.

Como era de esperar, su participación no fue necesaria. Los integrantes de los Eagles se llevaron los gritos enloquecidos del público, Manny también aplaudió y se levantó de su lugar, junto con el *coach*, que blasfemaba con alegría. Su sonrisa se ensanchó cuando Ash brincó y le levantó la mano, era su costumbre.

El final del juego llegó, las animadoras se lanzaron y se colgaron de los cuellos del equipo. Tuvo el impulso de acercarse para felicitarlos, después de todo, también era parte de ellos; pero se detuvo en seco cuando una figura femenina se hizo paso entre el gentío.

La conocía a la perfección porque alguna vez habían llevado materias juntos, era un secreto conocido por todo el mundo que estaba perdidamente enamorada del joven Ford.

Menuda, castaña, delgada, pero con las curvas bien marcadas. Una belleza de pies a cabeza, delicada, su sonrisa iluminaba todo su rostro, encendía cada elevación y creaba sombras en las concavidades. No, no era la muchacha más guapa de los alrededores, bastante normal. No obstante, tenía cierto aire de fragilidad que incitaba a muchos a cuidarla.

Observó cómo se acercó a su amigo, que la recibió con los brazos abiertos, con una sonrisa de oreja a oreja que demostró cuánto había estado esperando el encuentro. La apretó en un abrazo y hundió su nariz en su cabello ondulado. Manny cerró los párpados con fuerza, un dolor punzante se instaló en su pecho y su respiración se hizo más pesada.

Ya había pasado antes, observaba sus conquistas desde la lejanía y fingía que eso no lo lastimaba. Fingía que era el mejor amigo y confidente, y lo era, pero hubiera deseado que su corazón no se acelerara al escuchar sus secretos.

Llevaba consigo un escudo de acero que lo protegía, no era invencible, en ocasiones las estocadas filosas perforaban sus barreras.

Mierda, él sabía que solo eran fantasías y sueños; pero dolía de igual forma. Le desgarraba el alma que quisiera a alguien que no era él. Estaba de más y debía entender que tenía que sacar esos sentimientos de donde quiera que estuvieran alojados para exterminarlos, porque terminaría lastimado, aún más herido de lo que ya estaba.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo sacar de tu memoria algo con lo que has aprendido a vivir? Se acostumbró a tenerlo cerca, imaginarlo lejos también le afectaba.

Se quedó estático, como si la tierra hubiera atrapado sus zapatillas, sentía como si el lodo se lo estuviera tragando. Tal vez habría sido mejor sumergirse en las profundidades a verlo con ella.

Ash rodeó los hombros de la jovencita y lo buscó con la mirada, levantó una ceja como pregunta silenciosa, pero él negó para restarle importancia. Últimamente se sentía como si estuviera al borde de un precipicio, saltaba o buscaba otro camino.

A lo lejos divisó a su padre dirigiéndose hacia él, no tenía ánimos, no deseaba lidiar con el viejo. Sabiendo que recibiría un castigo, se esfumó tan rápido como pudo. Se escabulló entre la gente y se encaminó a los vestidores para ponerse su ropa y no el estúpido uniforme que empezaba a picar.

Una vez ahí, abrió su casillero con rabia contenida, provocando un estruendo que retumbó en el sitio. Necesitaba golpear algo, necesitaba relajarse o terminaría explotando y lanzando lava. Las cosas no podían ponerse peor, primero su padre jodiéndole la vida, ahora Ashton con su nueva novia. ¿Cuál sería la guinda del pastel?

Golpeó el casillero de al lado, creó una abolladura. Los nudillos le dolieron, el malestar era soportable, así que no le prestó mucha atención e inició la tarea de desvestirse.

Se sacó el pantalón y lo arrojó al contenedor metálico, no sin antes soltar un bufido. Se quedó de piedra cuando un silbido llegó hasta sus oídos.

—¡Vaya! ¡Gracias por arruinar mi casillero, Man! —No contestó, siguió quitándose la ropa de encima con rapidez, quería largarse, deseaba acostarse en Sinfín y cerrar los ojos, hacer como si nada existiera—. Oye, necesitas calmarte. ¿Qué te puso así?

Su palma tocó su hombro y, como si aquello hubiera sido una orden, se relajó. Echó su cuello hacia atrás y tragó saliva.

—Es solo la presión, mi padre y sus ganas de arruinar mi existencia. —Lo escuchó chasquear la lengua con desagrado. Ashton conocía bien al señor Clark, sabía qué tan irritante podía llegar a ser, pero jamás había afectado tanto a su hijo hasta el punto de mantenerlo en vilo cada segundo.

—¿Por qué no vas a la fiesta y te relajas un poco? —No quería ir a una fiesta solo para verlo con esa chica; pero no dijo nada, suspiró con pesadez—. Anda, vamos a tomar y a que te olvides un rato de Edward. Necesitas sacarlo, amigo. Además, sé perfectamente que no quieres verle la cara.

Lo pensó, era cierto. Lo que menos quería era escuchar los sermones de su

padre, quizá si se mantenía lo suficientemente alejado no vería a Ashton y tendría paz mental.

—De acuerdo —musitó mientras terminaba de colocarse la camisa.



Dejó que el alcohol corriera por su garganta, desde que llegó no pudo parar de beber. Sabía que no debía hacerlo, porque cuando se emborrachaba perdía la razón. Y ya empezaba a sentir los síntomas.

La oscuridad se llenaba de luces de colores, se veía como un caleidoscopio. Las personas —sus compañeros, para ser más exactos— movían sus cuerpos sudorosos de un lado a otro en la pista que estaba abarrotada. En unos rincones había gente fumando cosas indebidas y en otros algunos estaban creando películas sexuales que le parecieron de mal gusto.

Dio un último trago antes de que unas manos femeninas tomaran su antebrazo y lo obligaran a introducirse en aquel mar humano.

No conocía a la mencionada, por primera vez en la noche se dijo que debía relajarse, y fue lo que hizo. Dejó caer los hombros y permitió que la música guiara sus pasos. No supo cuánto tiempo se dedicó a bailar, cuando abrió los párpados estaba solo, no había rastro de la muchacha que lo había colocado ahí.

No había visto a Ash en toda la velada, se dedicó a evitarlo lo más posible, pues sabía que se encontraba en alguna parte y lo que menos deseaba era lastimar su ya de por sí lastimado corazón.

Bien... ¡Era hora de irse!

Antes de moverse alguien más apareció en su campo de visión. Eran unos ojos de color verde oscuro, estaban clavados en él, recorrían su cuerpo con descaro. El sujeto de unos rasgos fuertes y varoniles no tenía más de veinte años. Relamió sus labios y esbozó una sonrisa torcida.

La sangre de Manny se calentó, más aún cuando este se alejó de la masa después de hacer una señal con la barbilla. Sabía qué era lo que el joven quería. Se mordió el labio inferior, debatiéndose si era correcto dejarse llevar por los golpeteos de su corazón y la picazón de su boca. Maldijo para sus adentros y empezó a caminar.

Se adentró a un pasillo desierto, rápidamente fue tomado del antebrazo y estampado contra una pared. El cuerpo del gigante se adhirió al suyo, sintió la

prueba de su excitación en el vientre. No hubo palabras, todo era demasiado intenso y carnal, estamparon sus labios y se dejaron llevar por los apretones y las caricias duras que solo lograban que las respiraciones se les entrecortaran más.

El tipo sabía a cerveza, sabía a que podía olvidarlo todo con los jugueteos de su lengua.

No había nada en su mente, no recordaba con quién había entrado a ese bar ni mucho menos se preocupó por no ser descubierto. Se dejó llevar porque lo necesitaba, aunque no tuviera idea de quién se encontraba frente a él.

—¿Manny? —Esa voz lo trajo a la realidad, un balde de agua fría mojó lo que antes estaba ardiendo y lo dejó helado.

¡Cristo!

Se deshizo del grandulón y lo buscó a tan solo unos pasos. No podía verle la cara con claridad debido a las luces apagadas, pero los ojos de su amigo relampagueaban, miraba la escena totalmente confundido.

Había encontrado la guinda en el pastel.

cuatro

Las cosas pasaron demasiado rápido como para poder entenderlas y controlarlas. Manny no esperó que Ashton reaccionara de esa manera, creyó que iba a gritar o a hacer un escándalo sobre el tema. Esperó que se fuera del lugar lleno de indignación; pero jamás que se pusiera como un toro y se le lanzara al tipo desconocido para golpearlo. Su rostro era de color rojo, parecía que iba a explotar en cualquier momento, soltaba bufidos entre dientes y apretaba los puños. La cólera se sentía en el aire porque sus ojos ardían, observaban al acompañante de Manfred con odio.

Y eso lo asustó. Mucho.

—¡Hijo de puta! ¡Métete con alguien de tu tipo! —gritó antes de abalanzarse. El muchacho no tuvo tiempo para reaccionar, sus exclamaciones lo dejaron perplejo.

Ashton agarró al pobre muchacho de la camisa con violencia y lo zarandó, luego lo estampó contra la pared y empezó a maldecirlo. Manfred estaba muy aturdido como para detenerlo, la sorpresa era tal que no fue capaz de moverse o pronunciar palabra alguna durante unos cuantos segundos.

El primer golpe cayó directo en el pómulo, el segundo en la mandíbula, después ya no vio más. Escuchaba los quejidos, los gemidos, los impactos de las agresiones, las respiraciones pesadas de aquel con el que creció y los insultos.

Jamás lo había visto tan enojado. Si no hacía algo iba a matarlo.

Esa idea lo sacó de su aturdimiento y fue a separarlos. Con más fuerza de la necesaria lo tomó de los hombros y lo obligó a levantarse, pues ya estaba a horcajadas del otro, repartiendo golpes como un maniático. Ashton estaba fuera de sí.

En otras circunstancias se habría burlado de él y el suceso pasaría a la lista de cosas para recordar; pero no creía que la ocasión fuera a ser graciosa alguna vez.

El castaño se tambaleó ante la rudeza del jalón y talló su rostro con frustración. Observó al individuo, que comenzaba a levantarse del suelo con torpeza.

—Estás enfermo —dijo el agredido con la voz débil. Limpió su comisura con la manga de su ropa y escupió.

—¡Tú eres el maldito enfermo!

Intentó golpearlo de nuevo, pero Manny lo detuvo empujándolo una vez más, reteniéndolo para que se tranquilizara.

Los estragos del asalto eran visibles, una línea rojiza salía de su fosa nasal. Era grande, Manfred no entendía por qué no se había defendido, claramente habría podido derribarlo y vencerlo. La mirada que le dio no le gustó en absoluto. Lo vio escabullirse y perderse entre el gentío. ¡Genial! ¡Simplemente estupendo!

Retrasó todo lo que pudo el momento, pero tuvo que enfrentarlo. Ashton no se veía contento, ¿qué estaría pensando?

Tenía pánico de abrir la boca, tenía pavor de moverse y empeorar las cosas.

—Vámonos —fue lo único que se le ocurrió decir.

No comprobó que lo siguiera, ni siquiera se atrevió a dirigirle otra mirada, se dio la vuelta y comenzó a caminar a la salida. Esquivó a unas cuantas personas. Todos estaban más concentrados en divertirse que en preguntar por qué se iban tan pronto.

¿Qué iba a hacer ahora? No podía esconderse en un rincón y negar lo obvio, quería correr y esconderse para no tener que enfrentar una realidad que lo asustaba.

Un nudo se apoderó de su garganta mientras se subía al viejo Volkswagen de su padre. Lo cierto era que ya estaba demasiado cansado de fingir, estaba asqueado de esconderse, tal vez ya era momento de enfrentar lo que tarde o temprano vendría.

No había nada malo con él, lo sabía, el problema era que la otra gente no lo entendía, y no podía cambiar la mentalidad del mundo aunque quisiera.

El camino a la casa de Ash fue demasiado silencioso, mientras uno iba perdido en sus pensamientos revueltos el otro miraba la ventana con actitud meditabunda. Se preguntaba por qué Manny no lucía ofendido por los acontecimientos, no se veía asqueado o mortificado, no como estaría cualquiera en su situación. Se veía asustado, impaciente, nervioso; pero nada más.

Cuando lo vio en la fiesta siendo arrinconado por un tipo que le sacaba media cabeza había pensado lo peor, creyó que se había metido en problemas y lo estaban amenazando, lo primero que se le ocurrió hacer fue acercarse para

brindarle apoyo. Sin embargo, conforme se aproximaba se hizo consciente de otras cosas. La más importante e impactante consistía en que no estaba siendo amenazado, estaba siendo besado por otro hombre.

Pensó que estaba haciendo lo correcto al lanzarse y golpear al sujeto que lo adhería a la pared, esperaba que Manfred también lo golpeará, no que se quedara parado mirándolo con terror; pero ya no estaba tan seguro, y no le gustaba el camino que estaban tomando sus pensamientos.

Su cuerpo se tensó, necesitaba romper algo.

El coche se detuvo afuera de su casa, todavía sentía la rabia corriendo por sus venas, quería partirle la cara al chico que estaba a su lado por ir tan callado y no calmar su temperamento con explicaciones.

El susodicho suspiró y se aclaró la garganta.

—Una noche extraña, ¿eh? —Ash lo miró con los ojos entrecerrados. ¿En serio? ¿Se iba a poner a bromear justo ahora? Se dio cuenta de su error y volvió a suspirar—. Lo lamento, no sé qué decir.

—Tal vez podrías empezar explicando por qué mierdas no te apartaste. ¿Por qué, Manny? ¿Por qué no lo golpeaste? ¿Por qué estás actuando tan extraño? ¿Qué demonios está sucediendo? —El enojo burbujeó como lava ardiente saliendo de un volcán.

—Esas son muchas preguntas —musitó fijando la vista al frente y tragando saliva—. Yo...

—¿Tú qué? —¡Mierda! Que lo dijera de una vez por todas—. ¡Vamos! ¡Dímelo! ¡No seas cobarde, Manfred!

Supo que se había excedido cuando él respiró profundo. No quería lastimarlo, pero él se sentía herido.

—Soy gay —dijo, sin más.

Si los alrededores no hubieran estado tan silenciosos no lo habría escuchado, o quizá sí. Su voz era baja, fue un susurro; no obstante, resonaban como si lo hubiera gritado. No podía verle la cara porque estaba volteado, no pudo identificar si era una broma. Seguía esperando que lo fuera.

El estómago de Ashton se revolvió, los ojos se le cristalizaron.

—Me mentiste... todos estos años... —No podía creerlo, simplemente no podía concebir la idea de que su amigo era una persona diferente a lo que había creído.

Manny lo miró con impotencia, se estaban cumpliendo sus peores pesadillas y no podía hacer nada para despertar esta vez. Seguramente lo iba a odiar, lo iba a

detestar, se iba a alejar de él. No se había equivocado, era un sueño pensar que él lo apoyaría.

—Ash, escúchame... —intentó hablar; sin embargo, fue silenciado.

—¡No! —exclamó el otro, perturbado—. Tú... ¡Dios, no! ¡No quiero verte!

Y con eso salió, trotó hasta que se perdió en el interior de su casa, de una que también había sido parte de sus días como un hogar.

Tenía que irse, dejar que asimilara la noticia, que aceptara que el chico con el que creció no era lo que él había pensado. Se dijo que era normal que reaccionara de ese modo, trató de justificar la mirada asqueada que le dirigió, pero seguía doliendo, seguía calando en el interior de su pecho.

Joder, dolía como el infierno. No solo porque lo amaba de la forma incorrecta, sino porque Ashton era el único que de verdad lo escuchaba, era su mejor amigo desde que tenía memoria, y también lo amaba por eso. Y lo estaba perdiendo, tal vez ya lo había perdido.

Cuando arrancó el motor lo hizo con un mal sabor de boca, los pocos momentos libres que tenía eran a su lado, todos lo presionaban menos él. Ya no lo tendría. Ash ya no estaría ahí para recordarle que no todo era tan malo aunque lo pareciera.

En otra ocasión lo habría invitado a dormir, hubieran jugado a videojuegos hasta la madrugada con unas latas de cerveza por un lado. En otras circunstancias, no en esta.

Tenía miedo de que la puerta no se abriera de nuevo, de que lo dejara en el exterior, no solo de su casa, sino también de su vida.

cinco

Las dos semanas siguientes pasaron muy rápido. Manny intentaba borrar de su mente los últimos momentos junto a su mejor amigo, que ahora parecía no serlo más. Le dolía, la punzada en el pecho estaba ahí, latente y sangrante.

Intentó encontrárselo muchas veces en los pasillos, en la cafetería, en la biblioteca, hasta en los lugares que frecuentaba. Fue a su casa un par de ocasiones, pero su madre siempre salía y le decía que no estaba. No quería hablar con él.

Sabía que tenía que darle tiempo, pero todo se le estaba escapando de las manos. Lo estaba evitando, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse el día que se lo encontró en los vestidores.

Lo recordaba con pesar.

Estaba cazando el momento en el que todos se fueran. Así pasó, Ashton se quedó solo abrochándose las agujetas. Salió de su escondite, él alzó la vista y se envaró, tanto que creyó que le saldrían grietas. Los músculos de su cuello saltaron con rabia, seguramente estaba rechinando los dientes, lo miraba con rencor. ¿Tanto le costaba aceptar que era gay? Seguía siendo el mismo de siempre.

—Quiero hablar contigo —susurró con un nudo en la garganta.

—Pero yo no. —Se puso de pie como un resorte y empezó a caminar rumbo a la salida. Man capturó su codo, lo que resultó contraproducente—. ¡¡No me toques!!

Se zafó de su agarre como si quemara. Nada nunca le había dolido tanto como eso, ver su rechazo, el enojo creciendo en sus ojos. Manfred dio un paso atrás sin saber qué demonios hacer. No podía cambiar lo que era, le habría gustado que él lo aceptara porque eso hubiera hecho un amigo.

—Somos amigos, Ash, solo quiero explicarte. —Las lágrimas comenzaron a quemar, pestañeó para apartarlas.

El mencionado respiró profundo y maldijo, se acercó echando humo por las orejas, amenazante. Las aletillas de su nariz se abrían peligrosamente.

—Tú y yo ya no somos amigos, un puto amigo no me habría escondido algo tan importarte, ¿quién mierdas eres? No te conozco, ni siquiera planeabas decirme nada, si no te encuentro ahí con... ¡ugh! —La mueca que hizo le caló hasta los huesos—. No quiero estar alrededor de ti porque eres un maldito mentiroso, un maldito hipócrita. No me busques porque no dudaré en romperte los dientes. —Le creyó.

Una vez dicho todo, se fue. Decidió no seguirlo y dejar que se calmaran las cosas, pero ya no tenía muchas esperanzas.

Ashton nunca había tenido actitudes homofóbicas, pero no era como si hubiera estado expuesto a algo así antes. Tampoco se la iba a pasar lamentándose, aunque le doliera como el infierno, porque además de quererlo como amigo lo amaba.

Adoraba su forma de ser, adoraba cualquier cosa que viniera de él. Estaba mal, desde un principio lo supo, pero no se pudo controlar y ahora era demasiado tarde.

Tendría que aceptar de una buena vez que lo más sano era que estuvieran lejos, nada bueno les iba a traer estar cerca. Así lo aceptara y lo perdonara, debía alejarse porque era un amor imposible.

Se talló las sienes y se llevó la boquilla de la botella de cerveza a los labios, dio un trago que le supo amargo. En otro momento habría ido a la casa de cierto tipo a jugar a videojuegos, ahora estaba solo en una silla de aquel restaurante bar.

Tal vez pediría una hamburguesa con papas fritas para olvidar. Iba a tomar el menú cuando una voz se escuchó a su lado.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —Lo reconoció. Era un moreno que exudaba problemas, sus ojos verdes eran pícaros y llenos de travesuras. Lo puso nervioso, no podía creer que tuviera al desconocido al que besó ese día en la fiesta sonriéndole de lado—. ¿Qué puedo ofrecerte?

Le levantó una ceja, socarrón. Manfred se removió con incomodidad, recién se daba cuenta de su uniforme, era un empleado del restaurantillo. Una placa prendada de su camisa decía que su nombre era Dylan.

—¿Qué puedes ofrecerme? —Le siguió el juego, las comisuras le temblaron.

—El menú lo muestra todo —contestó con simpleza, sin dejar la diversión. El

beso había estado bastante bien, aunque no pudo disfrutar lo suficiente.

—Una hamburguesa. —Recibió un guiño.

—A la orden.

Lo vio caminar a la barra y perderse en un cuarto. Sabía que no era sano sacar un clavo con otro clavo, pero este clavo era muy tentador. Los minutos pasaron, su orden llegó y fue colocada frente a él junto con sobres de ketchup.

—Por si te aburres de tu perro guardián. —Los párpados de Manny se pegaron a su frente por el asombro, contempló su sonrisa coqueta mientras depositaba un papelito junto a su plato.

Soltó una risita cuando se alejó y negó con la cabeza. Se relajó por primera vez desde que se había peleado con Ashton y atacó su comida.



Lo estuvo observando desde la otra esquina del local con los nudillos blancos, ¿por qué mierdas se sentía tan furioso con solo verlo? Lo había visto entrar y sentarse en el lugar más apartado, pidió bebidas.

Man ni siquiera era consciente de que estaba ahí siendo testigo de sus actos. Sus puños se apretaron más por encima de la mesa cuando lo vio coqueteando con el meserito. ¿Siempre había sido así? Nunca lo había visto ligar con chicos, ¿o es que estaba muy ciego como para verlo?

Manny siempre fue reservado con sus relaciones, había salido con una chica muy hermosa cuando iniciaron la escuela, a la cual dejó porque lo perseguía a todas partes. ¿Es que eso era reciente?

Estaba tan confundido, tan furioso, tan enojado, tan... dolido.

Quería golpearle el rostro, quebrarle la nariz y pedirle que le dijera por qué no había sido honesto.

—¡Oh, mira, es Manny! ¡Le diré que se nos una! —exclamó su madre.

Salió de sus pensamientos tan pronto vio que se puso de pie, dispuesta a hacer justo lo que había dicho.

Tomó su muñeca para detenerla.

—No —dijo tajante.

El ceño se le frunció al escuchar la dura negativa. Su abuela y una de sus tías lo observaron con extrañeza. ¿Cómo no hacerlo si esos dos eran uña y carne desde que se conocieron? No podían estar separados.

Todos ignoraron el acontecimiento, no preguntaron y se adentraron a una plática cómoda. Ashton se relajó; no obstante, no podía evitar dirigirle miradas de soslayo. Se regañó mentalmente por eso.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Debería escucharlo? Esa y mil preguntas se precipitaban en su cabeza. Ya habían pasado dos semanas y no podía negar que lo extrañaba, nunca se habían separado antes.

Man era como su hermano, le había brindado seguridad cuando más lo necesitaba. Y a alguien que te apoyó cuando lo necesitaste no le deberías dar la espalda, ¿o sí?

Quizá estaba siendo muy duro. Toda la furia contenida hirvió al verlo salir y ser seguido por el sujeto. Intentó contenerse, pero ¡por Dios que no pudo!

Se levantó como alma poseída por el diablo y fue detrás de ellos.



Una mano se posó en su hombro, se giró y se encontró con la sonrisa del chico con ojos color aceituna. Ambos abrieron la boca para hablar, pero la cerraron al no saber qué decir.

—Quería preguntarte si quie... —El pobre tipo no pudo terminar de hablar porque fue tomado por la camisa y lanzado hacia otra parte—. ¿¡Qué demonios te pasa, idiota!?

Manny, sin poder creérselo, se interpuso entre los dos muchachos furiosos. La pálida piel de Ashton estaba cubierta por una capa de rubor rojizo, otra vez tenía la mirada asesina del día del bar.

¿De dónde demonios había salido?

—¡Aléjate de él, maricón! —gritó Ash a todo volumen.

¡Dios santo! ¿Acaso estaba demente? ¿Qué era todo ese espectáculo? Afortunadamente no había nadie mirando la escena. Parecía que si se quitaba iba a lanzarse para romperle el cuello, había perdido el juicio.

Quería llorar, reír y zangolotearlo.

—¡Basta, Ashton! —exclamó, alto y fuerte. Le dio un empujoncito para alejarlo y que se calmara. Se fijó sobre su hombro y se encontró a Dylan rebosando enojo, ¡cómo no! Si con esa ya eran dos agresiones—. Te llamo.

El agredido asintió y sonrió.

—El día que quieras, pero no olvides ponerle bozal —respondió antes de ingresar al restaurante sin mirar atrás.

—Imbécil de mierda —gruñó entre dientes Ash.

Man olvidó las sutilezas, no iba a permitir que se comportara así. Él también era un maricón, le gustara o no. Lo empujó duro hasta que el otro se tambaleó y le dio una mirada furibunda.

Se le quedó mirando con los ojos entornados. De verdad que no lo entendía, un día lo mandaba a la mierda y al siguiente venía todo rabioso a golpear a un chico inocente. Suspiró.

—¿Qué quieres, Ashton? —preguntó, cansado, mirando a todas partes menos a él. Sus palabras le seguían doliendo, no quería escucharlas otra vez, no deseaba volver a ser testigo de cuánto lo detestaba.

—Hablar.

Sus miradas se buscaron y ya no pudieron despegarlas.

Ashton Ford quería hablar con él después de haberlo ignorado por días, pasar de largo, golpear a Dylan sin razón alguna y mandarlo a la mierda. Soltó una risita sarcástica, no tenía ganas de lidiar con su genio. Definitivamente tenía mejores cosas que hacer.

—Pues ahora no quiero hablar contigo, lo siento. —Manny se dio la vuelta y suspiró. Metió las manos en los bolsillos y caminó dando zancadas largas para alejarse lo antes posible.

—¡Espera, Man! —Se emparejó a su costado y empezó a caminar a su ritmo. No quería mirarlo porque sabía que terminaría cediendo, siempre era lo mismo —. Sé que no me porté bien, ¿de acuerdo? Por eso necesito que hablemos.

—¿Para qué? Creo que lo dejaste muy claro el otro día, dijiste que no me metiera en tu camino de nuevo, yo aprecio mi rostro, no quiero que me rompas la nariz. —El sarcasmo hizo justo lo que pretendía.

Ashton se puso de los nervios. ¿Y si de verdad había perdido ya a su mejor amigo por no escucharlo antes?

Lo tomó del codo para detenerlo y se detuvo en seco, pero no lo enfrentó. Estancó la mirada en un bote de basura verde que estaba enterrado en el suelo. Un perro olfateaba el metal y levantó la pata para marcar territorio. Con una mueca, lo miró. Ash estaba frente a él con esa mirada que lo enervaba.

—Lo siento, estaba enojado, Manny.

—Porque soy gay —bufó entre dientes.

—No, no me molestan tus preferencias sexuales, me enfurece que no me lo hayas dicho. Somos como hermanos, ¿por qué no confiaste en mí?

Intentó ignorar la punzada de dolor que le produjo la frase «somos como hermanos». Los hermanos no debían sentir lo que sentía por él. La enterró en alguna parte de su cerebro y la guardó bajo llave porque no quería seguir

atormentándose con algo que iba a pasar toda la vida, si es que toda la vida lo tenía a su lado.

Estaba cansado de sentir esa atracción, ese amor. Deseaba con fuerzas arrojarlo al vacío y seguir con su vida.

Deseaba ver a Ash con una chica y no sentir que el alma se le dividía por la mitad; pero, sobre todo, quería mirarlo y ofrecerle una amistad sincera porque se lo merecía.

Y se sentía miserable también, como una pequeña basura, al esconderle cómo lo veía. No obstante, y aunque un buen amigo habría sido honesto, no quería ver cómo se asqueaba de lo que Manny consideraba puro.

—No es que no confiara en ti, Ashton, deja de hacerte la víctima. No tienes idea de lo difícil que es, tuve que aprender a aceptarme, fue tan difícil porque detestaba ser homosexual, odiaba que las chicas no me gustaran como a los otros. Si ya fue complicado para mí, sería peor para el resto del mundo.

—¿Ibas a decírmelo alguna vez? —preguntó.

Lo sopesó, dudó por un instante, pero los hombros de Man cayeron.

—Sí, no me gusta fingir, estoy harto de tener que mostrar algo que no soy. — Su tono melancólico hizo que Ash se sintiera la peor de las personas, ¡mierda! Lo había lastimado. Se había comportado como un cretino homofóbico con su mejor amigo casi como un hermano, con la persona que siempre había estado ahí para apoyarlo cuando se deprimía por su padre ausente. Manny jamás se quejó, lo ayudó a salir adelante.

—¿Tus padres lo saben? —Recibió una mirada de incredulidad y una carcajada.

—¿De verdad crees que seguiría viviendo en esa casa si lo supieran? No quiero imaginar lo que dirá mi padre el día que se entere de que me gustan los penes.

Ashton se atragantó con su saliva y tosió. Escuchar todo eso era todavía demasiado extraño.

Sabía que no debía decir cosas tan directas, porque estaba asimilando que su amigo era diferente a lo que creyó que era; pero era mejor arrojarle toda la bomba.

—¿Ese sujeto es tu... pareja? —Al principio no captó la pregunta, levantó una ceja y lo vislumbró señalar el restaurante con la barbilla—. El meserito, ¿es tu novio?

Le estaba costando sobremanera pronunciar las preguntas, quería hablar en un lugar más privado y no ahí, en medio de la calle, con las personas yendo de un

lado a otro. Sin embargo, Manny estaba estancado en el suelo, estaba dejando claro que no quería estar a solas con él, y eso le dolió. No supo por qué.

¿Las cosas iban a cambiar ahora? Ash sabía que nada sería lo mismo, pero estaba dispuesto a intentarlo porque lo quería, no veía su vida lejos de ese chico. Le gustaran los hombres o las mujeres o ambos, era su amigo, su cómplice y compañero de travesuras desde siempre.

—*Nop*, no tengo pareja por el momento —dijo, evitando el contacto visual.

—¿Por qué lo besaste el otro día si no es tu pareja? —cuestionó Ash con los puños apretados.

—Mierda, Ashton, ¿por qué demonios besas tú a las chicas? ¿Eh? Es exactamente lo mismo, solo que no me van las vaginas. —Los dos se miraron con furia, ni siquiera entendían por qué estaban tan molestos.

—¡Es una maldita pregunta! Disculpa, solo quiero saber, Man, tampoco es fácil para mí. Somos amigos, así que ayúdame un poco a que sigamos siéndolo, te comportas como si no te importara.

El mencionado suspiró, el nudo en su garganta amenazaba con ahogarlo. No quería ser un idiota, por algún motivo no se sentía cómodo hablándolo con Ash. No pretendía perderlo, pero tampoco lo quería demasiado cerca.

—Lo lamento —susurró—. Nunca he hablado de esto con alguien y... es... Me da miedo.

Lo sintió acercarse, Ashton buscó su mirada y le sonrió con sinceridad. Su corazón dio un vuelco, ¿por qué no actuaba como hace unos días? Todo sería más sencillo si se alejaban.

—Está bien, no voy a juzgarte, Manfred, ¿cuándo lo he hecho? —Le regresó la sonrisa y enfocó sus ojos, esos en los que quería perderse. Nunca alcanzaba a admirarlos del todo, debía quitar la vista.

—Nunca, excepto cuando te enteraste de que me gustaba ponerle salsa ketchup a la pizza. —El otro lanzó una carcajada al recordar el suceso.

Después la seriedad volvió a su rostro.

—¿Me has perdonado? —preguntó.

—Sí. —Man agachó la cabeza para que no viera por qué lo había perdonado.

No iba a perderlo, no a Ashton, así que haría todo lo posible por asesinar los latidos de su corazón, iba a hacer cualquier cosa para dejar de quererlo de esa manera.

Estaba seguro de que, cuando todos se enteraran, el único que quedaría sería Ash, no permitiría que sus sentimientos lo apartaran. No soportaría no tenerlo en

su vida.

Los dos caminaron por la avenida sonriendo, ambos con un propósito: no perder al otro.

siete

—Así que... —Ash suspiró para ahogar el nerviosismo en lo más profundo de su ser. Manny jamás estuvo tan callado antes, tragó saliva y lo miró, esperando que dijera algo, pero no lo hizo, tan solo le regresó la mirada. Se preguntó qué estaría pensando—. Las cosas entre nosotros no van a ponerse raras, ¿verdad?

—¿Quieres que se pongan raras? —Man soltó una carcajada al ver su mirada furibunda, luego carraspeó ya más serio—. Oye, eres mi mejor amigo y te quiero, lamento no habértelo dicho antes, tenía miedo de que fueras como esos lunáticos que detestan a los homosexuales. Creí que me odiarías y, bueno... no soportaría que tú también lo hicieras.

—Estás siendo cursi —dijo el otro, divertido.

A Manny le dio un vuelco violento el corazón, pues el otro se mordió el labio para retener la risa. Miró hacia otra parte y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Es una broma. —Lo escuchó, viendo fijamente un punto de la acera—. Eres importante para mí, lo sabes de sobra, me molesté porque crecí a tu lado, compartimos casi todo y nunca me di cuenta. Me enojé porque yo nunca puedo esconderte nada y tú te escondiste de mí todo el tiempo. Me hubiera gustado regresarte el favor en los tiempos difíciles.

Oh, Dios, no tenía ni idea de que la única cosa difícil era verlo y ansiar arrancarle la puta boca.

Eso estaba muy jodido, él estaba realmente jodido.

—No quiero agobiarte, Man, solo te pido tiempo para acostumbrarme. —Lo miró y asintió. El rostro del chico se convirtió, esbozó una sonrisa pícaro de lado, supo inmediatamente que cualquier cosa que fuera a decir lo haría desear romperle la nariz—. Todos estos años te diste un buen festín visual con este cuerpo.

Sip, quería machacarlo. Giró los ojos y lanzó un bufido, escuchando una serie de carcajadas que, muy a su pesar, lo divertieron.

—Madura, Ash, no fue nada del otro mundo. —Eso haría a partir de ahora, escondería cualquier sentimiento fuera de lugar hasta que se ahogara por falta de aire y muriera en lo más profundo. Cuando todo estuvo silencioso de nuevo, los amigos se contemplaron—. Gracias por aceptarme.

El chico le dio una sonrisa y golpeó amistosamente su rostro, antes de despedirse y entrar a su casa.

De pensar que lo perdería, ahora sabía que debía dejar atrás sus sentimientos y darle la amistad sincera que se merecía.

Sabía que Ashton le guardaría el secreto que, aunque tarde o temprano saldría a la luz, por el momento Manny guardaba como si fuera misterio de estado. Regresó a donde su familia, no feliz, tampoco triste; al menos las cosas salieron mejor de lo que creyó.



Semanas después entró al mismo restaurante, tal vez era una decisión estúpida, las cosas podrían escaparse de sus manos; pero le importó poco. Se sentó en la barra y lo contempló haciendo una bebida.

La verdad es que era muy apuesto, su barbilla afilada, su cuerpo trabajado y sus ojos aceituna eran la combinación perfecta para crear desastre y peligro.

Sirvió cervezas a un grupo de jóvenes y luego se acercó a él, sonreía de lado. Man frunció el ceño, ¿ya sabía que estaba ahí o qué demonios?

—Te vi cuando entraste, ¿qué te sirvo? —dijo Dylan con la ceja alzada.

—¿Qué me ofreces? —Manny recibió una risita entre dientes y recordó la segunda vez que se encontraron, la conversación le resultó familiar. Sí, este chico le gustaba muchísimo. Le agradaban las arruguitas que aparecían en las esquinas de sus ojos al reír y cómo lamía continuamente su labio inferior. Alcanzó a ver un destello que no vio antes, había un *piercing* diminuto en su ceja. Era un chico malo, justo lo que necesitaba.

—Si me esperas unos veinte, lo que quieras —musitó y se alejó para atender a una pareja.

Salió para tomar aire y esperarlo, se recargó en una pared. No pudo evitar pensar en el transcurso de los días desde que arregló las cosas con Ash.

Su actitud con él no había cambiado casi nada, almorzaban juntos, bromeaban, iba a su casa después de la escuela a hacer cualquier tontería para evitar a sus padres, todo era igual excepto que se pasaba vigilándolo la mayor parte del tiempo. Si lo veía platicar con un chico cualquiera, se paraba a su lado como un guardián o decía palabras mordaces para que dejara a Man solo.

Parecía una especie de policía que no lo dejaba socializar, sobre todo con hombres. Se cansó de explicarle que ninguno le atraía, que a ninguno lo veía de otra forma más que como se ve a un compañero, pero por alguna razón Ashton creía que debía alejarlo de todos. Si hubiera sido otro, habría pensado que eran celos, claro que esa idea fue descartada inmediatamente.

¿Qué hacía ahí entonces? Estaba escapando.

Pudo salir antes de la escuela e ir a cualquier parte donde no estuviera su mejor amigo, porque necesitaba espacio y ver a Dylan para pedirle disculpas por el comportamiento del otro.

No lo sintió a su lado hasta que este habló.

—Supongo que vienes solo, no quiero recibir otro golpe de parte del rabioso rubio. —No le gustaba que hablara así de Ash, sin embargo, era comprensible la repulsión del moreno, pues había sido agredido.

—Vengo solo, tu lindo rostro no sufrirá ningún daño el día de hoy.

—Está bien, eso te ha atraído hacia mí, no me preocupo. —Podía ver el fuego irradiando en sus ojos, miró dos segundos sus labios regordetes y se rogó concentración.

—No te equivocas, quería venir para disculparme. Ashton es mi mejor amigo, no sabía que soy gay, creyó que me estabas obligando. —Dylan silbó entre dientes y cruzó los brazos por encima de su pecho.

—¿Y por qué me golpeó por segunda vez? —preguntó con la ceja alzada y soltó una risotada al no obtener respuesta—. Ya veo, dicen por ahí que a veces se necesita un poco de cliché en tu vida, ¿no te gustaría experimentar algo más excitante que eso?

Man se quedó mudo, contemplando cómo se le acercaba y le palmeaba el hombro para después perderse en la avenida, no sin antes decir:

—Ya sabes dónde buscarme.



Llegó a casa a eso de las seis de la tarde, el aire olía a que algo se estaba cocinando en el horno. Iba a ir a saludar a su madre cuando su padre se plantó frente a él.

—¿Ya has pensado qué talleres tomarás en la Facultad de Economía? La oportunidad para matricularte es en unas semanas. En lugar de estar fuera, deberías revisar si te pueden dar una beca por pertenecer al equipo de básquetbol. —Miró sus facciones duras y cómo deslizaba sus lentes hacia arriba por el largo de su nariz.

—Me saldré del equipo de básquetbol. —Lo escuchó aspirar aire y vio que las aletillas de su nariz se abrieron. El señor Clark empezaba a enfurecerse, así que, como ya había dado el primer golpe, daría la estocada final. No iba a pasar su maldita vida haciendo algo que odiaba solo para agradarle—. Y no estudiaré nada que tenga que ver con eso, así que deberías quitar esa idea de tu cabeza de una buena vez.

Se dio la vuelta para subir las escaleras y encerrarse en su alcoba con los audífonos bien puestos, pero se detuvo al escucharlo.

—Eres un mediocre, siempre lo has sido, ¿planeas vivir de qué? No pienso mantenerte, serás la vergüenza de la familia. La comunidad se va a reír de que el hijo de Edward Clark es un bueno para nada. —Sus palabras ya no le dolían, había aprendido a soportar y dar vuelta a la página.

—Prefiero ser un bueno para nada que ser un hipócrita que habla de Dios y luego ofende a su hijo. —Tragó saliva cuando su padre alzó la mano para darle una palmada en la mejilla.

—¡Ed! —gritó Olivia, saliendo despavorida de la cocina y lanzándose para interponerse entre los dos con los ojos vidriosos. La mano se detuvo en seco.

—No lo hagas, mamá, no vaya a ser que también te quiera pegar a ti.

Sin quedarse a contemplar o a escuchar más mierda, salió de la casa, sintiendo que el aire le faltaba y que se asfixiaba. Respiró hondo una y otra vez, pero no logró apaciguarse.

Sus pies andaban automáticamente, y sin ser consciente se dirigía hacia esa avenida conocida que tanta paz le traía, podría haber ido a la arboleda, pero prefirió ir con las únicas personas que vendaban sus heridas.

Se detuvo afuera de la casa de Ashton con los ojos picándole, con los pulmones rogando oxígeno y la desesperación bullendo.

Levantó el puño para tocar la madera, solo que no pudo hacerlo, pues la puertilla fue abierta en ese momento y reveló a su mejor amigo sosteniendo a

Emily, su novia, con una sonrisa.

ocho

La muchacha con la que estaba saliendo era hermosa, tenía el cabello largo y sedoso, una linda cinturilla y unos ojos que harían suspirar a cualquiera; a todos menos a él. Le gustaba, no iba a negarlo, le atraía, pero nada más. No sentía esa chispa de emoción al verla, no se moría de ganas de ponerle los dedos encima, solo era para pasar un rato agradable.

Decidió darse una oportunidad después de que los chicos del equipo le dijeran que era un imbécil por rechazar a esa preciosidad. Y sí, se sentía mal haciéndola a un lado, porque era una buena persona; sin embargo, sabía perfectamente que solo uno de los dos estaba involucrado en la relación, no era él.

Agarró a Emily por la cintura y abrió la puerta, decidido a llevarla a alguna parte para olvidar que su mejor amigo lo estaba evitando. Toda la semana ocurrió lo mismo, hasta estaba un tanto avergonzado. Se dio cuenta de la actitud de Manfred, Ashton lo había visto escapar algunas veces cuando se acercaba o caminar más rápido para no irse juntos en las salidas, ¡ellos siempre se iban juntos!

Ni siquiera comprendía por qué demonios se sentía tan furioso si lo veía hablando con algún chico, una presión desconocida se asentaba en su pecho y hacía que respirara con dificultad y apretara los puños, así que se acercaba sin poder evitarlo y decía estupideces o simplemente se quedaba ahí mirando al intruso con mala cara. Al principio Man se lo tomó como algo gracioso, después fue evidente que no lo toleraba.

No le gustaba ver que Manny tenía otros amigos, y eso era un poco extraño si se detenía a pensarlo porque... bueno, le gustaban los hombres y tarde o temprano encontraría a alguien para pasar el rato, Ash tendría que compartir su amistad de años, y Man y él ya no podrían intercambiar nada de chicos, pues tendría a otra persona para hacerlo. ¿Para qué iría a su casa a jugar a videojuegos

si tenía a otro? ¿Para qué platicar de sus cosas personales si había alguien más para consolarlo?

Le daba terror eso, que Manny encontrara a alguien y se olvidara de él justo como su padre lo hizo alguna vez.

Pero abrió la puerta y se encontró con él, de pie afuera de su casa con el puño elevado, ya que iba a tocar. Su ceño se frunció al ver sus ojos rojos y lo pálido que se encontraba, algo había pasado, seguramente con su padre. El señor Clark era un hombre religioso difícil que vivía para hacerle imposible la vida a su hijo, obligándolo a hacer cosas que no quería.

Las miradas de los dos conectaron y se observaron como si quisieran decirse miles de cosas. Ash se sintió mejor que antes, ya que Man lo seguía buscando para liberar el dolor, eso quería decir que no lo odiaba por su comportamiento irracional.

—Y-yo lo s-siento, n-no quería interrumpir, vengo luego —susurró e hizo el amago de irse, pero dio un paso y tomó su codo antes de que pudiera alejarse.

—No es necesario, Emily ya se iba. —La mencionada abrió la boca con impacto, se lo quedó mirando sin poder creérselo, ¿cómo no hacerlo si iban a salir en una cita? No obstante, no iba a ir con ella a un aburrido centro comercial mientras pensaba en el rostro afligido de su compañero de infancia—. ¿Verdad?

La joven bufó con indignación y soltó improperios nada agradables.

—Intenta arreglar tus problemas por tu cuenta, mi novio ya tiene suficientes. —La muchacha salió echando chispas y dando zancadas.

—En serio, lo lamento, no quería causar problemas, puedo venir más tarde, no pasa nada —murmuró Manfred.

—Oh, cállate y entra. —Su mano, que todavía aferraba el codo de él, le dio un jalón e hizo que entrara a su casa.

Lo soltó después de señalar las escaleras con la barbilla. Los dos se encaminaron a la planta superior hombro con hombro. Al llegar a la alcoba de Ash, Manny se dejó caer en el colchón lanzando un suspiro profundo, el otro fue y se sentó a su lado y se giró para poder mirarlo. Man estaba acostado mirando el techo con las manos sobre el estómago. Las piernas le colgaban y los pies le llegaban al suelo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, extraño, pues se había quedado absorto repasándolo con los ojos, así que se concentró en su rostro mientras esperaba la respuesta.

—Ya lo hice, le dije a papá que no estudiaría esa mierda y que me saldría del

equipo de básquetbol. —No era que le alegrara que se saliera, pues era una actividad que compartían para distraerse, pero sabía que Manny no amaba jugar, así que no iba a soltar sus estupideces solo porque estaba pasando por ese periodo sentimental en el que se enfurecía si no estaba cada segundo a su lado.

—¿Y por qué estás hecho una mierda? Seguramente dijo cosas desagradables, pero estás luchando por lo que quieres, siéntete orgulloso. —Manny alzó la cabeza y le sonrió—. Yo estoy orgulloso de lo que hiciste, no soportaría ver tu culo sufriendo en una carrera que no te llena.

—Tienes razón —susurró antes de levantarse de golpe como si fuera un resorte y acomodarse la playera—. Iré a saludar a tu madre.

Ash lo imitó a pesar de que sabía que Manny estaba evitando el tema, sintió que se alejaba y eso no era propio de él, por lo regular pasaban horas y horas hablando de lo mismo hasta que ambos se hartaban y decidían hacer otra cosa; sin embargo, esa actitud era algo que desconocía y no le agradaba la idea de que se formara un abismo entre los dos.

En un intento por recuperar el momento, sin saber muy bien qué era lo que estaba haciendo, lo detuvo y lo giró para enfundarlo en un abrazo. Ashton lo rodeó con sus brazos fuertemente, sintiendo el corazón golpeteando fuerte en su pecho, esperando que su amigo correspondiera el gesto.

No recordaba cuándo fue la última vez que se habían abrazado, quizá cuando eran niños y demostrar afecto físico no importaba demasiado.

Man dejó de respirar al comprender que Ash lo estaba abrazando, no solo eso, lo aferraba y lo adhería a su cuerpo como si temiera soltarlo. Respiró profundo, pues sentía la boca seca y el corazón a punto de estallar, hacía tanto que no lo sostenía así. ¿De verdad estaba ocurriendo?

Sentía las respiraciones de él, sus pechos estaban juntos. Con lentitud le regresó el abrazo rodeando su cintura, disfrutando del momento que dudaba se repitiera. Se sentía tan bien él alrededor. Man tenía tantas ganas de besarlo.

—De verdad estoy orgulloso de ti. —A pesar de que lo abrazaba por la alegría que sentía y no por las razones que Man quería, esbozó una sonrisa.

Disfrutó de la cercanía, de verdad había necesitado que alguien hiciera lo que Ashton hacía. No pudo evitarlo, giró el rostro hasta que sus labios llegaron a esa oreja masculina que mordía solamente en sus sueños.

—Gracias, lo necesitaba —susurró quedito mientras a su nariz llegó el aroma viril del muchacho rubio. Necesitaba separarse ya o perdería la cordura.

La voz ronca de Manny lo descolocó. Un cosquilleo nació en su columna, se

separó al sentir el estremecimiento y otra clase de sensaciones que no conocía. Intentó aparentar que nada anormal había sucedido y golpeó el hombro de su mejor amigo.

—Vamos con mamá, si no la saludas se va a molestar —dijo Ash. Y con eso salió dando pasos apurados, y ya afuera de su cuarto se talló el rostro e ignoró el sonrojo caliente que iluminó sus mejillas.



Al final la señora Ford lo invitó a quedarse a cenar y a pasar la noche en su casa. Cuando sucedía eso Man tiraba un edredón a un lado de la cama de Ashton y ahí dormía. En esa ocasión no fue diferente, agarró unas sábanas y las acomodó para después hacer lo mismo con una almohada. Se quitó la camisa y se echó en su improvisado colchón, entretanto su amigo se acostaba en el suyo.

—¿Man?

—¿Qué? —contestó mientras se giraba para acomodarse.

—¿Cómo te diste cuenta de que eras homosexual? —Manfred abrió los ojos con asombro, jamás se imaginó que tendría ese tipo de conversación con alguien como él—. Es decir, recuerdo que salías con chicas.

—Me gustaban las chicas, pero nunca sentí las locas ganas de estar con ellas que algunos describían. Un día fui a una fiesta, un tipo se me acercó y sentí, solo sentí, lo que nunca había sentido antes y lo supe.

No le comentó que, en realidad, se había dado cuenta al ver a Ashton desnudo en el baño de los chicos, no creyó que eso le agradara.

—¿Fue difícil para ti aceptarlo? —preguntó Ash con curiosidad, sentía que debía saber para poder apoyarlo cuando hiciera falta.

Todo estaba oscuro, la casa estaba silenciosa, solamente murmuraban sin ver nada ni a nadie.

Man se sentó y apoyó su espalda en la mesita de noche, el borde de la cama le llegaba a la sien, apoyó ahí la cabeza y recordó aquella época, cuán dura había sido, lo mucho que se había enfadado con el mundo y con él mismo.

—Lo fue, me costó, pero no tuve otra opción más que hacerlo porque eso soy. El amor y la atracción siguen siendo lo mismo, aunque sea un hombre o una mujer, ¿sabes? No sé por qué ponen títulos.

—¿Alguna vez te sentiste atraído por alguien que conozca? —preguntó más despacio y se aclaró la garganta—. ¿P-por mí?

El corazón de Man dio un golpe violento contra su pecho, agradecía que el cuarto estuviera apagado para que no pudiera ver su rostro sonrojado. Se removió con incomodidad.

—Bueno... acepto que eres atractivo y tienes un buen culo, pero eres mi mejor amigo. —Sí, si algo había aprendido él era a actuar, y se le daba bastante decente, pues eso salió como si de verdad fuera la realidad.

Escuchó una carcajada ahogada y sonrió de nuevo.

—Buenas noches, Man.

—Descansa, Ash.

nueve

Dos semanas después el padre de Manny seguía furioso con su hijo al grado de no dirigirle la palabra. La señora Olivia solo le daba miradas de lástima al joven, a él le hubiera gustado que su madre lo defendiera en voz alta por una vez en la vida, pero ya había perdido las ilusiones.

Debido a lo anterior estaba evitando lo más posible ir a su casa, solo por un cambio de ropa en la noche y se iba con Ashton, quien lo había recibido con los brazos abiertos, al igual que su madre y su abuela, nada raro viniendo de personas tan generosas como los Ford.

La situación con Ash se había controlado un poco, aunque no dejaba que Manny estuviera solo mucho tiempo, se aseguraba de andar por los alrededores, por supuesto que no se atrevía a analizar su comportamiento, pues quizá la respuesta no le gustaría.

Saludó a los integrantes del equipo de básquetbol con un ligero asentimiento porque no le quedó otra opción, el rumor de que había abandonado el equipo era pan caliente en la escuela. Ninguno era agradable y todos fueron creados por ellos, encabezados por el imbécil de Jerry Donovan, quien no se cansaba de joderle la existencia.

Su mejor amigo intentó que los chismes desaparecieran; no obstante, todavía podía sentir cómo el alumnado hablaba a sus espaldas cuando pasaba por los pasillos.

Se dejó caer en las gradas y prestó atención a los últimos ejercicios del entrenamiento. Tenía que esperar a Ashton, pues se iría con él, así que estiró las piernas y escuchó los gritos del entrenador Fitzgerald.

Sin poder evitarlo, su vista cayó en el castaño que le robaba los pensamientos, delineó con la mirada sus piernas expuestas en unos pantaloncillos que le llegaban a las rodillas, casi no tenía vellos y era pálido, ¿qué tan suave y qué tan

duro estaría? Siguió ascendiendo hasta parar en el trasero redondeado que se distinguía —aunque no a la perfección— debajo de la tela, la cual era delgada.

Tragó saliva y se removió en su asiento con incomodidad al imaginar cómo se vería una erección justo con esas bermudas, cómo se sentiría debajo de su palma al friccionar la tela, cómo se vería corriéndose y mojando el maldito *short*. Su miembro comenzó a endurecerse, así que tuvo que imaginar —muy a su pesar— otra cosa para no empalmarse delante de todos.

Quince minutos después la práctica terminó y los jugadores salieron goteando sudor y empujándose para ir a las duchas. Ese era otro gran problema que se quitaba de encima, estar en las duchas con un montón de muchachos desnudos nunca fue algo que le ayudara a aparentar que no le excitaban los hombres.

El entrenador Fitzgerald lo saludó levantando la mano y salió. En medio de la soledad se puso de pie y bajó las gradas trotando, se encaminó a una pileta de pelotas y tomó una, la botó un par de veces y luego corrió con ella hacia la canasta. Encestar no era sencillo para él, el *coach* siempre le dijo que tenía que golpear el cuadro blanco del centro, pero por algún motivo la pelota siempre se desviaba.

Lo intentó un par de veces, no logró ni acercarse al destino. Soltó un suspiro profundo, alzó la pelota a la altura de su pecho agarrándola firmemente con las dos manos y respiró. Iba a lanzar, pero una voz lo interrumpió.

—Lo haces mal, por eso no puedes hacerlo.

Manfred miró por encima de su hombro a Ashton y alzó una ceja, divertido. Ya estaba duchado y cambiado, llevaba unos simples pantalones de mezclilla y una camiseta gris.

—¿Qué es lo que hago mal, súper estrella del baloncesto? —preguntó con picardía antes de girarse y enfocar de nuevo el puto cuadrado.

Estaba tan concentrado que no se percató de los pasos que se acercaban, fue demasiado tarde y casi saltó del susto cuando lo sintió detrás de él. El pecho de Ashton estaba pegado a su espalda y su aliento se estampó en su nuca, ocasionándole un escalofrío que repercutió en cada terminación de su cuerpo.

—Todo lo haces mal —susurró cerca de su oído, al tiempo que sus brazos lo rodeaban para agarrar el balón encima de las manos de Man—. Agárralo de esta forma.

Se repitió mentalmente que él solo lo estaba ayudando, ¡oh! ¡Pero él sabía que no era eso! Y no tenía idea de qué, pero se sentía increíblemente bien a su alrededor.

Los dedos de Ash movieron los suyos con toques suaves que le erizaron los poros, sentía su respiración pesada detrás de su oreja, quería hacer tantas cosas... girarse y arrancarle la boca era solo una mínima parte de todo lo que ansiaba; pero debía recordar de quién se trataba.

—Tus piernas tampoco las acomodas bien —murmuró tan quedito que no supo cómo lo escuchó. Ash soltó sus manos y las movió para agarrarle las caderas, dio una palmadita en el lado derecho—. Esta ponla un paso adelante.

Hizo justo eso, sintiendo la adrenalina recorriéndolo entero, le dolía todo el cuero, ciertas partes comenzaron a despertar. Más todavía cuando él imitó sus movimientos, su pierna siguió a la suya, por lo que pudo sentir una hinchazón golpeando su trasero. No podía creer lo que estaba sucediendo, seguro era otra de sus fantasías o estaba en una dimensión distinta.

No lo sabía, pero no quería que parara.

Ashton movió la cabeza y acercó la boca a su oído, Man abrió los labios para aspirar aire y no ahogarse, estaba duro y solo pensaba en besarlo. Las manos de Ash ascendieron rozando los costados del muchacho y se posicionaron en su abdomen.

—Eleva la barbilla —musitó más despacio y con un tono enronquecido que no había escuchado jamás. Mierda, quería tomarlo con su boca y probarlo. Todo era demasiado sensual, estaban envueltos en una burbuja de la que no querían salir. Manfred elevó el mentón—. Respira profundo antes de tirar.

Ash movió su pulgar en su ombligo como si estuviera enfatizando sus palabras, pero la verdad era que quería tocarlo. El corazón de Ashton iba a toda velocidad mientras sostenía a su amigo, mientras el aroma masculino penetraba sus pulmones, mientras sus labios picaban por besar su lóbulo, mientras una dolorosa erección crecía en sus pantalones.

Y estaba cagado de miedo, pero más curioso que otra cosa.

Manfred tiró y el balón encestó, ambos tragaron saliva escuchando cómo rebotaba la pelota en el suelo del gimnasio. Guardaban silencio, pues ninguno se atrevía a enfrentar lo que ahí sucedía.

Man decidió sacarlo del apuro porque así pasaba siempre, era ley de vida, lo que menos quería era que se avergonzara o dejara de hablarle otra vez.

—Tenías razón, mi técnica era una mierda. —Creyó que él se apartaría como si quemara, pero Ashton sonrió y rozó su abdomen una vez más antes de soltarlo y apartarse.

Se aclaró la garganta antes de girarse para enfrentarlo, de nuevo se equivocó al

creer que lo encontraría hecho una furia, tan solo estaba ahí sonriéndole como al principio, tal vez ni se había dado cuenta de que lo había provocado. Quería mirar su entrepierna, pero se contuvo.

—¿Me acompañas a casa? Solo recojo el cambio de ropa —él asintió y juntos salieron.



El transporte público los dejó unas cuantas calles antes, caminaron por el fraccionamiento hasta que llegaron a la casa de Man, el mencionado sacó un juego de llaves y abrió. Dejó la puerta abierta para que su amigo entrara y luego cerró. Iban a subir el primer escalón cuando el señor Clark apareció en la estancia con el ceño fruncido, miró a Ashton y sonrió un poco relajando los gestos de enojo.

—Buenas tardes, hijo —le dijo a Ash, después le dirigió una mirada mordaz al otro joven, quien ya se estaba preparando para los reclamos—. Frederick, su esposa y Lizeth van a venir a cenar hoy, así que espero que te quedes y, ya que no vas a estudiar lo que es mejor para ti, al menos me aseguraré de que te cases con una buena mujer.

La sangre dejó de fluir por sus venas en ese mismo instante, Frederick Gold y su familia eran parte importante de la iglesia donde Edward Clark era pastor. Man sabía que quería que tuviera una relación con la muchacha, al parecer estaba empeñado en gobernar su vida. ¿Elegirle esposa? ¿En serio? Es que estaba demente.

Vio a su madre contemplando la escena, un ácido subió por su garganta. Por todos los cielos que no quería odiar a su padre, pero empezaba a hacerlo.

—No lo voy a hacer, papá —dijo, seco.

—No te estoy preguntando, Manfred, te estoy diciendo qué es lo que vas a hacer. Te recuerdo que eres menor de edad y debes hacer lo que yo te diga, así que, si en este momento te llevo a la iglesia para que te cases con Lizeth, que además de ser inteligente es una señorita de pies a cabeza, lo harás.

No podía creerlo, no sabía si reírse, largarse o zangolotearlo para que reaccionara.

—Si tanto te agrada Lizeth, cástate tú con ella. —Escuchó el jadeo de su madre, no quería lastimarla, pero no iba a permitir que lo hicieran infeliz. No le

importaba si lo corría de la casa, de todas formas, no era agradable vivir bajo ese techo y las tiranas reglas de su padre—. No me metas en tus estupideces.

Las aletillas de la nariz del hombre se abrieron con furia al ser retado de esa manera, dio un paso amenazante, Man se preparó para recibir la palmada en la mejilla; pero Ashton se colocó entre los dos. Le sacaba una cabeza o tal vez más al señor Clark, quien abrió los párpados con asombro porque nadie nunca lo había enfrentado.

—Manfred ya dijo que no, y no se le puede obligar porque, aunque viva en su casa, es una persona y tiene derechos —escupió. Se giró y, sin preguntar o detenerse, tomó el codo de Manny y lo jaló—. Vámonos, yo te presto ropa.

Más tarde, después de cenar una de las delicias de la señora Luce, Man se acostó en las sábanas del suelo y el otro en su cama, e ignoró deliberadamente los mensajes que Emily, su novia, le había enviado durante el transcurso del día.

diez

El martes su madre entró a la habitación y le informó de que su padre y ella irían a una de las reuniones de la iglesia, lo cual quería decir que no dormirían en casa, pues se desvelarían alabando a Dios. Era una ocasión especial que ocurría al menos una vez al mes. Cuando era más chico, el señor Clark lo obligaba a arrodillarse para orar, aunque estuviera cansado y tuviera que ir a la escuela al día siguiente; pero al crecer las cosas cambiaron, no era que no le gustara la iglesia o hablar con el creador, era que odiaba que le impusieran las cosas.

Es como cuando consumes con demasiada frecuencia algo porque te gusta, eventualmente pierde el sabor dulce con el tiempo y se vuelve ordinario. De tantas veces que había sido obligado, a los diecisiete años Manny ya no quería poner un pie en la iglesia a pesar de que su fe seguía ahí.

Se despidió de ella e ignoró a su padre, quien lo contemplaba con los labios convertidos en una línea recta, después subió las escaleras y se encerró en su habitación poniendo el estéreo a todo volumen, Fall Out Boy resonaba, él se dejó caer en el colchón y miró el techo, recordó lo que hacía unos días había pasado.

¿Qué había sido ese acercamiento? ¿Por qué demonios Ashton lo había tocado de esa forma? De solo recordarlo la adrenalina hizo estragos en su entrepierna, jaló el pantalón para acomodarse la longitud que empezaba a crecer. Todo había sido demasiado excitante para ser cierto, todavía podía sentirlo a sus espaldas, su respiración soplando en su nuca, sus dedos moviéndose intencionadamente sobre su vientre, un tenue bulto formándose contra su trasero. ¿Lo había hecho a propósito para provocarlo? ¿Era una clase de prueba? ¿Acaso a Ashton le gustaban los hombres también? Manny estaba confundido, demasiado.

El timbre sonó y lo sacó de sus pensamientos, así que se puso de pie y bajó las escaleras dando saltitos. Comprobó por la ventana y el corazón le dio un brinco violento al ver quién estaba afuera.

—Creí que entrenarías hasta tarde —dijo Man al abrir y hacerse a un lado para que Ashton pasara. Llevaba una caja de pizza y un paquete de seis cervezas. Seguramente llevaba M&M's en alguna parte, él estaba obsesionado con los pequeños chocolatitos de colores.

—Fitzgerald nos dejó salir antes porque tuvo un contratiempo —contestó encogiéndose de hombros.

Con confianza se dirigió a la escalerilla para ir al cuarto del muchacho, Manny lo siguió después de asegurar la puerta. Se detuvo antes de entrar y lo contempló, ya estaba sentado en el suelo con la espalda pegada a uno de los costados de la cama, la caja de cartón estaba abierta mostrando la masa redonda llena de queso, salsa de tomate, jamón y champiñones. Ash abrió una lata y le dio un trago largo, después agarró un trozo de pizza y se lo llevó a la boca, hizo todo eso sin dejar de mirar a su mejor amigo, quien seguía en el umbral.

Man fue y se sentó al otro lado, dejando la comida entre los dos. Tomó cerveza y comió, amaba el queso derretido con salsa de tomate, Ashton lo sabía. Recostó la cabeza en el borde de la cama y disfrutó del silencio.

El celular de Ashton timbró, él bufó e ignoró la llamada, algo muy raro, pues era bien sabido que era adicto a su teléfono móvil.

—¿No vas a contestar? Puede ser Luce o tu abuela.

—*Nah*, es Emily —dijo y aventó la orilla de masa a la caja—. Últimamente no me deja respirar, se pasa llamando cada cinco minutos, siento que me ahoga.

—¿Ya se lo dijiste? Si no le contestas las llamadas probablemente pensará otras cosas y entonces hará un lío que puedes prevenir. —Manfred tomó la última rebanada y apartó la caja de cartón poniéndola sobre su cama.

De soslayo vio cómo Ashton se movía hasta quedar a su lado, estiró las piernas y las abrió, intentó ignorar lo que la cercanía le produjo, pues sus antebrazos se tocaban al igual que sus tobillos.

—No me importa, estoy pasando el rato contigo. —Se encogió de hombros y recargó la cabeza de la misma forma.

Manfred hizo una mueca, aunque en el fondo muchas mariposas volaban en su estómago. Decidido a pensar en otra cosa, mordió el triángulo de masa. Ash observó cómo se comía el último pedazo y, siguiendo sus impulsos, su mano voló para agarrar la muñeca del otro. Manny frunció el ceño, desconcertado, pero los sentimientos de asombro fueron reemplazados por deseo cuando el muchacho le arrastró la mano para poder morder la pizza justo donde él había mordido antes.

Respiró profundo, observando cómo Ashton se relamía los labios con la lengua y lo miraba a los ojos. Sin soltarlo permitió que Man mordiera, y después repitieron el proceso un par de veces. Para cuando se terminaron la pieza, Manfred tenía una casa de campaña en el regazo y, como si sus pensamientos de hacía una semana se le estamparan en la cara, había un bulto debajo del pantaloncillo delgado de su amigo.

Sin despegar los ojos se deshicieron de la masa. Man recorrió las facciones de Ashton hasta que su mirada cayó en esos labios regordetes con los que tantas veces había soñado; eran rojos y se preguntaba a qué sabrían si los mordía, ¿serían tan deliciosos como se veían? Y estaba tan cerca, solo tenía que inclinarse unos cuantos centímetros para besarlos, solo tenía que estirar la mano para tocarlos.

—¿Qué se siente, Man? ¿Qué se siente al estar con un chico?

Sus preguntas lo sacaron de la nube en la que estaba cómodamente sumergido, ¡por Dios! ¡Era Ashton! No podía creer que había estado a punto de besarlos, de comérselos enteros, se echó hacia atrás un tanto molesto con él por provocarlo así y consigo mismo por no aguantar.

—Esto no es un juego, ¿te estás burlando de mí? —Hizo el amago de levantarse, pero una mano se cerró en su brazo y lo sentó de nuevo. De reojo lo vio acercarse a su oído, Ash posicionó sus labios frente a su oreja y respiró exhalando e inhalando por la boca. Mil escalofríos lo recorrieron y no pudo moverse a pesar de que lo quería, ¿o no lo quería? Por Dios, no, deseaba tantas cosas excepto apartarse.

—No me burlo, estoy confundido, no puedo dejar de fantasear con esto, contigo. Tengo muchísimo miedo, pero no puedo parar, quiero saber por qué te gusta, quiero entenderlo, Manfred.

—Joder, Ash, soy gay, no puedes decirle esas cosas a tu amigo homosexual. — La respiración comenzaba a fallarle, estaba tomando todo su autocontrol para no seguirle el juego, pero parecía que su amigo no entendía cuánto se esforzaba por encontrar cordura, pues le respiraba en la oreja y soplaba su aliento entrecortado. Ashton frunció los labios en la rama de su mandíbula, el otro giró la cabeza y lo apartó—. No.

Le estaba costando un montón rechazar la oferta, pero sabía que estaba confundido y no podía aprovecharse de eso. Al sentir el rechazo, el muchacho se echó hacia atrás, sus ojos se veían dolidos. Tanto que le dolió, se quedó

ensimismado como si no supiera qué hacer, parecía un niño perdido, y se puso de pie, listo para salir.

Entonces el pánico se apropió del pecho de Man, quien se apresuró a detenerlo, lo tomó del codo y le dio la vuelta para que lo enfrentara. Hizo que Ashton retrocediera y lo ancló a una pared, lo apretó con su cuerpo hasta que no hubo espacios entre los dos.

Manfred tragó saliva antes de inclinarse y acariciar con su nariz el laberinto de su oreja, lo sintió temblar, más todavía cuando deslizó las manos por sus costados para rodearle la cintura.

Man olfateó su cuello, Ashton entreabrió los labios, pues no podía respirar, y cerró los puños haciendo girones su camiseta. El pelinegro se pegó al otro todo lo que pudo, al tiempo que bajaba sus manos para acunar el trasero de Ash, quien saltó cuando lo sintió apretándolo.

Infinidad de sensaciones lo recorrieron y no sabía qué mierda le gustaba más, no sabía qué le aterraba más. Nunca había vivido algo tan excitante, tan delicioso, tan embriagador y cegador. Ashton quería que lo besara, que sumergiera su lengua en su boca y siguiera apretándolo contra la pared, anhelaba que no se detuviera.

¿Qué demonios era todo eso? ¿Qué carajos estaban haciendo? Tembló e intentó que las piernas no le fallaran al sentir cómo lo tocaba, mientras sus labios besaban su comisura y su lengua lamía el labio inferior. Ash había estado con unas cuantas chicas, pero jamás había sentido tanta adrenalina, tanta... necesidad.

—Esto se siente al ser gay —dijo su amigo en un susurro frente a su boca.

Esas palabras lo sacaron de su aturdimiento, como si el otro lo presintiera, se echó hacia atrás y lo dejó frío. Lo observó con pavor, y Manny pareció arrepentido, pero Ash estaba más preocupado por cómo había perdido la cabeza, cómo había deseado que lo besara, cómo seguía queriendo que su mejor amigo lo acariciara. Y estaba mal querer eso, ¿no? Porque él no era homosexual, a él le gustaban las chicas.

No se atrevió a hablar, mucho menos a mirarlo. Salió despavorido, corrió hasta que se encontró en el exterior, quiso respirar, pero seguía sintiendo las emociones bullendo a flor de piel, era como si no se hubiera marchado de esa habitación y siguiera respirando en su oído.

Estaba muy jodido, todo se iba a la mierda.

Con una cosa en la mente llegó a la casa de Emily, necesitando comprobar que

todo estaba bien con él. Ella lo recibió y dejó que Ashton la besara con desesperación, le gustaban sus suaves labios y su pequeño cuerpo, y aunque era agradable tocarla, no sentía la misma bruma sensual que había experimentado con su mejor amigo.

En toda su existencia jamás se había sentido tan miserable. Después de que Ashton saliera corriendo como un animalillo asustado, se sentó en el mismo lugar de antes y comenzó a reprocharse, apretó los párpados para no echarse a llorar. Estaba asustado hasta la mierda, seguramente Ash lo odiaba tanto que nunca más le hablaría, ¿qué iba a hacer sin su compañero? Todo por no controlarse, fue demasiado lejos y ahora iba a pagar las consecuencias.

Dos días después se sentó en la mesa del comedor para desayunar, su padre lo miraba y él supo que algo rondaba su mente, decidió ignorarlo y mirar fijamente el plato lleno de huevos.

El camino a la escuela no fue mejor en absoluto, mucho menos cuando llegó y un montón de cabezas se giraron para verlo. Muchos murmuraron mientras se dirigía con pasos apretados y el alma en los talones a su casillero.

Nunca le gustó sentirse observado, ¿y si les había contado que era gay? ¿Qué tal que Ashton estaba tan molesto que había decidido contarles eso a todos? El corazón le dolió y el miedo cavó en lo más profundo de su organismo. No... no, él no haría algo así, él nunca lo lastimaría, aunque estuviera furioso.

Se dio la vuelta para dirigirse a clases, pero tres muchachos le obstruyeron el paso, Jerry Donovan sonreía con malicia frente a él.

—Ahora que ya no estás en el equipo podemos darte lo que te mereces —dijo mirando a sus amigos. Man apretó los puños, no estaba de humor para soportarlos, quiso esquivarlos, pero Jerry se interpuso de nuevo y lo empujó golpeando sus hombros.

—No te metas conmigo —advirtió entre dientes, antes de que Donovan se le lanzara queriendo propinarle un puñetazo, sin esperar que el otro reaccionara.

Man no iba a dejar que lo golpeará. ¿Quería pelear? Pues pelearía.

Le agarró el puño antes de que llegara a su rostro y, de un solo movimiento, giró el cuerpo del grandulón. Lo arrastró hasta que la mejilla del bravucón se

estampó en el metal del casillero, al parecer sus amigos lo habían dejado, pues nadie hacía nada para defenderlo.

—Te advertí que no te metieras conmigo, no hagas que te corte las bolas —dijo Manfred con enojo.

Jerry Donovan lloriqueó cuando apretó el agarre, mantenía el brazo doblado detrás de su espalda, lo retorció una vez más antes de soltarlo y largarse dando pasos largos.

Como era de esperar, Ashton lo ignoró todo el día, no le dio siquiera una mirada de reconocimiento a la hora del almuerzo. A Man se le estrujó el corazón cuando lo vio con Emily, estaba contento y le sonreía, también la besaba y la llevaba rodeada de la cintura.

No podía dejar de mirarlos, aunque fuera masoquista, y se sintió como un intruso, ¿qué había sido lo del otro día entonces? ¿Una confirmación de sus sentimientos por ella? ¿Así iba a acabar todo entre ellos dos?

Le dolió como el infierno porque no pudo comer ni estar en paz desde que había salido de su casa corriendo, no podía dormir, ni siquiera podía discutir con su padre. Nunca se había sentido tan solo; y mientras todo esto se arremolinaba en su interior, Ashton estaba disfrutando de su noviazgo como si no hubiera pasado nada.

Pero todo era parte de ser su amigo, ¿no? ¿En qué mundo había cabida para sus esperanzas?

Se talló el rostro al ver cómo la besaba, así que decidió irse antes de que el alumnado se percatara de que dichas escenas lo estaban destrozando. Se fue sin siquiera llevarse la bandeja con la comida que no había tocado.



Lo vio salir de la cafetería luciendo como alma en pena, Man se veía realmente desolado y él quiso ir a consolarlo. ¿Estaría bien? ¿Estaba mal por lo que había pasado? ¿Había peleado con su padre otra vez? Esas y muchas preguntas más se formaban en su cabeza, se alejó un poco de Emily porque empezaba a asfixiarse.

Los días sin su mejor amigo habían sido un infierno, de alguna manera Manny le recordaba que las cosas verdaderas existían, no tenerlo alrededor hacía que las horas fueran más pesadas.

Luego se encontraba centelleando en su mente el escollo más importante: el día que lo tuvo pegado a su cuerpo. No había parado de recordar ese momento, todas las noches en la penumbra de su habitación se tocaba, se acariciaba en secreto pensando en Manfred. Se le secaba la boca al recordar lo caliente que había sido el encuentro, la sensación de su saliva en su labio, el calor de sus manos cuando le había apretado el trasero para restregarse.

Por más que intentara negarlo, le había gustado... O eso creía.

Tenía pánico de aceptar lo que estaba ocurriendo, ¿eso quería decir que era gay también? ¿Bisexual? ¿Qué mierdas?

Estaba pasando por ese conflicto de aceptación, y a pesar de que quería ir con él, no lo hizo porque las ideas en su mente eran una maraña. ¿Qué pensaría la gente si se enterara? ¿Su madre se decepcionaría? ¿Y su abuela? ¿Qué pasaría con el equipo?

Para él jugar a baloncesto era vida, y estaba seguro de que no aceptarían a un tipo que se metía con hombres. Quizá la curiosidad se debía a que era algo nuevo para él, pues acababa de enterarse de la homosexualidad de su mejor amigo, de aquel con el que había compartido charlas sobre chicas, tal vez por eso estaba tan confundido.

Y a pesar de que quería que fuera eso, en el fondo sabía que no, que lo que pasó en la casa de Man le fascinó, y que él había casi rogado para que pasara, que su cuerpo temblaba porque quería que sucediera de nuevo.

Más tarde entró a la biblioteca para hacer una tarea antes de ir al entrenamiento, buscó un cubículo vacío y sacó sus útiles para luego ponerse con la labor. No llevaba ni diez minutos cuando un cuerpo masculino entró y se dejó caer en una silla cercana.

El corazón le dio un brinco violento al ver a Manfred sentado frente a él, era lo más cerca que habían estado desde aquel día. Ash quería estirar la mano para tocarlo o tocarse él mismo; pero se quedó quieto y lo contempló. De verdad lucía demacrado, tenía ojeras debajo de los ojos, y sus comisuras estaban abajo, el brillo apagado de sus ojos le dijo que estaba triste.

—Yo... No sucederá de nuevo, siento lo que pasó. —Eso no le gustó, pero no dijo nada, siguió en silencio contemplando el movimiento de los labios de Man, casi como si estuviera hipnotizado. ¿Él sentiría algo al verlo? Ya una vez dijo que no le atraía, ¿eso podía cambiar? ¿Quería averiguarlo?—. Por favor, prométeme que no dirás nada.

El deseo de besarlo se disipó, lo miró con estupefacción, se dijo que debía

tranquilizarse, pero sintió que el enojo lo cruzaba para partirlo en dos.

—¿Después de lo que pasó vienes a decirme eso? ¿En serio, Manfred? —El muchacho no respondió nada, hasta lucía sorprendido de verlo molesto—. ¿Después de inmovilizarme y restregarme tu pene me dices que no pasará de nuevo? ¿Estás dudando tanto de todos estos años de amistad y de secretos guardados que crees que voy a ir a traicionarte? ¡Vaya! ¡Gracias por la confianza!

Empezó a guardar sus cosas con premura, arrojó los lápices y las plumas a su mochila molesto, juntó las hojas desperdigadas en la mesa y las metió en un cuaderno.

—Estás enojado, Ash —susurró Man aclarándose la garganta, como si aquello fuera una verdadera razón para dudar de él.

—Ya he estado enojado antes, dime cuándo te he fallado.

Y sin más salió del cubículo, no sabía por qué estaba tan molesto, no estaba seguro de que solo fuera porque dudaba de la confianza que habían construido desde que eran niños, también calaba que él no quisiera repetir y lo dijera como si no hubiera significado nada, cuando para Ash era una puerta abierta que le permitía entrar a un mundo desconocido, placentero y abrumador.

doce

La relación entre Manfred y Edward Clark era tensa, era como caminar por la cuerda floja, cualquier ínfimo movimiento equivocado bastaría para que se fuera a la deriva. Cuando Manny hablaba con su padre tenía que medir sus palabras, jamás decir cosas que podrían desagradarle, todo esto para mantenerlo contento y que no indagara en sus asuntos.

Al bajar las escaleras ese sábado por la mañana apretó la mandíbula. En la sala no solo estaban sus padres, también la familia Gold. El señor Frederick, como todo hombre de familia, tenía porte riguroso y mantenía a su esposa cerca; Lizeth estaba ahí, observaba sus uñas como si fueran lo más interesante del mundo.

Deseó regresar a su cómoda cama, sin embargo, no le agradaba la idea de que su padre hiciera un problema delante de los Gold, por lo que se adentró a la sala y esbozó una sonrisa forzada.

—¡Hijo! Qué bueno que despertaste, mira quién llegó. —Su padre le dio una mirada de advertencia, se acercó a Lizeth y la saludó dándole un beso en la mejilla, al igual que a su madre, y sacudió la mano del señor Frederick.

Era una chica muy linda, su cabello caía con gracia y sus ojos enormes se veían brillantes, como dos soles resplandecientes. A Manfred le hubiera gustado sentirse atraído por sus curvas, pero era como estar al lado de una pared; no había chispa ni burbujes ni explosiones violentas.

Se mantuvo tranquilo, sentado junto a la joven, sin participar en la conversación, que le parecía demasiado ridícula. A eso de las diez su madre se levantó y pidió que pasaran a la mesa, la señora Olivia sirvió el desayuno sin levantar la cabeza, la otra señora de la habitación tampoco emitía sonido alguno, parecía que en aquella reunión solo estaban los hombres, pues eran los únicos que hablaban.

Manny tensionó la mandíbula cuando escuchó al señor Clark hablando sobre él como si fuera un pedazo de carne cruda, le aseguraba a su amigo que era un buen chico que estudiaría Economía. ¿Cuántas malditas veces iba a tener que decirle que no haría nada de eso? Al parecer no lo entendía, o tal vez creía que terminaría cediendo y suprimiendo su opinión justo como su madre.

—¡Esa es una gran idea, Frederick! —La exclamación de Edward lo hizo parpadear—. Claro que Manfred estará encantado de llevar a Lizeth al baile de su colegio, ¿verdad?

El mencionado rechinó los dientes hasta que creyó que iban a tronarle, ¿qué carajos le pasaba a su padre? Si tanto le gustaba la chica que se quedara con ella, pero que lo dejara en paz.

Le dio una mirada de reojo a la muchacha, quien miraba su plato como si quisiera fundirlo, ¿a ella también la estaban obligando? Esperaba que así fuera. Se puso de pie, haciendo que la silla se arrastrara y creara un rechinido, todos lo miraron con curiosidad, sobre todo Lizeth; su padre, en cambio, lucía como un perro rabioso preparándose para morder.

—Lo lamento, pero eso no va a ser posible, mi padre no entiende que no debe meter su cuchara en mis asuntos. Si me disculpan.

Asintió como despedida hacia el señor Gold y salió del comedor y de la casa, sabiendo que lo que acababa de hacer acarrearía un montón de problemas, pues prácticamente había mandado al demonio a la hija del benefactor de la iglesia. Sin embargo, Man creía que ya era hora de que el señor Clark abriera los ojos y dejara de ser tan egoísta.



Más tarde entró a su casa, había pasado el rato recostado en su arboleda favorita sin hacer nada en particular, esperando a que pasaran las horas. Pensó que si dejaba que su padre respirara y se calmara enfrentarlo no sería tan difícil; pero no fue así. Apenas puso un pie adentro, un puño se estampó en su rostro y lo aventó hacia atrás.

—¡Edward! —Escuchó el grito histérico de su madre, los lloriqueos que siguieron después de eso, como su padre discutía y lanzaba insultos.

Ese era el gran pastor, el ejemplo a seguir. Quiso reírse.

Arrugó la mejilla, pues su piel dolía, si bien había estado en muchas peleas, nunca nada le había dolido igual. No sabía si era por el golpe o por lo que significaba, daba lo mismo, su padre se había atrevido a pegarle solamente por querer seguir sus propios deseos y no los que quería imponerle.

Cualquier padre habría estado orgulloso de que su hijo quisiera seguir sus sueños, abrirse paso por el mundo por sus propios medios, formar sus creencias y hacer todo por alcanzar sus metas; pero no Edward Clark, para él era más importante el qué dirán... y el piso del templo.

El pómulo le punzó intermitentemente, recuperó el equilibrio y se plantó frente a él, que lo miraba con rabia. Su madre no paraba de lloriquear, le sostenía el brazo como si eso fuera a detenerlo de agredir a su hijo una vez más. Si rechazar a la chica había causado esa reacción bestial, no quería imaginar lo que sucedería cuando se enterara de que era homosexual.

—Me pregunto qué dirán los fieles discípulos del honorable Edward Clark si se llegaran a enterar de que este golpeó a su hijo —dijo Manfred con burla, picándolo. Lo vio apretar la quijada, las aletillas de su nariz se levantaron.

—Seguramente me felicitarán por haberle dado su merecido a un hereje, a un malagradecido —escupió, encabritado.

—¿No es tu Dios el que perdona a todos cuando se arrepienten? ¿Quién eres tú para juzgar, Edward? No eres más que un hipócrita que usa la palabra de Dios para su propio placer, te gusta retorcerlo todo para que encaje con lo que quieres, ¿por qué no le pides que te mande un piso nuevo? Así dejarás de molestarme.

Eran dos hombres peleando, no un adolescente contra su padre, ellos querían destrozarse para doblegar al otro; uno porque el control era todo lo que conocía, el otro porque estaba harto de la opresión.

—Vas a estudiar Economía y llevarás a Lizeth al baile, y no te lo estoy preguntando —dijo, airado.

—Y yo no estoy jugando, papá, no haré ninguna de las dos cosas. No soy tu títere, no voy a tener una vida de mierda como la tuya.

Fue así como Man cerró la conversación, subió las escalerillas trotando y azotó la puerta. Con las venas ardiendo debido a la furia, le dio una patada a la pata de la cama antes de dejarse caer en el colchón.

No se movió ni una sola vez después de eso, el único movimiento que hizo fue el de cerrar los párpados cuando la noche se asomó por la ventana.



Se levantó muy temprano el lunes, evitó mirarse en el espejo, pues ya sabía lo que encontraría. Su pómulo y parte de su ojo estaban inundados en un horrible moretón. Su madre había entrado muy temprano la mañana anterior para untarle unguento, y aunque dolía menos, la huella seguía ahí; no haría nada por ocultarla.

Sin desayunar ni esperar la bendición de la señora Olivia, salió para dirigirse a la escuela con la mitad de la cara adornada por un gran círculo púrpura. Ignoró las miradas de la gente e hizo como si su interior no estuviera medio vacío.

Manfred era fuerte, casi como la madera de un roble o los cimientos de una montaña gigante; pero también sabía actuar, ¡y vaya que lo hacía bien! Sabía qué gestos hacer para que los demás no se dieran cuenta de sus conflictos internos, sabía cuándo reír para aparentar su tristeza, podía esbozar una sonrisa aun cuando fuera una mierda por dentro.

Todo se sentía genial mientras alguien estuviera alrededor, pues hasta él se creía su actuación. No obstante, cuando se encontraba solo, y no había nadie a quien convencer, su barco se hundía hasta que se ahogaba en la inmensidad del mar.

Los relámpagos de su alma le daban tanto miedo que debía esconderse.

A Manny le dolía el alma, amaba a su madre, a esa mujer que nunca se atrevía a alzar la voz para defenderlo, a la misma que entraba a escondidas a su alcoba para curar sus heridas. Y, a pesar de todo, quería al señor Edward, le habría gustado tener una relación más sana con él; pero eso nunca sucedería, ya lo había asimilado. Sin embargo, a veces seguía doliendo.

Caminó por los pasillos de la gran institución como un fantasma, sin comprobar los pasillos, sin ser consciente de sus pasos, solo se dejaba llevar por la marea. Su horario no fue interrumpido por nadie, todo era silencioso a su alrededor y en su interior, hasta que alguien lo frenó agarrándolo por el codo.

Man sabía quién era, solo una persona ocasionaba esa reacción en su cuerpo, solamente él lo hacía brillar después de estar sumergido en la oscuridad. Bastaba un ligero toque para pasarle corriente e iluminarlo. Se relamió los labios con el corazón disparado, sus poros se erizaron al sentir esa palma alrededor de su brazo.

El muchacho lo rodeó para situarse frente a él, Manfred levantó la vista para perderse en esos ojos que conocía tan bien.

Por un momento no existieron los problemas, nada más Ashton Ford.

—¿Qué ocurre? ¿Qué fue lo que te pasó en la mejilla? —Esas preguntas hicieron que la realidad regresara, lo golpeó duro, por lo que se sacudió para soltarse.

—No finjas, no te preocupas por mí —susurró.

Manny lo esquivó, no una, muchas veces por el resto del día, pues Ashton no dejaba de perseguirlo, de mirarlo, de insistir.

trece

No hizo paradas innecesarias, el timbre sonó y él fue directo a casa, la verdad es que no tenía ánimos de nada. Le daban ganas de tirarse otra vez en la cama para mirar el techo y perderse en la mudez de su mente, esa era la mejor parte de la soledad.

Se puso los auriculares con One Republic resonando a todo volumen, si fingía que podía contar las estrellas todo su interior se calmaba. Caminó por las calles hasta que se adentró a su colonia. Sacó el juego de llaves, que tintinearón como campanillas, y abrió la puerta.

Se estaba quitando la mochila de los hombros cuando su madre apareció frente a él con un delantal rojo amarrado a su cintura y una espátula manchada de aceite en la mano. La mujer le sonrió con cariño, señaló con su puntiaguda barbilla las escaleras.

—Ashton llegó hace poco, dijo que te esperaría en tu habitación para que hicieran el trabajo de equipo que les encargaron de... No sé qué materia, no recuerdo —dijo, para su sorpresa—. Les hablo cuando la comida esté lista, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurró, al tiempo que se giraba para subir a la segunda planta.

No había ningún puñetero trabajo de equipo, ¿de qué se trataba todo eso? Con pasos decididos se encaminó a su alcoba y giró la perilla para abrir sin más.

Entró al cuarto y se quedó parado en el umbral, Ashton estaba de pie frente a la ventana, dándole la espalda. Observó como los músculos del muchacho se tensionaron al ser consciente de su presencia.

Y entonces cerró la puerta, pues algo le dijo que estaba alterado, Ash no se ponía tenso por cualquier tontería.

El joven de cabello casi rubio se giró y observó a su mejor amigo, que tragó saliva al ver la furia en las pupilas que lo miraban. Manfred lo vio acercarse con

lentitud, casi como un cazador arrinconando a su presa, tan despacio que consideró la idea de caminar hacia él para cerrar las distancias.

Ash se aproximó hasta que solo los separaban unos cuantos pasos. Un par o tal vez menos. Sin hablar, sin ignorar las chispas que revolotearon por todo el lugar por el simple intercambio de intensas miradas que decían muchísimo más que cualquier cosa que pudieran pronunciar, simplemente se miraron.

—Fue tu padre, ¿verdad? ¿Fue ese hijo de perra? —preguntó el joven Ford con los dientes apretados.

Lo que sucedió después sorprendió a Manfred, Ashton cerró los espacios entre los dos para tomarle el rostro con firmeza y echárselo hacia atrás. El corazón le dio un vuelco al ver como el joven analizaba el moretón sin darle la oportunidad de sacudirse, sus dedos afianzaban la mandíbula, como un metal fundiéndose a su carne, para que no volteara la cara.

Mil sensaciones recorrieron a Man cuando sintió las yemas de su amigo recorriendo el moretón, dándole una suave caricia que retumbó en todas sus terminaciones nerviosas.

—No vuelvas a decir que no me preocupo por ti, me preocupo tanto que me aterra —murmuró en voz baja, suavizando el agarre.

Manfred pudo girar el rostro para enfocarlo, se dio cuenta de lo cerca que estaban, de que sus pechos se rozaban al igual que sus muslos, que sus miradas se acariciaban de una forma que no podría catalogarse como amistosa. Los ojos de Ashton eran dos pozos marrones que se le antojaron tentadores, provocativos y desafiantes.

—Me gustó mucho lo del otro día, Man, me gusta esto así, como ahora, ese es el problema —musitó, ocasionando que su aliento se le estampara en la mejilla.

Punzadas placenteras se dispararon en sus ingles, oleadas de dolorosa excitación lo recorrieron hasta que un bulto prominente comenzó a hervir debajo de su pantalón. No podía controlarlo, no cuando lo tenía casi encima, hablándole a susurros como si estuvieran haciendo cosas prohibidas, no cuando lo miraba de esa forma, no cuando su mano seguía sosteniendo su cara, su palma enardeciendo su piel.

—Esto no tiene que ser un problema, lo sabes, ¿no? —soltó Manfred después de buscar su voz—. Te he respetado toda la vida, no cambiaría por nada nuestra amistad. Eres mi mejor amigo, lo único verdadero que tengo, no me atrevería a traicionarte, no soportaría perderte.

Solo esperaba que Ashton no se diera cuenta de cuánto lo amaba, de las

verdades que escondían sus palabras.

Man lanzó un suspiro cuando su mejor amigo se pegó a su cuerpo, cerró los ojos al sentir el deseo de Ash topando en su cadera, burlándose de los latidos frenéticos de su corazón, de su autocontrol, le estaba rompiendo los nervios.

Uno de los brazos del joven le rodeó el cuello como una cadena, la mano descansó en el hombro. Ashton se acomodó de tal forma que sus piernas estaban casi entrelazadas, sabía que él podía sentir lo mucho que le gustaba la cercanía, su osadía.

Era más que un abrazo, Ash lo estaba amarrando, no le dejaba escapatoria, no era como si quisiera escaparse porque eso... ¡Dios! ¡Eso le fascinaba! Era su mejor amigo, lo amaba, pero el chico le encantaba, le gustaba, lo calentaba, las fantasías de tantas noches no se comparaban con sentir de verdad su respiración en su oído, tentándolo.

Sintió los labios de Ashton en la rama de su mandíbula, no lo besaba, solo lo recorría. Man respiró profundo, queriendo encontrar el motivo por el cuál no le agarraba el trasero y se restregaba. En serio, estaba a punto de quebrarse.

Solo una gota le quedaba, un hilo delgado que, al parecer, su mejor amigo quería cortar. No sabía los motivos, en medio del deseo no podía ver nada con claridad, solo era consciente del cuerpo de Ash pegado al suyo rogando ser tocado, los labios de Ash queriendo ser besados, la lengua de Ash queriendo ser succionada, el olor varonil de Ash inundando sus sentidos.

Todo se reducía a él, casi pudo jurar que los planetas giraban a su alrededor.

Intentó, sin embargo, hacerle caso a su cordura. Se hizo hacia atrás un poco, pero el otro captó el movimiento y endureció el agarre en su cuello. Ashton caminó despacio, obligándolo a retroceder, hasta que su espalda se estampó en la puerta.

¿En qué jodido mundo paralelo estaba? Manfred se resistía, y el otro lo empujaba.

—Ya no quiero que me respetes, Man —susurró frente a su oído—. ¿Eso te basta?

Y, entonces, el hilo tronó.

catorce

Man afianzó la cintura del muchacho, lo apresó con firmeza y lo adhirió a él hasta que no hubo espacios entre los dos. Sus pechos se unieron más de lo que ya estaban, la rodilla de Ashton quedó entre las piernas de Man, haciendo que lugares prohibidos se encontraran.

Nunca nada se había sentido igual, ese mínimo roce lo estaba haciendo delirar. La otra mano tomó la nuca de Ash y se hundió en su cabello, este se inquietó al sentir el masaje que impartió en la zona, los leves apretones que hacían que se endurecieran sus músculos, cualquier cosa que él hiciera lo hacía despertar.

—Cierra los ojos —susurró Manfred. Se miraron un instante antes de que hiciera lo que le pedía, sus párpados se cerraron siguiendo la petición. Lo sentía frágil y ansioso entre sus brazos, el chico quería muchísimo lo que iba a suceder, no había parado de pensar en eso, pero también tenía miedo—. Tranquilo.

Recorrió la mandíbula de Ash con la nariz, llegó hasta su barbilla y miró los carnosos labios gruesos que parecían dos uvas jugosas, estaban entreabiertos, respiraba pausadamente y lo invitaban a tomarlo. Manny depositó un besito en su mentón, fue solo una caricia, sin embargo, lo sintió temblar.

—Tranquilo, solo soy yo —murmuró, al tiempo que depositaba otro beso debajo de su labio inferior—. No tengas miedo.

Atrató el labio más cercano con los suyos y se quedó quieto. Ashton no se movió, solo soltó un suspiro ahogado. Soltó la carne resbalosa y repitió el movimiento en su labio superior, lo pescó y con sus dientes lo masajeó.

Manfred lo estaba besando de una forma que alteró sus sentidos, lo rompió en dos, lo volvió loco de deseo. Sentía como acariciaba sus labios con delicadeza, los cepillaba con paciencia, se sentía atraído como las avispas a las frutillas. No se movió, dejó que Manny lo hiciera todo, que se encargara de él.

Sentía terror, pues estaba disfrutando, sus poros estaban erizados, sus caderas le rogaban fricción, sus dedos picaban porque querían sentir el cabello suave de su

amigo, su hinchazón palpitaba contra la notable erección del otro, que lo hizo enardecer. Era una muestra de que Manfred sentía lo mismo.

¡Dios! Ashton quería tantas cosas en ese momento... Se rindió, después de todo solo era él, no haría nada malo, ¿qué importaba lo demás si se sentía así de bueno?

Su respiración se hizo pesada cuando sintió la lengua caliente de Man que se paseó por la entrada de su boca. El muchacho lamió esas deliciosas uvas hasta grabarse el sabor de su dulce jugo, hasta que sintió que él se rendía y la abría para recibirlo.

Manfred adentró la lengua en la cavidad despacio, muy despacio, dándole oportunidad para que se echara hacia atrás, pero el otro no lo hizo. Entonces acarició la lengua de Ashton de forma intermitente, lo rozaba con la suya y se movía hacia otro lado, lo estaba incitando a que se dejara llevar, a que rogara por más.

El agarre de Ash se hizo más duro, movió las caderas un poco para que sus pelvis friccionaran y gimió. Man no pudo con la visión de él obteniendo placer por su causa, así que se sumergió en esa boca con fiereza, dejó la cortesía, dejó el control, lo consumió.

Manny acarició la lengua de su amigo con sensualidad y soltó un sonido gutural cuando fue correspondido con el mismo desenfreno. Su corazón latía desesperado, su cabeza era un nubarrón de incredulidad y lujuria, no podía creer que aquello de verdad estuviera sucediendo.

Ashton sabía deliciosamente bien, sabía a tardes debajo de un cielo lleno de nubes, sabía a fantasías cumplidas, sabía a curiosidad y pasión, sabía a electricidad.

Manfred endureció la mano que sostenía la nuca del muchacho y le hizo hacia atrás la cabeza para profundizar el beso, llegó más profundo, tocó su paladar y atrapó su lengua para succionarla.

—Mmmh. —No pudo evitar sonreír al escuchar sus sonidos incomprensibles, murmuraba cosas sin sentido y suspiraba mientras movía la cadera hacia atrás y hacia adelante para que zonas sensibles se acariciaran por encima de la mezclilla.

Man creyó que ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo, no era consciente de lo caliente que lucía entregándose así a él. No había reservas, Ashton estaba compenetrado, perdido en la marea, lo besaba mostrando todo su ser, se estaba ofreciendo, pues ese universo era fascinante.

—¿Te agrada? —preguntó Man atrapando su labio inferior y dándole un

jaloncito coqueto. Todavía con los ojos cerrados, Ash asintió.

Sus pechos subían y bajaban con velocidad, intentaron recuperar el aire sin separarse del todo, sin dejar de cepillar sus labios, sin detener una caricia que comenzaba a hacerse adictiva. No lo resistió, Manfred volvió a besar a su amigo, esta vez sin previa seducción, lo apretujó a su cuerpo como si quisiera fundirlo, unir su piel a la suya, mientras los dedos de Ash se flexionaban en la madera de la puerta que estaba detrás de él.

Le soltó la boca hinchada y dejó besos húmedos por toda la mandíbula, jugueteando con sus vellos erizados, hasta llegar a su oído, donde respiró a propósito. Ashton se convulsionó y se apretó más a él. Bajó sus labios y fue hasta su cuello, donde se detuvo para deleitarse con los latidos desenfrenados de su corazón.

Se refugió ahí, dejó que sus pensamientos regresaran a la normalidad, recuperó el aliento y estabilizó su respiración agitada. Esperó a que su mejor amigo hiciera lo mismo, sin dejar de abrazarlo permitió que las olas decrecieran. Manny sintió terror en ese instante, más aún cuando lo sintió tensarse; pero solamente fue un segundo, después le devolvió el abrazo.

El oxígeno volvió a sus pulmones, la boca la sintió seca, pues todavía podía sentir el beso de hacía unos minutos. La adrenalina aún estaba en sus venas, recorriéndolo, iluminándolo. Manfred respiró profundo y dejó que el olor de Ash lo invadiera, que la cercanía lo empapara y la esperanza naciera en su pecho.

Unos minutos más y le hubiera arrancado la boca, si había podido besar aquello que durante muchos años fue inalcanzable, quizá podría enamorarlo, ¿no? Tal vez si le mostraba todas las cosas increíbles, las sensaciones nuevas, los lugares inexplorables no querría marcharse y se quedaría a su lado.

La ilusión floreció como flor en primavera, una muy linda y colorida. ¿Qué perdía intentándolo?

Ni loco desaprovecharía la oportunidad, después de todo había sido el mismísimo Ash el que le rogó que le mostrara su oscuridad, había sido él quien había insistido para que le enseñara lo que era un beso abrasador, él se había pegado a su cuerpo para provocarlo, le había pedido que lo guiara por ese sendero desconocido, y no pensaba soltar su mano ahora. No cuando sabía lo delicioso que era, no cuando tenía entero conocimiento de lo que se estaba perdiendo.

Manfred se echó hacia atrás y lo contempló, su corazón palpitó, Ashton lucía adorable todo despeinado, con las mejillas encendidas, labios enrojecidos y los

ojos vidriosos.

—Creí que no era tu tipo, Man —dijo esbozando una sonrisa burlona que lo hizo sonreír de lado.

—¿Quién puede resistirse a los encantos de Ashton Ford? —contestó.

quince

No lo vio durante dos días, pero sí se mantuvo en contacto por medio de mensajes de texto. No le gustaba hablar con Ash de ese modo porque era demasiado cortante, más cuando se acercaban los exámenes y no había poder humano que lo sacara de sus libros. Era un gran estudiante, debía mantener sus notas para permanecer en el equipo, hacía cualquier cosa por su deporte favorito, pues era lo más importante para él.

El alma se le cayó a los pies cuando entró a la escuela y se topó con un cuadro desagradable, el abismo se extendió frente a él al contemplar como tomaba la mano de su novia. Estaba en el pasillo, recargado en su casillero con un pie doblado por la mitad. Rodeado por sus compañeros de baloncesto, reía de algo que estaban diciendo. Emily se aferraba a su brazo, pegada a su costado, le rodeaba la cintura.

Le dolió, mierda, como si alguien le hubiera clavado una estaca en el pecho.

Sintió que su mundo se rompía en mil pedazos al mirar esa escena, ¿lo había estado evitando? ¿Por eso no había sabido nada de él más que unos cuantos mensajes? No se le ocurría nada más, definitivamente ocurría algo. Ahí estaba él, abrazando a la chica después de todo lo que había pasado, paseando con ella por los pasillos como una gran pareja feliz.

No podía exigir nada, porque si Manfred sabía algo era que besar a otro hombre no te convertía en homosexual, algunos solo lo hacían para experimentar, otros por diversión. Le dolió la idea de Ashton utilizándolo de cualquier forma.

Tembloroso, respiró profundo e ignoró el cosquilleo persistente que sintió en sus yemas. La nariz le picó, al mismo tiempo un enojo fluyó por su sistema.

En ese momento los ojos de su amigo se levantaron y contactaron con los suyos, se quedó quieto regresándole la mirada, lo observaba penetrante, ni siquiera disimulaba que lo estaba viendo. Manny no lo soportó, así que parpadeó

y se alejó dando zancadas largas, los pasó ignorándolos y entró al baño con pasos apretados y los latidos en la garganta.

Se detuvo frente al espejo y abrió el grifo para mojarse la cara, repitió el proceso un par de veces y se rogó calma. Un beso no tenía por qué cambiar las cosas, ¿o sí?

Escuchó que la puerta se abrió, no comprobó quién era, pues estaba quitando las gotas de agua de su rostro. Se enderezó y se quedó atónito al ver el reflejo de Ashton, estaba detrás de él, tragó saliva con nerviosismo. Las comisuras del muchacho temblaron, sin despegar la mirada se acercó a uno de los lavabos y se enjuagó el rostro como él segundos atrás.

—En Sinfín —dijo Ash.

Cerró la llave, tomó una toallita del dispensador, se limpió el rostro y salió dejándolo impactado. ¿Lo había seguido al baño? Quiso carcajearse, y ya más animado se dedicó a sus clases por el resto del día.



A la hora de la salida se montó en su bicicleta y pedaleó hasta llegar a esa arboleda que era especial para ambos. Descendió del transporte y la empujó por el manubrio, internándose entre los árboles. Caminó por un sendero conocido hasta que llegó a su lugar favorito, había un tronco enorme y piedras, dejó la bicicleta apoyada contra el roble y fue a sentarse en el suelo del lado contrario, apoyando la espalda en la madera.

Suspiró profundo y miró hacia arriba, se veía el cielo detrás de las copas verdes y frondosas. Esperó pacientemente, y unos quince minutos después escuchó unos pasos. Vislumbró las zapatillas de Ashton acercándose, su amigo se dejó caer a su lado. Llevaba el pantaloncillo del uniforme del equipo de baloncesto, seguramente tendría entrenamiento más tarde.

Sus hombros quedaron juntos, al igual que sus muslos. Ash llevó una mano hacia su cabeza para revolverse el cabello miel.

—El viernes mamá preparará comida italiana para la cena, ¿quieres quedarte en casa? —invitó Ashton. Tragó saliva un tanto nervioso, al menos no estaba enojado, Man estaba tanteando el terreno antes de lanzarse.

—De acuerdo —dijo.

—Bien, le diré que irás.

El silencio volvió a crecer entre los dos, era tanta la tensión que empezaba a incomodarse. No tenía idea de qué decir, Manfred solo pensaba en besarlo de nuevo, pero no estaba muy seguro de que él quisiera, y definitivamente no quería echar las cosas a perder.

Recorrió con la mirada sus pantorrillas desnudas, pálidas y lechosas piernas que se escondían debajo de esa delgada bermuda. Sus ojos siguieron subiendo, sin poder detenerse, y vio el bulto. Ansiaba con fuerzas alcanzarlo y sentirlo, quería tanto a Ashton que dolía.

—Debo irme porque el entrenador Fitzgerald está siendo un grano en el culo últimamente, la presión de las finales lo hace insoportable —emitió Ash. Asintió como respuesta, sabiendo muy bien que el *coach* podía llegar a ser una pesadilla.

Se pusieron de pie al mismo tiempo, Manny se sacudió el trasero y se encaminó hacia su bicicleta, que seguía justo donde la había dejado. Quitó el seguro y se tensó al sentir la brisa de su aliento en su nuca, el muchacho estaba detrás de él, sus manos le rodearon la cintura, pegó su pecho a su espalda.

—Esto es muy difícil para mí, disfruto cuando estoy contigo, luego vienen los remordimientos. Solo dame tiempo para asimilar lo que está sucediendo, es raro sentirme atraído hacia mi mejor amigo, estoy confundido —susurró Ash frente a su oído—. No me atraen los hombres, Man, pero no sé qué mierdas me pasa a tu alrededor.

Al menos estaba admitiendo que se sentía atraído, eso le pareció un gran paso.

—Entiendo, no tienes por qué sentirte presionado.

Lo escuchó sonreír, después no lo sintió más, pues el joven se hizo hacia atrás, le sonrió de lado e hizo su camino fuera de Sinfín. No le quitó de encima la mirada a los músculos de la espalda hasta que se perdió entre la arboleda.



El viernes llegó más pronto que tarde, los dos amigos partieron a la hora de la salida hacia la casa de los Ford. Una vez ahí Man saludó a la señora Luce y a la abuela de Ash, quien estaba tejiendo un calcetín con sus lentes de botella puestos.

Cualquiera hubiera pensado que después de lo ocurrido entre los mejores amigos nada sería como antes, ¡qué error! Ellos seguían carcajeándose de las

mismas cosas, siendo cómplices y retándose en los videojuegos como siempre. Así pasaron la tarde, entre los controles de la consola y papas fritas.

La cena fue deliciosa, Man adoraba comer cualquier cosa que la señora Ford le ofreciera porque era una cocinera excelente.

A eso de las diez los muchachos se despidieron de las mujeres y subieron a la segunda planta para ir a dormir. Ash se sentó en el borde de su colchón y vislumbró como Manfred se movía de un lado a otro en el armario buscando sábanas limpias para tenderlas en el suelo, pero no encontraría nada porque él las había escondido todas el día anterior.

—Toma un extremo de la cama —dijo el anfitrión como si se tratara de nada, aplanando los labios para no reírse.

Con nerviosismo, Man se sacó la camiseta y los pantalones, y tenso fue a acostarse, metiéndose debajo de las sábanas, escuchando como Ashton se desnudaba. El otro lado del colchón se hundió, respiró profundo y se rogó calma mental.

Solo era Ash, por Dios.

—El entrenador piensa que tengo muchas posibilidades de que alguna universidad me quiera en su equipo —dijo el muchacho, llamando su atención—. Me emociona bastante porque es lo que quiero.

—Lo sé, naciste para jugar, lo vas a hacer bien —contestó sonriéndole al techo.

—¿Ya sabes qué harás tú? —preguntó.

—*Nop*, todavía no, tengo que pensarlo bien antes de tomar una decisión apresurada, no quiero equivocarme y acabar como mi padre. —Se talló la frente con frustración. Sintió que el otro cuerpo en la cama se movió, el calor de Ashton quemó su costado de pronto.

Giró la cabeza y lo encontró sonriéndole, mirándolo de muy cerca.

—Tú también lo harás genial —murmuró. Una de sus manos tomó la mandíbula de Man, con su pulgar masajeó la barbilla, unos escalofríos lo recorrieron, quería retorcerse, pero se contuvo porque estaba fascinado admirando sus pupilas, que no paraban de observarlo. Ash no paraba de estudiarlo—. Me gustan tus ojos.

Man sonrió al escucharlo, y unas explosiones estallaron en su estómago. Se acomodó girándose y acostándose de lado para tenerlo frente a frente, sus narices se tocaban, no se quitaban la mirada de encima. Pasó un brazo por debajo de la cabeza del joven y el otro le rodeó la cintura, jaló a Ashton hasta que sus pieles desnudas se tocaron y respiraron el mismo aire.

—¿En serio? A mí me gustan los tuyos, aunque me gustan más tus labios. — Ash cerró los ojos sintiendo los revoloteos cuando Manny depositó un besito justo en esa zona, se sentía todo blando entre sus brazos—. Son suaves.

Otro beso que ni siquiera podría considerarse como tal, pues fue demasiado rápido y corto, como pasar una pluma por la piel, cayó sobre su boca.

—Son carnosos —susurró y sacó la lengua para delinearlos; atrapó el inferior y lo succionó, para luego soltarlo—, son dulces y deliciosos.

Ashton estaba ardiendo, y eso que apenas lo había tocado. Sin poder contenerse cerró los espacios y besó a Manfred, quien lo recibió como si lo hubiera estado esperando. La mano que sostenía su nuca le apretó el cabello, lo cual fue placentero y repercutió en sus partes íntimas. Sin poder contenerse acarició el cuello de Manny y bajó para palpar el pecho duro, siguió bajando y suspiró cuando tocó su vientre plano. Nunca había tocado a un hombre, nunca había deseado tocar a un chico... excepto a Manfred.

Regresó hacia arriba y se dedicó a seguirle el beso, sus lenguas se tocaron sensualmente, era húmedo, suave y caliente. Su respiración agitada se combinó con la suya, las punzadas en sus ingles lo dejaron sin aire, comenzó a crecer muy rápido. Solamente la tela de los calzoncillos los separaba.

¡Maldita sea! Rompió el beso.

—¿Puedo tocarte? —preguntó Ashton, fascinado. Su amigo le lamió el contorno de la boca y asintió—. ¿Dónde?

—Donde quieras, Ash —dijo, sonriendo de lado y enardeciéndole las venas con su voz enronquecida. Olía demasiado varonil y le gustaba, besaba tan bien, lo provocaba con intención gracias a las jugarretas de su lengua.

Nunca se había detenido a pensarlo, pero Man era apuesto, con lugares duros que se le antojaron, que lo dejaron sediento. Su rostro parecía haber sido pintado por grandes artistas, quiso besar la mandíbula cuadrada y sus pómulos afilados, ansió chupar esos labios delgados que se endurecían al besarlos, despeinarle el cabello suave. Deseaba tocarlo con tanta fuerza. Debajo de sus manos se sentía bien.

Nunca había sentido aquello con nadie. Eso era nuevo para él, ya no era suficiente que Manny fuera el único que acariciara, él ansiaba vagar por su cuerpo, tantear su trasero, frotar su entrepierna; así que lo hizo y se maravilló al ver las reacciones del muchacho. Ashton no se detuvo, jugó con esa nueva hambre sin reparos, acarició a su mejor amigo.

Le gustó escuchar sus suspiros entrecortados, cómo aceleraba el beso, cómo su

lengua se volvía más dura y pesada, cómo arrugaba los dedos de los pies, y el magnífico sonido que dejó escapar al estallar en mil pedazos... justo en su mano.

dieciséis

Después del aquel encuentro en la cama de Ashton las cosas entre los dos transcurrieron del mismo modo. Hacían todo por quedarse a solas, se juntaban al final de la escuela en sus casas con el pretexto de hacer tareas y pasaban el tiempo explorando la boca del otro, disfrutando de las caricias subidas de tono, perdiéndose entre los suspiros y jadeos, dejándose llevar por las olas de adrenalina que les ocasionaba el hecho de actuar en secreto.

Ash disfrutaba de aquello, esperaba con ansias que la tarde llegara y que Manfred se inclinara hacia él para succionarle el labio, miles de sensaciones lo recorrían. Su pecho se sentía cálido, su corazón latía desenfrenado y sus venas se calentaban.

Todo de pronto empezó a girar en torno a su mejor amigo, no se lo dijo, pero lo sentía en su interior. No podía dejar de pensar en él, en Manny abrazándolo, en Manny comiéndole la boca, en Manny respetando sus inseguridades. Jamás creyó que su mejor amigo pudiera ser tan cariñoso, tan comprensivo, nunca se imaginó que con él aprendería lo que era perder la razón.

Ashton no había tenido demasiados encuentros sexuales antes, un par nada más, pero sí había besado y tocado a un montón de chicas. Le agradaba muchísimo, sin embargo, lo que sentía con Manfred era diferente, él dejaba su cabeza en blanco, le arrebatava su ser y los sentidos.

Sin embargo, al final del día los pensamientos se le revolvían, los miedos llenaban su cerebro y creaban un nudo en su garganta, aguantaba las lágrimas apretujando los párpados. ¿Eso que estaban haciendo era correcto?

Recordó aquella ocasión en la que Man y él habían hablado sobre masturbarse cuando eran dos críos empezando la adolescencia. Estaban en la alcoba y su amigo hablaba sobre lo increíble que se sentía, así que le dio curiosidad.

Los dos terminaron con los pantalones en el suelo, recostados en el colchón mirando el techo, todo porque le había pedido que le mostrara cómo se hacía.

No se tocaron aquel día, pero Ash lo miró mucho y lo imitó, y descubrió lo que era un orgasmo escuchando los quejidos de su mejor amigo. Oh, a él le había encantado eso, tanto que se había tocado demasiadas veces reviviendo el suceso.

¿Le gustaban los hombres? No, podía ver a un montón de chicos desnudos sin sentirse atraído, pero con Manny siempre había sido diferente, al principio lo atribuyó a que era compañeros y cómplices en todo, pero no lo sabía con seguridad y nunca le apeteció averiguarlo.

Mientras Ash caminaba por los pasillos de la escuela y se acercaba a su casillero para sacar los libros de la clase de Química, recordó otro momento que había guardado en su memoria, lo había empujado lejos para no cavar en lugares que no quería descubrir.

Una vez fueron a una fiesta, los dos tomaron más alcohol del que podían tolerar, llegaron a casa de Ashton casi muertos, tambaleándose y diciendo incoherencias.

Manfred colapsó en el colchón, perdido en los sueños y el alcohol. Ash lanzó una risita de borracho al escuchar su ronquido y fue a quitarle los zapatos junto con los calcetines. Por alguna razón pensó que debía ayudarlo más, así que le quitó la camiseta y le bajó los pantalones para que durmiera en ropa interior, como siempre hacía.

Se quedó de pie junto a su cuerpo y, sin poder controlar sus impulsos, su mano voló para acariciar los botones marrones de su pecho, bajó y jugueteó con su ombligo, al final estrujó la viril prominencia, que empezó a crecer debajo de su palma. Despertaba moviéndose como un pez en el agua.

Con la respiración acelerada coló su mano al interior de los calzoncillos y lo acarició mientras acariciaba su propia erección con la otra mano. Cuando Manny dejó escapar un quejido lo soltó como si quemara y se percató de lo que había hecho.

Esa noche lloró en su almohada y se juró olvidarlo. No obstante, nunca pudo hacerlo. Quiso creer que había actuado de esa forma porque estaba ebrio, pero a estas alturas ya no sabía absolutamente nada.

¿Le gustaba Manfred? Bueno, esa era una gran pregunta que no se atrevió a responder, pues había una gran posibilidad de que la respuesta fuera positiva.

Entró al aula y su corazón tamborileó de prisa cuando lo encontró en una banca del fondo, le dio un asentimiento a Jerry y a otro compañero del equipo y se encaminó a la parte trasera del salón. Se quitó la mochila del hombro, la arrojó al suelo antes de dejarse caer en la silla contigua a la de él. Lo tenía tan cerca, quería tocarlo.

Recargó el codo en el banco y giró la cabeza para mirarlo, él lo contemplaba, serio. Eso le agradaba de Manfred, que nunca perdía el control, siempre se mostraba imperturbable, así que le fascinaba cuando la máscara caía. Ash le sonrió de lado y se relamió la boca mirando la suya, ahogó la risa juguetona cuando a Man se le atoró la respiración.

—¿Hiciste la tarea? —preguntó su amigo, intentando alejar la tensión del ambiente, al tiempo que comprobaba que nadie hubiera sido testigo del gesto de su amigo.

—No, estuve haciendo cosas más interesantes, ya sabes —dijo para provocarlo. El día anterior no habían hecho más que besarse. Lo vio tomar una respiración profunda, se aclaró la garganta y se aseguró de que nadie estuviera escuchándolos antes de hablar—. Ya quiero que llegue la tarde.

Él iba a responder, pero el profesor entró y pidió silencio, puso una decena de ejercicios en la pizarra, así que Ash fingió que estaba más concentrado en eso que en los movimientos del chico que estaba a su lado.

Manfred, Manfred, Manfred, era todo lo que podía ver, escuchar, oler, pensar y sentir. Escuchaba sus respiraciones, veía sus labios, olía su aroma masculino, sentía los movimientos de su pie junto al suyo y pensaba en que se moriría si no lo besaba ya.

Estiró el brazo y capturó su muñeca, él se tensó y se quedó quieto. Ashton le quitó el lápiz y abrió su palma, con sus yemas le acarició los dedos antes de escribir una palabra en su cuaderno: «baño».

Se puso de pie tomando un respiro entrecortado y salió del aula, que empezaba a asfixiarlo, y dando zancadas caminó por el pasillo hasta llegar a los baños de hombres. Entró y después se refugió en un cubículo, intentó controlar los latidos desenfrenados de su corazón mientras lo esperaba, pero el simple hecho de saber que pronto llegaría lo tenía alucinando.

Escuchó que la puerta se abrió, se asomó por la rendija y lo vio mirando

alrededor, así que se asomó y le sonrió.

—No está bien —dijo él cruzándose de brazos, Ash volvió a sonreír, con su dedo índice le pidió que se acercara. Manfred se aproximó, cuando estuvo lo suficientemente cerca lo cogió de la camisa y lo obligó a que se metiera al diminuto cubículo—. ¿¡Qué mierda!?

Ashton puso el seguro, al girarse pudo verlo, estaba reteniendo la risa. Sin más se pegó a su cuerpo, el muchacho lo recibió enredando los brazos a su alrededor y adhiriéndolo con fuerza. Se adaptaba bastante a él, sentía que encajaban, la emoción le quitó el aire, no pudo pronunciar nada.

—Debemos ser cuidadosos, Ash, o la gente se dará cuenta —murmuró tan quedito que si no hubiera estado tan cerca no lo habría escuchado. Le rodeó el cuello y acarició su nariz con la suya, entreabrió los labios.

—No puedo contenerme, quizá es porque esto es demasiado nuevo para mí o tal vez es por ti. Me mostraste lo que es y ahora quiero más.

Manfred lo besó tan lento que pensó que se derretiría, lo acariciaba con su lengua como si fuera una joya preciosa, como si se tratara de un cristal frágil. Ashton lo era.

Él conocía el amor de su madre, su abuela y sus tías, su familia siempre estaba alrededor si necesitaba algo; pero en el fondo se sentía solo porque su padre lo había abandonado cuando era un bebé, ni siquiera pudo conocerlo, porque un accidente le arrebató la vida. No había podido compartir con él las cosas que un chico debe hacer con su padre, nunca tuvo esa presencia rigurosa —o amorosa— de la que muchos hablaban. Podía hablar con Luce de muchas cosas, pero no de las que se hablan con un hombre, y Man siempre había estado ahí para escucharlo, para ser esa figura incondicional. Era importante para él porque le recordaba que era fuerte y no necesitaba de nadie para salir adelante.

En esos momentos, cuando Manny era cuidadoso e implacable con sus labios duros, cuando lo rodeaba y no había más a su alrededor, él sentía que ese vacío que llevaba en el interior desaparecía. Lo llenaba, solo él.

Entonces estaba haciéndose adicto a Manfred Clark.

diecisiete

Más tarde fue a los vestidores y se puso el uniforme del equipo, los entrenamientos se estaban haciendo pesados debido a la presión de que las finales se acercaban, al igual que el fin de esa etapa de su vida. Pronto tendría que encontrar una universidad para cumplir sus sueños, el baloncesto era una puerta abierta a las mejores instituciones de los Estados Unidos y el extranjero. Quería estudiar Leyes, y quería hacerlo en la mejor de las universidades, por lo que tenía que esforzarse y conseguir una beca.

Algunos de sus compañeros estaban haciendo lo mismo que él entre bromas, se quedó solo pronto. Fue a su casillero y sacó sus zapatillas, y unos brazos rodearon su cintura.

Por un momento pensó que eran los de él, pero en segundos supo que no se trataba de Manny. Los brazos eran demasiado flacuchos, pequeños y suaves, no como los de su amigo, que eran duros y firmes. No lo sostenían con fuerza, tampoco había un pecho amplio pegado a su espalda ni ese aliento capaz de levantarle los vellos.

Disimuladamente se deshizo del toque de Emily y se dio la vuelta con una sonrisa forzada, tuvo que ocultar la decepción.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, se sentó en una banca y, sin mirarla, se calzó las zapatillas. La muchacha resopló, haciendo que su fleco se elevara.

—Se nota que te alegra mi presencia —dijo haciendo un mohín que ignoró, y empezó a abrocharse las agujetas. Ella se colocó a su lado y le rodeó el brazo, aferrándose a este como los tentáculos de un pulpo—. Solo quería verte e invitarte a mi casa el viernes, mis padres visitarán a mi abuela y no regresarán hasta el día siguiente, así que estaré sola, tal vez puedas visitarme.

Ella acarició su brazo con el dedo índice, Ash quería apartarla y pedirle que dejara de hacer eso porque era molesto que se le enredara de esa forma.

—Lo siento, Em, pero ya tengo planes —contestó, seco. La muchacha se echó hacia atrás con la frente arrugada.

—¿Qué clase de planes? —No contestó, solo escuchó como bufaba y se levantaba enojada—. Tienen que ver con el idiota de Manfred, ¿verdad? ¿No puede conseguirse una novia y dejar de fastidiar? Eres mi novio, deberías pasar tiempo conmigo.

Se puso de pie con molestia.

—No te importan mis planes, tal vez lo que ocurre es que no quiero salir contigo, ¿has pensado en eso? —Se dio la vuelta para salir de ahí, pues no tenía ganas de verla ni de tenerla parlotando a su alrededor, pero antes de dejarla sola se detuvo en el umbral y la miró por encima de su hombro—. No me hagas elegir entre Manny y tú porque ni siquiera me detendré a pensarlo.



El viernes la señora Luce le dijo a su hijo que saldría el fin de semana con la abuela porque querían pasar tiempo con sus tías. Vio una emoción extraña en la mirada de su madre, pero cuando se lo preguntó y esta negó, asegurando que eran alucinaciones suyas, le restó importancia al asunto. Ellas nunca le habían mentido, así que no tenía razón alguna para desconfiar.

Decidieron detenerse en el camino por comida china, compraron latas de cerveza y los chocolates favoritos de Ash. Llegaron a la casa a eso de las cuatro, tomaron dos cucharas, pues no les gustaba comer con palillos y subieron las escaleras con todas las bolsas.

Se sentaron en el suelo y dejaron la comida entre los dos, justo como aquella vez en la que comieron pizza. El silencio fue interrumpido por el sonido de las latas al ser abiertas. El pollo agridulce sabía bien, Manfred soltó un gemido de apreciación.

—¿Por qué no hay nadie? —preguntó dándole un trago a su cerveza y cogiendo un poco de pasta china.

—No lo sé, mamá dijo algo acerca de pasar tiempo con mis tías —dijo, distraído, cuidando que la comida no se desbordara del cubierto—. Se me hizo extraño, sobre todo porque no me invitó, ¿crees que pasa algo malo?

—*Nah*, no creo, si hay alguien más clara que el agua esa es tu madre, ya te lo habría dicho, siempre te lo dice todo.

Asintió, sabiendo que era verdad.

Siguieron comiendo, hablando de cosas banales como las prácticas de baloncesto, los resultados de los exámenes, la tensa relación entre Edward y su hijo, y que se acercaba la temporada de los juegos de béisbol; a Ash se le ocurrió comprar las entradas para que Man y él fueran juntos, hizo una nota mental en su mente para no olvidarlo.

La comida se terminó, vio a Manfred juntando la basura, luego se levantó para llevarla a la primera planta. Los dedos largos del muchacho abrieron la bolsita de chocolates de colores. Ash vació unos cuantos M&M's en su palma y se los llevó a la boca de golpe, justo en ese momento apareció su amigo en la puerta, se internó en la alcoba y se dejó caer en el colchón.

Ignoró los deseos que sentía de levantarse y tenderse a su lado porque no quería actuar como un necesitado. Sonrió de lado cuando lo escuchó roncar, se puso de pie y se sentó en el borde de la cama sin poder quitarle la mirada de encima.

Sus ojos barrieron el cuerpo inmóvil de Manny, sí, definitivamente era atractivo. La camiseta del muchacho estaba un tanto levantada, se alcanzaba a ver parte de la piel de su estómago, pudo observar el elástico de su ropa interior. Otra vez sintió la picazón en los dedos, por lo que dejó de mirarlo y clavó la vista en el suelo, mientras la batalla en su cabeza no lo dejaba estar en paz.

Recordó las palabras de Emily, le había dicho que esperaba que Manfred se consiguiera una novia, se puso a pensar cómo se sentiría si él encontrara pareja. Y la verdad es que la idea lo hacía temblar de la rabia, no quería que Man compartiera con nadie lo que compartía con él, porque era su mejor amigo, su confidente, su cómplice, y ahora compartían más que eso. No, no quería que nadie jugara a videojuegos con él ni que comiera comida china con otro, tampoco que se acostara en otra cama, no le agradaba la idea de él contándole sus problemas a alguien más, ni hablar de que besara unos labios que no fueran los suyos.

Dios, eso era tan posesivo... Se agitó por la profundidad de lo que crecía en su interior, se dio cuenta de que ya no era solamente curiosidad, eran sentimientos más intensos, más incontrolables.

Pero es que era entendible, él amaba a Manfred desde antes de que eso empezara, ¿eso que sentía qué mierdas era? Sabía la respuesta, pero era demasiado loco como para aceptarla.

Soltó un suspiro y volvió a mirarlo, gateó sobre el colchón con cuidado para no

despertarlo y se acurrucó a su lado, le rodeó la cintura y entrecruzó sus piernas, apoyó la cabeza en su hombro y respiró hondo.

Man se removió y lo acunó, apretándolo contra él, compartiéndole su calor, calmándolo con los movimientos de su pecho al respirar, solo entonces pudo cerrar los ojos y dormir.

dieciocho

Ashton se despertó cuando sintió que alguien besaba su barbilla, abrió los párpados y miró el techo, la habitación estaba en penumbras. Se preguntó qué hora era, pero todo se le olvidó cuando Man le besó el oído y sopló su aliento ahí.

—Lo siento. —Lo sintió sonreír. Estaban igual que cuando se recostó a su lado, abrazados y muy cerca, miró fijamente su rostro a pesar de la oscuridad—. No me pude resistir.

Man le dio un besito en el labio, luego otro y luego otro, así siguió hasta que sintió que se derretía; había ternura, paciencia y cariño en el intercambio, miradas suaves y sonrisitas. Ash le regresó el abrazo rodeando su torso y pegándose a él, lo acarició por encima de la playera hasta llegar al borde, entonces corrió la tela hacia arriba y acarició la piel, que se le erizó al instante. Su amigo lo besaba afianzándole la cabeza, el agarre era tosco, pero los besos delicados y superficiales. Solo lo quería atraer, hacerlo caer en la red, y estaba funcionando.

—Debo confesar que tuve muchas fantasías contigo antes —susurró Manfred besando su nariz—. Es mucho mejor besarte en la vida real.

—¿Fantaseabas con besarme? —preguntó cerrando los ojos cuando el otro siguió con los besos que parecían las caricias de una pluma, se escuchaban los soniditos de estos cada vez que dejaba uno—. ¿De verdad?

—Sí, todo el tiempo me preguntaba si sabrías besar, ¿serían dulces? ¿Te gustaría que te besara? Y luego cerraba los ojos y te imaginaba justo como ahora, mirándome como si esto te gustara. —Algo agradable se instaló en el pecho de Ashton, por algún motivo le emocionó el hecho de que hubiera querido besarlo desde antes, ¿se habría acariciado también... como él?

—Esto me gusta —dijo respirando profundo, acarició la espalda de Man con su pulgar—. ¿Fantaseabas con otras cosas?

Lo vio sonreír de lado, unas arrugas se formaron en la unión de su mejilla y su comisura, los ojos marrones centellearon y le gustaron más de lo que ya le gustaban.

—Con muchas cosas. —Lo escuchó y unos escalofríos recorrieron su columna vertebral.

—Muéstrame —contestó quedito y un tanto temeroso. Ya lo había besado un montón, lo había acariciado algunas veces, pero Manfred jamás lo tocaba en sus zonas sensibles, jamás iba más allá. Por Dios que se moría por conocer esa otra versión, lo quería todo; sin embargo, también tenía miedo.

Man no esperó un solo segundo, estampó su boca contra la suya y le robó el aliento con desenfreno, acarició su lengua mientras masajeaba su cabello, le mordió los labios y los lamió. Cuando creía que nada podría mejorar aquello, su amigo resbaló sus manos por su espalda y acunó su trasero duro para apretarlo y restregarle la prominente erección que hizo que sus venas se calentaran.

La cosa no acabó ahí, Manfred lo giró hasta que su espalda tocó el colchón y se subió encima de él, entre sus piernas. Se quitó la camisa, sus ojos vagaron automáticamente por su abdomen marcado, embelesado por el cuerpo del muchacho, antes de que este bajara para atraparle la boca como un sagaz puma. Sintió unas manos colándose debajo de su playera, jadeó extasiado cuando sus dedos palparon su torso y llegaron a su pecho; Ash se tensó, Man se detuvo de inmediato.

—Oh, Dios, estás temblando, lo lamento. —Hizo el amago de incorporarse, pero Ash le cogió los hombros y tocó la piel caliente, obligándolo a quedarse donde estaba. Manfred sonrió con cariño y le dio un beso húmedo que le supo a gloria, a paz y tranquilidad—. Tranquilo, Ashie, solo soy yo, no haré nada que no quieras, te lo prometo.

Ashie. Hacía tanto que no lo llamaba de esa forma... La última vez que escuchó ese mote fue cuando eran chiquillos y les gustaba sentarse en el suelo y embarrarse de lodo. Ashie sonaba bien, sonaba correcto.

Se miraron a los ojos, Ash creyó que lo miraba por primera vez, no pudo despegar la mirada de sus preciosos ojos café, de esos que lo observaban con absoluta veneración. Mierda, lo quería, lo quería demasiado, ¿era eso posible?

Estaba encima de él, sus caderas encajaban y sus pelvis estaban unidas a la perfección, sus torsos se acomodaban como un rompecabezas. Las manos de Ashton no podían dejar de tocarle las escápulas pronunciadas, se atrevió a ir más abajo por toda su columna y atrapó los glúteos. Manfred apoyó la frente en la

suya sin dejar de inspeccionar su mirada, disfrutando de la osadía y de las caricias.

—¿Puedo quitarte la camisa? —preguntó, y el otro le contestó con un asentimiento. Sería la primera vez que estarían tan cerca, nunca se habían quitado la ropa.

Le ayudó a deshacerse de la prenda sacándosela por encima de la cabeza y permitió que lo atrapara contra el colchón. Desde abajo no podía parar de mirarlo, era hermoso, Ash pensó que había sido moldeado por los mismísimos ángeles.

—¿Qué tanto miras?

—Eres hermoso —susurró, sorprendiéndolo; Man no se había esperado esa contestación, jamás esperó que él dijera algo como eso. Le dio un corto beso y le succionó el labio en respuesta, pues no quería enloquecer—. Creo... c-creo que me g-gustas.

Manfred respiró hondo al escucharlo, sus palabras le supieron dulces y adorables, sintió que volaba, que llenaba el cielo con las mariposas que nacían en su estómago, que iluminaba la noche con las estrellas que había encendido en su alma.

Le gustaba a Ashton Ford, lo había admitido.

Se rogó paciencia y no perder la calma comiéndoselo entero, pues ganas no le faltaban de hacerlo suyo por completo, pero no quería asustarlo. Manny movió las caderas haciendo que sus erecciones friccionaran, el otro soltó un jadeo ahogado.

—Yo creo que te encanto —murmuró. Se agachó hasta que quedó a la altura de su oído, respiró profundo y se llenó de ese olor único que tanto amaba. Atrapó el lóbulo con sus dientes y masajeó la zona, su mejor amigo se convulsionó y apretó los dedos en su espalda—. Eso está bien porque también me encantas.

Lamió la base de su oreja y después su cuello, pues él lo estiró para darle espacio, sintió las vibraciones de los gemidos ahogados de Ash en su piel. Man le rozó los costados de su cintura con los dedos y volvió a acariciar su pecho con lentitud. Lo acarició hasta que lo sintió crecer, hasta que él se retorció de placer susurrando su nombre. Las manos de Ashton se colocaron en su trasero y lo movieron hacia adelante, entonces supo lo que quería.

Man se movió, creó fricción, miles de descargas recorrieron sus cuerpos. Hacía movimientos suaves para que lo disfrutara más, para que aquella deliciosa tortura no acabara tan pronto. Quería tocarlo, que su mano lo tentara, pero Ash

se incomodaba con ciertas cosas, se tensaba, le costaba seguir el ritmo cada vez que intentaba acariciar más abajo de la cadera; sin embargo, al parecer aquellos roces le gustaban, pues gemía y suspiraba.

—¿Eso está bien? ¿Te agrada? —Ashton lo miró a los ojos y sonrió, no necesitó hablar para saber la respuesta. Sus mejillas estaban sonrojadas, se lamía continuamente los labios, empujaba con suavidad sus caderas para aumentar la fricción, se aferraba a su cuello y pronunciaba su nombre en susurros roncós. Lo estaba disfrutando, ni siquiera en esas fantasías que habían sido imposibles él lucía tan precioso como en ese momento—. También me gustas, Ashie, me gusta cada minúscula parte de ti, me gusta lo que haces y lo que no haces, me gusta lo que eres y lo que no eres. Me gustas porque me iluminas, eres mi electricidad.

—Man... —suspiró y lloriqueó, una lágrima resbaló desde la esquina del ojo de Ashton, Manfred la quitó besándola, luego capturó otra, luego otra. Sin dejar de bambolear las caderas, sin dejar de tentarse, sin dejar de provocarse abrieron sus almas—. Man, te quiero, t-te q-quiero y tengo mucho miedo.

—Lo sé, te juro que lo sé —murmuró—. Perdóname si te he fallado, perdóname si te hice daño, si te convertí en esto.

También le dolía, a Manfred le aterraba la idea de que él lo detestara por haberle mostrado un mundo al que no pertenecía, por haberle mostrado sensaciones que no debería haber experimentado.

Man aumentó la presión que ejercía su pelvis, por nada del mundo se detendría, no ahora que él empezaba a sentir cosas, a desearlo. Le besó la nariz, después las mejillas, al final los labios. No, no lo soltaría para que regresara a ser lo que antes era, aunque fuera egoísta lucharía por el chico que amaba porque ya había tocado lo que era tenerlo y ¡maldición! Era increíble, eran perfectos.

—No me has convertido en nada, muy en el fondo quería esto, Man —dijo con la voz entrecortada, disfrutando de los roces que hacían que se inflamara más y más, que mandara punzadas placenteras a la parte baja de su vientre, ahí donde la presión comenzaba a hacerse insoportable. Estaba tan cerca. Sentía a Manfred torturándolo, volviéndolo una masa temblorosa de células que solo querían más de él, de sus besos, de su cuerpo, de su olor—. Te quería a ti.

Eso fue todo lo que Manny necesitó, Ash también lo deseaba, le estaba prácticamente rogando para que no lo soltara, para que lo empujara al vacío, pues él estaba abajo para atraparlo.

Aceleró el ritmo hasta que su mejor amigo dejó escapar un gruñido ronco echando la cabeza hacia atrás, se movió un poco más hasta que explotó

escuchando los jadeos del otro. Ahogó su grito de placer en su cuello aterciopelado, mordió su piel erizada al tiempo que colapsaba sobre ese cuerpo que tanto amaba.

En ese momento no le importó nada más que él, sus ojos brillosos, su sonrisa que demostraba lo saciado que estaba, lo mucho que había disfrutado.

No le importó que el teléfono móvil de Ashton no dejara de sonar y apareciera en el identificador la fotografía de Emily, porque él no contestó. Al contrario, le obligó a que lo besara con pasión abrazando su cuello. No le importó nada más que el sabor de su boca, la linda marca que había dejado en su piel, sus calzoncillos mojados y las pieles de sus pechos juntas. No le importó nada más que él acariciando sus brazos, él dándole la vuelta para colocarse encima, él besando hasta el último rincón de su cuerpo, él haciéndole ver luces una vez más.

No le importó nada más que Ashton Ford.

Ya tendría tiempo para preocuparse de sus problemas.

diecinueve

Si Manfred había creído que las cosas cambiarían después de tener tanta intimidad, estaba equivocado. Si bien Ash seguía actuando de la misma forma con él, lo notaba demasiado distante en la escuela, cuando antes no se despegaban ni un segundo. Prácticamente no le dirigía la palabra por estar rodeado por el equipo de baloncesto, lo saludaba con una sonrisa y después pasaba de largo.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para no enloquecer por los celos cada vez que Emily se le acercaba y le pegaba su cuerpo de forma indecente, la verdad no sabía si eso era lo que lo enfurecía o el hecho de que Ashton no hiciera nada para quitársela de encima. Definitivamente, era la segunda opción. Aunque odiaba admitirlo, la muchacha no tenía la culpa de nada pues creía que él estaba loco por ella.

Man lo habría creído también —ya que Ash sabía actuar bastante bien delante del alumnado sonriéndole a Emily y tomándola de la mano— de no ser porque su mirada lo buscaba durante el almuerzo y se relamía los labios con discreción, de no ser porque al final se iban juntos a Sinfín o a sus casas y se encerraban. Una vez solos daban rienda suelta a todo lo que habían escondido durante el día.

Eso se convirtió en una rutina, una que lo estaba lastimando. No es que estuviera listo para contarle al mundo que era gay, estaba seguro de que Ashton mucho menos, pero tampoco podía aceptar esa situación.

Se sentó en una mesa vacía de la cafetería con una bandeja llena de comida, minutos después sintió una presencia masculina a su lado. Intentó no parecer sorprendido, pero falló, lo había estado evitando. ¿Ahora iba y se sentaba como si nada? Clavó la vista en el puré de papa de su plato y luchó con las ganas de mirar. ¡Venga, podía resistir!

Para Manny fue sencillo ignorarlo cuando Emily fue a sentarse junto al muchacho, quiso reír sarcásticamente al contemplar la escena: Ash estaba en

medio de los dos. ¡Qué patético se sentía! Sintió el pecho pesado y un dolor punzante que le sacó el aire hasta asfixiarlo cuando de reojo vio que la chica le tomaba la mano a su mejor amigo por debajo de la mesa.

Manfred desvió la mirada, por lo regular era fácil ver a Ashton con chicas, ya estaba acostumbrado a mirarlo besando a una mujer, abrazándola, coqueteándole invitándola a salir con esa sonrisa coqueta que tanto lo enervaba. Man lo había soportado mucho tiempo, era el precio por haberse enamorado de su mejor amigo. Si la zona de amigos era jodida, mucho peor si se trataba de un homosexual y un heterosexual; era un infierno.

Haber andado durante tantos años a su alrededor deseando comerle la boca, acariciarle el cuerpo, mirar sus ojos sin verse extraño, había sido duro. Y, a pesar de todo, nadie nunca había sospechado, lo hizo bien.

Pero ahora, después de haber probado sus labios, después de haber tocado parte de su cuerpo, de haber permitido que Ashton lo frotara y lo llevara a las estrellas en la soledad de sus habitaciones... Bueno, le dolía.

Sentía que su corazón se agrietaba a causa de esa retorcida situación. Era doloroso tener que esconder delante de todos lo que sentía, tener que fingir que no quería besarlo, que no quería alejarlo de las manos de esa chica inocente.

De pronto, tensó la espalda al sentir como alguien tomaba una de sus manos, la giraba para descubrir la palma y recorría las líneas como si fueran rieles. Man se estremeció al sentir las caricias secretas de Ashton, miró alrededor, buscando alguna mirada curiosa, pero todos los alumnos estaban en lo suyo, nadie se percató de los dos mejores amigos que se acariciaban furtivamente debajo de la mesa.

—¿Crees que podamos ir al cine el sábado, Ashton? —preguntó su novia, Manfred hizo el amago de apartarse, pero su mejor amigo lo agarró con firmeza. Lo que hizo después lo sorprendió, Ash le tocó el muslo, apretó y subió hasta llegar a su entrepierna. Encontró una dormida protuberancia que empezó a masajear.

A Manny se le subieron los colores al rostro, ¿de verdad estaba haciendo eso en la cafetería de la escuela mientras Emily le pedía una cita? Dios, sí que estaban dementes. Temió que alguien los pillara, pero aun así estaba disfrutando bastante, ya que a pesar de que la tenía pegada como una enredadera al que tocaba era a él.

—Lo siento, pero ya tengo planes, Em —murmuró y le soltó la mano a la joven con disimulo, agarró un tenedor y lo sumergió en la montaña de pasta. La chica

lanzó un resoplido.

—¿Con quién? ¿Con Manny otra vez? —preguntó, malhumorada—. Ándale, después podemos ir a casa para repetir lo que hicimos el otro día.

Esas palabras le calaron hasta los huesos, fueron como un balde lleno de hielos. Sacudió lejos la mano de Ashton por inercia, ¡él solo estaba jugando! ¿Cómo se atrevía a burlarse de esa manera? ¿Cómo mierda lo besaba y después iba y besaba a otra? ¿Repetir lo que hicieron? ¿Qué demonios habían hecho? Tal vez era su culpa por guardar esperanzas, por creer que lo conquistaría, por enamorarse de su mejor amigo.

Mil emociones lo embargaron: la decepción de que su compañero de vida le hiciera algo así, los celos desgarradores que invadían sus células y sus sentidos, la desesperación porque lo quería más que antes y temía nunca tenerlo.

¿Por qué habían entrado a esa relación secreta sin sentido? Manfred creía que había sido su culpa. Después de todo, Ashton no tenía idea de nada, no conocía sus verdaderos sentimientos. Para Man no era solo pasar el rato besándose y teniendo nuevas experiencias sexuales, para él era muchísimo más. Y no podía seguir con eso, pues amarlo silenciosamente sería su destrucción.

Presuroso, se puso de pie y caminó con pasos apretados hacia la salida de la cafetería. No fue consciente de nadie a su alrededor, solo sabía que tenía que irse lo más rápido posible, antes de que todos se dieran cuenta de lo que era. Pero, ¿quién era Manfred Clark en realidad?, se preguntó. ¿Por qué tenía tanto miedo a mostrar lo que era? Era una persona, mierda, un ser humano común y corriente, ¿qué importaba si le gustaban los hombres? Al fin y al cabo, era amor.

Tantas veces escuchó a su padre hablando sobre el amor, sobre lo bello que era amar a una persona, lo puro y mágico que era llevarlo en el corazón. ¿Por qué tenía que ser bestial e inhumano al tratarse de dos personas del mismo sexo? ¿Qué puta diferencia había? Era amor, el mismo puro, mágico y bello amor que podían sentir los heterosexuales.

¿Por qué si Manfred sabía eso seguía escondiéndose? ¡Era un maldito hipócrita! Se sintió usado, como un títere siendo gobernado por las opiniones de los demás, ya no quería ser un jodido muñeco, quería ser libre.

Ahí, mientras caminaba hacia ninguna parte, se sintió vacío. Las lágrimas quemaron sus ojos, amenazándolos con convertirlos en cenizas.

No podía más.

No podía amar en secreto a Ashton, ya se había cansado; no podía estar en una extraña relación con él mientras tomaba la mano de una chica frente a todos y

acariciaba la suya debajo de la mesa; no quería seguir soportando las exigencias de un padre que esperaba cosas que no podía darle; y deseaba dejar de recriminarse, quería aceptarse, pues no tenía de qué avergonzarse.

—¡Man! —Su grito lo detuvo en seco, con el corazón a mil por hora se dio la vuelta para ver como se acercaba trotando. El pasillo estaba desierto, gracias a Dios, porque sentía que iba a romperse en cualquier momento. Ash paró cuando estuvo frente a su amigo, lo contempló—. ¿Qué sucede? ¿Por qué te vas así?

El joven soltó un jadeo de indignación que le supo amargo. ¿De verdad? ¿No podía darse cuenta de sus sentimientos?

—¿Te parece poco, Ashton? Estamos teniendo esta cosa entre los dos mientras haces lo mismo con Emily —dijo con los dientes apretados y los puños hechos nudos. El otro muchacho pareció sorprendido al principio, abrió los ojos con impacto y después negó con la cabeza.

—No, Man, no —dijo, desesperado—. Sí estuve con Emily una vez, solamente nos acariciamos, pero todavía no pasaba nada entre tú y yo, fue cuando empecé a confundirme y necesitaba saber, así que fui a su casa; pero después de eso no ha pasado nada. Yo... ya sabes, yo...

Ashton no terminó la oración, lo vio apretar la mandíbula, sabía muy bien lo que estaba pasando en él, seguía confundido, y lo entendía porque él había pasado por el mismo proceso. No era fácil despertar un día y darse cuenta de que eras diferente, mucho menos cuando la presión del resto se sentía como cuchillos filosos.

Manfred se talló la cara con desesperación.

—No soporto esta situación, ¿sí? Sé que es duro para ti, pero también lo es para mí, esto no es un juego, Ashton, es mi vida. No puedo ver cómo tontear con ella como si yo no te hiciera vibrar, joder. —Estaba desesperado, dolido, quería llorar y dejar de sentir esos sentimientos que empezaba a odiar.

—¿¡Y tú crees que para mí es un puto juego!? —exclamó el otro, algo molesto—. ¡Joder, Manfred! Acabo de descubrir esto, ¿qué quieres? ¿Que les diga a todos que soy un gay de mierda?

Eso hizo que sus venas ardieran por la furia, respiró profundo porque sintió las ganas de estamparle el puño en la cara. Man era impulsivo, peleaba, no le importaba perder los estribos. Pero nunca le había pasado con él.

Miró hacia otra parte e intentó calmarse. Sus palabras le dolieron en lo más profundo de su corazón, «un gay de mierda», él lo era. ¿Para Ash había sido jodido todo lo que habían hecho? Esos días Manfred no hizo más que ofrecerle

su corazón para que hiciera lo que quisiera con él, ahora no estaba seguro de haber hecho las cosas bien.

—No, no quiero presionarte —dijo—. Es solo que me duele, Ash. No tienes idea de cómo me siento, no tienes idea de lo que estoy poniendo en juego al estar así contigo. No sé si esté bien que sigamos con esto, quizá deberíamos esperar a que lo asimiles y decidas porque...

Lo siguiente que supo fue que Ashton se le había lanzado, lo tomó con fiereza y le estampó la boca en la suya. El joven intentó que Manny abriera los labios lamiéndolos con su lengua, pero no los abrió, lo empujó.

—¡No! —gritó, furioso. Ash se tambaleó y lo miró con los ojos heridos, sin embargo, debía hacer que entendiera que tenían que parar aquello antes de que todo se desbordara y él terminara ahogándose—. ¡No! ¡Con un carajo, Ash! Yo no estoy descubriendo nada porque yo lo tengo muy claro, y si sigo con esto me vas a destruir, esta electricidad entre los dos terminará quemándome. No puedo estar contigo mientras descubres qué te gusta y qué no porque todo tu proceso me hiere. Me lastima que me beses, me acaricies y compartamos cosas porque al día siguiente la tocarás a ella. Te mentí, te dije mentiras cuando me preguntaste aquella vez si alguna vez me había fijado en ti. La verdad es que no solo me fijé en ti, me enamoré, he estado enamorado de ti desde que tengo memoria.

Esperó a que dijera algo, cualquier cosa. Sin embargo, Ashton se quedó atónito, mirándolo con los párpados pegados a la frente y la boca abierta.

—Me duele porque estoy enamorado, Ash, y no creo que puedas con eso por ahora —susurró antes de darse media vuelta para caminar rumbo a la salida.

veinte

Enamorado.

Esa palabra lo perseguía sin importar cuánto intentara esconderse, simplemente no podía dejar de pensar en lo que Manny le había dicho. Él estaba enamorado, siempre lo estuvo.

Ashton amaba a Manfred, lo había hecho desde que tenía memoria, era su mejor amigo, su confidente, su cómplice en sus locuras, el que siempre lo dejaba ganar en los videojuegos durante las revanchas. Y luego estaba esa extraña atracción que se había empeñado en ocultar hasta que supo que Man era homosexual, entonces todas esas situaciones del pasado salieron como lava caliente.

No se arrepentía de nada porque había disfrutado cada segundo con él, jamás alguien lo había besado como Manny, nunca había necesitado tanto que lo acariciaran. Cuando estaba con él no podía pensar en nada más que en sus manos vagando por su cuerpo.

Recordaba todas esas veces que en vez de dormir se sumergieron en un intercambio de besos, de caricias, de movimientos sensuales que le erizaban los poros, que electrocutaban sus sentidos.

Ash saltó y lanzó la pelota, pero esta rebotó fuera del cuadro y salió volando. No podía concentrarse en el entrenamiento, ya sus compañeros y el entrenador se habían dado cuenta de que algo estaba pasándole.

Escuchó los gemidos de frustración y el silbato de Fitzgerald. No podía distraerse, a esas alturas todos los miembros del equipo debían tener la mente en el juego, si es que querían ganar y sobresalir en los partidos. De otra forma ninguno encontraría una beca decente para ir a la universidad. El equipo dependía de todos y Ashton no estaba haciendo un buen trabajo.

Se dirigió a la banca, ignorando las miradas curiosas y de reproche que algunos le mandaban. Estaba agotado, no tenía ganas de jugar, deseaba tirarse en una

cama y pensar en lo que sucedía entre Manfred y él; sin embargo, debía entrenar, no había tenido otra opción más que pararse en medio de la cancha y fingir que su mente no estaba en otro lugar; claramente había fallado, pues no había podido encestar ni una jodida vez.

Se limpió el sudor con una toalla, tomó agua de su botella para refrescarse antes de dirigirse a las duchas. Se internó en el área de las duchas, escuchando el alboroto de los chicos a sus espaldas. Se desvistió sin prestar atención, ya que estaba perdido en sus pensamientos y se colocó debajo de una de las regaderas. Reguló el agua y dejó que esta limpiara la suciedad que había provocado el ejercicio.

Estaba pensando en que iría a buscar a Manfred para decirle que terminaría las cosas con Emily, no era como si se sintiera cómodo mintiéndole de todas maneras. Lo que menos quería era lastimar a la chica, se sentía miserable aparentando que había algo entre los dos. Además, sabía que quería a Man, no podía negarlo y cegarse, tal vez le tomaría tiempo adaptarse a esa nueva etapa, hablaría con él y le pediría ayuda para asimilar las cosas. Sin embargo, una palabra hizo que saliera de la nube en la que estaba, prestó atención a la conversación del resto de los chicos.

—¿Homosexuales? ¿De verdad? —preguntó uno lanzando una risotada que fue seguida por un montón de risas burlonas y aullidos. Ash se alarmó, creía que estaban hablando de él, la sangre volvió a circular por sus venas cuando se dio cuenta de que no era el protagonista de la plática.

—Sí —contestó Jerry—, mi padre me dijo que encontraron a dos chicos de Coyotes en los vestidores teniendo sexo. Llamaron a los padres, toda la escuela lo supo, la sociedad de padres de familia armó un lío hasta que los sacaron del equipo porque no daban una buena imagen.

El padre de Jerry Donovan estaba muy metido en la vida estudiantil de su hijo, casi rayando la obsesión, Ashton se daba cuenta porque el viejo se involucraba mucho en las actividades de Beacon —sobre todo en las que tenían que ver con los Eagles—, por eso daba dinero una vez al mes para el equipo y se había convertido en uno de los benefactores. El señor Donovan tenía fe en que el chico cumpliría los sueños que él no había tenido la oportunidad de cumplir. En unas semanas ellos se enfrentarían a los Coyotes, iba a ser una buena oportunidad para demostrar las destrezas deportivas que poseían, así que él no perdía tiempo e investigaba a los contrincantes para buscar sus puntos débiles.

—Tal vez todos son maricones ahí. —El muchacho que dijo eso hizo una seña

obscena empujando su lengua contra el interior de su mejilla. La frente de Ashton se arrugó, se desconectó de la conversación, pues no le gustaba lo que estaba escuchando, y miró fijamente los mosaicos que tenía en frente, los contó, siguió las líneas con la mirada para distraerse. Se lavó y masajeó el cabello lo más rápido que pudo, al igual que el cuerpo, y salió de las duchas apresurado.

Una vez en su casillero juntó su ropa y comenzó a vestirse, por algún motivo sentía la necesidad de alejarse. No quería dar explicaciones ni conversar con los muchachos, no obstante, sus deseos se fueron directos al infierno cuando ellos lo rodearon. No es que estuvieran sobre Ash, cada uno hacía lo suyo mientras el pobre percibía el aire pesado.

Suspiró con alivio apenas puso un pie en el exterior, se dirigió al estacionamiento y se montó en su bicicleta tan pronto quitó la cadena de seguridad. Si lo hubieran visto, cualquiera habría pensado que estaba escapando, sus movimientos eran bruscos y ansiosos, desesperados.

Llegó a su casa casi media hora después, entró y subió a la segunda planta sin saludar a su madre, lo cual era algo habitual en él. Se encerró en su alcoba y se tiró al colchón, soltó un suspiro que acudió de lo más recóndito de su pecho.

Miró el techo, liso y blanco. Cuando eran pequeños Manfred y él habían lanzado gomitas ensalivadas una vez, y la señora Luce los había puesto a limpiar sin despegarles la vista de encima.

Ashton se apretó el puente de la nariz, los ojos comenzaron a picarle, no pudo contener las lágrimas que se precipitaron en su dolida mirada. Quería a Man, así como deseaba decírselo, contarle que estaba dispuesto a aceptar sus sentimientos, poco a poco, pero con él. Sin embargo, también quería un futuro, ese que siempre había soñado y que perdería si los del equipo se llegaban a enterar. No les importaría perder a uno de los mejores jugadores, de todas formas, se esfumaría en cuestión de segundos todo lo que había conseguido hasta ese momento.

La impotencia y el pánico cundieron, le subieron por la garganta hasta el cerebro. ¿Qué tenía que hacer? ¿Man lo entendería? ¿Estaría dispuesto a esperarlo? Esa y muchas otras cuestiones lo atormentaron esa noche, acurrucado en su colchón con lágrimas saliendo como si de un manantial se tratase.

Y la verdad es que Ashton lo quería, amaba a Man porque era un pedazo de su corazón y de su infancia; pero también amaba jugar. No podía compararlos porque eran diferentes, pero al mismo tiempo esenciales para él.

Sería infeliz sin su mejor amigo, también sin poder jugar a básquetbol, sin

poder entrar a la universidad que quería. Si los perdía se recriminaría durante toda la eternidad, ¿por qué no podía tenerlos a ambos?

Lloró, lloró hasta que los ojos se le secaron.

veintiuno

¿Por qué se lo había dicho? Joder, ¿por qué lo había soltado sin más sabiendo que Ash no estaba preparado para escuchar algo así? Después de todo él estaba descubriéndose, había vivido en carne propia lo que el conocimiento de saberte diferente causaba, el terror que podía sentirse.

Deseaba ser empático, ponerse en sus zapatos porque, después de todo, eran mejores amigos y eso era lo que hacían, ¿verdad? Sin embargo, era difícil porque sentía que su corazón estaba a punto de romperse. Quería regresar el tiempo para respirar profundo y calmarse, las cosas habían estado tan bien y ahora estaban tan mal.

Apresurado, entró esa mañana a la escuela y lo buscó en el pasillo central. Cuando no lo encontró se dirigió al casillero del joven. Lo vio al cruzar la esquina, se detuvo en seco y tragó saliva con nerviosismo. No sabía si estaba asustado por su declaración, molesto, asqueado, no tenía idea de lo que pasaba por la mente de Ashton.

Quería pensar en finales felices, en ellos dos estando juntos, pero él no lo había llamado, no había intentado comunicarse ni una sola vez y no había contestado a sus llamadas. Por lo que sí, Manfred estaba preocupado.

Se aproximó, mirando fijamente la espalda de su mejor amigo, quien sacaba libros del compartimento metálico. Paró la caminata a pocos pasos de él, Ashton se tensó como si supiera quién estaba detrás suyo.

—¿Podemos hablar? —preguntó Manfred con la voz temblorosa. Hubo un minuto de silencio, el cuerpo de su amigo estaba rígido, era obvia la incomodidad entre los dos.

—No puedo hablar justo ahora —soltó Ash, se dio la vuelta sin mirarlo y empezó a caminar rumbo a la primera clase.

Man soltó un suspiro, toda la situación lo agotaba, no había podido cenar ni dormir ni desayunar, solo quería que todo volviera a la normalidad, a esos

tiempos donde salían de la escuela y pasaban un rato en la arboleda o en aquel donde jugaban a videojuegos mientras tomaban cerveza.

Por primera vez quiso alejarse de Ashton, borrar los besos, las caricias y las risas, solo quería a su mejor amigo de vuelta, pero estaba seguro de que este jamás regresaría.

Se emparejó a su costado y le tomó el codo para detenerlo, no le importó que estuvieran en medio del pasillo, ¿qué más daba ya? ¿Qué importaba si lo perdía todo? Ya nunca sería lo mismo entre Ashton y él, jamás podrían sentarse en el sofá e ignorar lo que habían compartido todas esas semanas, lo hecho estaba hecho y debían seguir adelante.

Necesitaba saber si al menos tendría oportunidad alguna vez o si era mejor pasar la página. Era cansado amar con locura a alguien que no estaba dispuesto a amarlo de vuelta. Definitivamente no quería ser el estúpido de siempre, el que lo seguía a todas partes sin importar cuánto lo hirieran sus acciones.

—Por favor, Ash, solo hablemos —dijo mirando su nuca—. No quiero presionarte, ya no lo haré, quiero que arreglemos las cosas y las dejemos claras. Jamás me atrevería a dañarte de ningún modo, sabes lo que siento por ti.

De pronto, ocurrió algo que no había esperado que sucediera, alguien lo agarró de la camisa retorciendo la tela y lo estampó en la fila de casilleros con fiereza, causando un estrépito que hizo que soltara un sonido lastimero y que muchos se detuvieran a mirar el evento.

Manfred apretó la mandíbula cuando vio los ojos furiosos de Jerry Donovan, el jodido que disfrutaba al molestarlo. ¿Por qué precisamente él había tenido que escucharlo?

Quiso golpearlo, pero el muchacho cerró sus manos en su cuello, apretándolo. Jerry tenía el rostro de color rojo, parecía un volcán erupcionando, lo observaba con rabia y rencor. Sus peores temores explotaron frente a él cuando el agresor abrió la boca.

—¿Te está molestando este imbécil, Ashton? —preguntó al otro, que miraba la escena con los ojos desorbitados y la frente sudorosa.

Man le dio una mirada de reojo y quiso maldecir, estaba pálido, parecía que iba a desmayarse en cualquier momento. Pasaba por un ataque de pánico, no podía hablar ni moverse, solo mirar. Jerry no dejaba de observar a Manfred, no paraba de apretarlo, de bufar como un toro encolerizado en su rostro.

Los otros estudiantes crearon un medio círculo a su alrededor, algunos sacaron sus celulares para tomar fotografías y videos. Había unos cuantos que parecían

asustados, el resto solo se entretenía. Dios, todo era una mierda.

Se había acabado el engaño, la escuela se iba a enterar justo ahí, con él pegado a un casillero, todo por no haber mantenido la boca cerrada. Posteriormente se enteraría su padre y, si eso sucedía, no tenía idea de qué iba a hacer.

Su corazón comenzó a latir desenfrenado, la adrenalina corrió por sus venas y sus yemas picaron.

—¿¡Qué es lo que sientes!?! —exclamó Jerry con los dientes apretados—. ¿Acaso eres maricón? ¿Te gusta chupar penes, hijo de puta? ¿Estás enamorado del culo de Ashton?

No dijo nada, se limitó a aplanar los labios. El acto hizo que el enojo de Jerry Donovan aumentara.

—¡¡Contesta!! —gritó—. ¿¡Eres un puto homosexual!?

Una amargura invadió su boca, su pecho, su corazón al ver que su mejor amigo no hacía nada. Seguía mirando pasmado cómo la bomba iba a explotar y no intentaba defenderlo, prefería esconder su culo, asustado.

Entonces lo supo, Ashton solo había querido experimentar, divertirse, y ahora no sabía cómo deshacerse de él. No iba a aceptar nunca el amor de Manfred porque no lo veía de esa forma, todo el panorama de Man se aclaró. Él había dicho que estaba confundido y quería averiguar, por eso no dejaba a Emily, porque la quería; él jamás podría competir contra eso, y si pudiera no lo haría, ya que estaba agotado.

Le cansaba fingir, sonreír cuando quería echarse a llorar, escuchar las exigencias de su padre; le cansaba toda esa gente.

—Sí —susurró, y los alumnos que observaban se quedaron en silencio al escuchar la confesión.

Jerry lanzó una carcajada que rompió la mudez y volvió a golpear su espalda contra el casillero. Oh, él lo estaba disfrutando demasiado, Manfred no podía entender por qué mierdas le desagradaba tanto como para hacer algo así.

—¡¡Lo sabía!! Y te gusta tu mejor amigo, ¿no? Pero ¡qué romántico! —No podía comprobar las reacciones del resto, sin embargo, escuchó algunas risas, también quejas. Alguien pidió ayuda a gritos a un profesor. Se estaba saliendo de control. Y no, no quería enfrentar una junta con padres de familia, mucho menos una donde su padre estuviera involucrado—. No te metas con él ni con nadie, no puedes convertir a alguien normal.

—Quizá deba clavarte mis colmillos para que te hagas homosexual, Jerry, estoy seguro de que te encantará también a ti —dijo sarcásticamente, ocasionando que

algunos rieran, excepto Jerry; las aletillas de su nariz se abrieron con rabia—. ¿O es que ya te han mordido y no sabes qué hacer? ¿Quieres que te dé una probada?

Lo estaba provocando, pues lo último que quería era morir por ahogamiento, estaba seguro de que eso bastaría para que se alejara.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó antes de soltarlo y echarse hacia atrás como si quemara.

Man hizo un movimiento rápido: llevó el puño hacia atrás y luego hacia adelante, le propinó un golpe en el pómulo a Jerry, que cayó al suelo. Era un fanfarrón, un chico débil que quería mostrar virilidad a los demás actuando como un patán; pero ahí estaba el homosexual, golpeándolo, aunque habría preferido no hacerlo.

Manfred reacomodó su mochila, se quedó mirando a Ashton, esperando que por lo menos hiciera lo que cualquier amigo habría hecho: apoyarlo en un momento difícil, reaccionar y no dejar que lo humillaran en público. Pero no ocurrió absolutamente nada, él lo miró, luego apartó la vista con vergüenza.

El corazón de Man se rompió en mil pedazos, abrió la boca para respirar, era doloroso darse cuenta de la verdad, de que él lo habría defendido, aunque eso significara quedar en ridículo; pero no Ash, nunca Ash, jamás Ash, pues era Manny el que siempre lo entregaba todo.

Lanzó una risotada carente de alegría, se dio la vuelta y caminó hacia la salida, sintiendo las miradas clavadas en su espalda, sintiendo como su mundo roto se quedaba en el suelo de Beacon High.

veintidós

Pasó la tarde sentado en Sinfín, recordando los buenos momentos y mentalizándose para volver a la realidad, imaginando los cambios que tendría que atravesar, pues seguramente su padre había sido notificado de la pelea por los directivos o quizá algún video había parado en sus manos o tal vez algún miembro de la iglesia le había llevado el chisme al pastor solo para sobar su lomo herido.

Y no era como si le importara, si todavía no lo sabía, él mismo se lo diría, por más duro y difícil que fuera. No había tenido más opción que aceptarlo, que salir del escondite, lo habían orillado a decir en voz alta lo que mantenía bajo llave en su garganta.

Sentía que todo era una pesadilla, que caminaba entre aguas espesas de pantanos y que pronto se despertaría, pero al pestañear se daba cuenta de que eso no sucedería.

Todo sucedió tan rápido, durante años se preguntó si debía elaborar un discurso para contárselo al mundo, y ahí estaba, delante de una bomba que acababa de explotar sin que él hubiera encendido la mecha.

Lo duro de todo el asunto es que había perdido a su mejor amigo en el proceso, ni siquiera había intentado contactar a Manfred para saber su paradero, para averiguar si estaba bien. Man se había quedado toda la tarde en esa arboleda, sonriendo a la nada cuando creía escuchar las risas de dos chiquillos que jugaban a lanzar rocas, cuando recordaba los secretos que habían compartido recargados en el mismo tronco.

Se dobló por la mitad y dejó que una lágrima mojara la tierra. Había esperado que el teléfono sonara y el identificador arrojara su nombre, incluso esperó que apareciera porque era un refugio especial para los dos; pero nada sucedió y Manny creyó saber las respuestas.

Le dolió el pecho, el cuerpo, el corazón. Lo tenía destrozado.

No era mucho de tenerse compasión, mucho menos de lamentar lo que sucedía. No obstante, lo que había pasado en la escuela seguía apareciendo en su mente y el dolor se hacía más grande cada vez que recordaba cómo Ashton le volteaba el rostro. Lo había ignorado, había permitido que todos se burlaran, que tomaran fotografías, que se rieran, ni siquiera intentó negar las acusaciones, solo dejó que pasara sin ayudarlo.

Manfred sentía que lo había arrojado a los tiburones para después mirar cómo se lo tragaban... y había roto sus promesas, esas de protegerse como hermanos sin importar lo que pasara.

Manny le había cuidado las espaldas muchas veces, cuando él se emborrachaba, aquella ocasión en la que le descubrieron una nota con las respuestas y él había dicho que era suya para que no lo mandaran a detención porque debía ir al entrenamiento, había sostenido su cabeza cada vez que Ash lamentaba no haber conocido a su padre. Siempre estuvo ahí, así que esperaba que por lo menos estuviera en un momento como ese; pero estaba solo en medio de la oscuridad y un montón de árboles. Solo.

Sin darse cuenta y sin poder evitarlo, empezó a llorar desconsoladamente, a soltar jadeos, pues no podía respirar, el aire no era suficiente para llenar sus pulmones. No supo cuánto tiempo permaneció en ese sitio, escuchó un grillo y reaccionó, no podía esconderse más.

Se puso de pie y caminó por el sendero hasta encontrar la calle, se detuvo en seco y miró por encima de su hombro como si estuviera contemplando su existencia. Creyó que siempre estaría con él, de alguna u otra forma, besándolo o siendo su padrino de bodas; pero no más, ya no más.

Sabía que Ashton no tenía toda la culpa, también era de él por querer obligarlo a ser alguien que no era.

Caminó con lentitud por toda la avenida hasta llegar a su casa, los focos de la sala estaban encendidos. Se detuvo en la entrada, donde apretó el puente de su nariz y soltó un suspiro. No estaba listo, pero ¿cuándo lo estaría? ¿Para qué seguir atrasando el momento? Si se atrevía a negarlo se estaría traicionando a sí mismo.

Abrió la puerta intentando no hacer ruido y dio un par de pasos antes de cerrar. Quiso escabullirse a su recámara, pero no contaba con que el señor Clark estaba esperándolo con su madre a su costado, que tenía los ojos llorosos.

Bastó ver el semblante colérico de su padre para darse cuenta de que ya estaba enterado de lo que había pasado más temprano en la escuela. Man soltó el aire

que había contenido en sus pulmones y relajó los hombros.

—Nos dijeron lo que sucedió, dime ahora mismo que es mentira o atente a las consecuencias —gruñó Edward al tiempo que apretaba las manos haciendo puños. Guardó silencio, pues los nervios desequilibraron sus pensamientos, su padre se acercó dando pasos cortos hasta que se detuvo frente a él. No quiso mirarle a la cara, se concentró en el cuello del viejo, que le bufaba en el copete —. Dime que no eres homosexual, dime que no eres una vergüenza para la familia. Si Dios nos hizo de una forma, nosotros los pecadores no somos nadie para ir en contra de sus perfectas creaciones. Te estoy dando la última oportunidad para enderezar esa vida negra que llevas, que estudies algo digno y aceptes a Lizeth como tu pareja, acepta a Dios en tu corazón.

Tenía a Dios en su corazón, de eso no había duda. Esa fue la gota que hizo que el pequeño de los Clark se decidiera, amaba a Dios, lo respetaba, así que sabía que su amor era tan puro que lo aceptaría sin importar si amaba a un hombre o a una mujer, porque todos eran iguales ante sus ojos, todos eran sus hijos.

Dios no discrimina, el hombre sí.

—Creo que soy imperfecto —murmuró.

Escuchó el jadeo ahogado de su madre cuando Edward Clark elevó el puño y le pegó en el rostro, justo en el pómulos. La cabeza le retumbó, le dolió, pero más le dolía que su padre no quisiera aceptarlo, incluso cuando ya sabía que no lo haría.

—No te quiero volver a ver cerca de mi casa, yo no eduqué a un gay. —Apenas tuvo tiempo de entender, de analizar lo que estaba pasando, pues su padre lo cogió del codo y empezó a caminar hacia la entrada de la casa, arrastrándolo.

—¡No, Edward! ¡Por favor, no! ¡Es Manny! ¡Es nuestro hijo! —gritaba su madre fuera de sí, llorando y persiguiendo a su esposo, quien zarandeaba a su hijo como si fuera un muñeco de trapo triste y viejo.

—Ya no es mi hijo —dijo entre dientes el viejo, al tiempo que abría la puerta y sacaba a un Man en *shock*. Él se había esperado cualquier cosa, que lo castigara, que lo obligara a salir con chicas, que ignorara la situación; pero jamás que le diera la espalda de ese modo, nunca que lo sacara de su casa a rastras y lo aventara a la calle como si fuera basura. Ni en un millón de años se le pasó por la mente esa idea.

El impulso lo hizo tropezar, cayó de sentón. Al levantar la barbilla se dio cuenta de que lo había dejado afuera, en medio de la noche, sin sus pertenencias, totalmente abandonado y desprotegido.

Los gritos de dolor de su madre lo hirieron más, las llagas ardieron como si la

piel le hubiera sido arrancada. Se sentía insignificante, vacío y más solo que nunca.

Se puso de pie, sin poder creer lo que acababa de suceder. Lo había perdido todo, ¿ahora qué se suponía que debía hacer? En otros tiempos habría corrido a la casa de su mejor amigo, pues él siempre le daba asilo, pero ya no tenía a un mejor amigo, ya no tenía una familia, solo se tenía a sí mismo.

Sentía los ojos ardiendo, pero no salía nada, no podía llorar, no podía sollozar, era como si estuviera congelado.

Caminó sin fijarse en el sendero, recorriendo las calles como un niño perdido; y sí, era un niño que estaba perdido. En los bolsillos no llevaba más de dos monedas, no tenía ropa más que la que traía puesta y sus tripas gruñían, pues no había comido por quedarse en la arboleda llorando sus penas.

Caminó y caminó hasta que sus plantas le dolieron y tuvo que detenerse, se sentó en una banca que estaba en frente de un restaurante. Se quedó mirando a la nada, con la mente en blanco, el cuerpo pesado y el alma cansada. Las horas pasaron, él no se movió ni un milímetro, tenía miedo de moverse y derrumbarse.

—No creo en las casualidades. —Man elevó el rostro para identificar al interlocutor, la voz se le hacía conocida, pero no supo identificarla al instante. Luego vio al chico aceituna, contemplándolo con una sonrisa que fue sustituida por un ceño fruncido. Dylan se sentó a su lado—. ¿Estás bien? ¿Por qué pareces un muerto viviente?

—Quizá estoy muerto —susurró. El otro soltó una risotada, no se apartó a pesar de que Man había sido cortante.

—Hueles a drama, problemas y un toque de tristeza —dijo, acomodándose en la banca, estirando las piernas largas—. Por cierto, ¿dónde está tu perro guardián? No lo veo por ninguna parte.

—Mi perro guardián me dio la espalda cuando más lo necesitaba —contestó con amargura. Soltó un suspiro melancólico—. Lo siento, no soy la mejor compañía justo ahora, no quiero arruinar tu noche.

—No la estás arruinando, cuéntame qué pasa.

Y entonces se lo contó todo, como si hubiera necesitado sacarlo, se desahogó con ese chico, quien lo miraba mientras hablaba, prestándole atención. No se guardó ningún detalle, no se detuvo para tomar aire.

—¡Vaya! No sé qué decirte, mis padres no tuvieron problema cuando se enteraron, me apoyaron y nunca tuve mejores amigos porque se hacían los ofendidos después de que me los llevaba a la cama, como si no hubieran

disfrutado, los muy hijos de perra. —Man soltó una risotada. Contarlo le había ayudado bastante a disminuir el peso que sentía en su interior. El vacío seguía ahí, pero era más ligero—. Solo te puedo decir que si esas personas no pueden aceptar quién eres no te merecen. Una persona no es «el homosexual», «la fea», «la gorda»... Es un hijo, un hermano, un amigo, un humano. La gente que rechaza a otros por cosas como esas es detestable.

—Tienes razón —murmuró.

—Supongo que necesitas un lugar para quedarte, no creo que quieras dormirte en la banca. Tengo un compañero de piso que es un poco sucio, pero puedes dormir en mi habitación mientras consigues dónde quedarte, no tengo problema.

A pesar del dolor punzante en su pecho, Manfred esbozó una sonrisa de lado.

—¿Te vas a aprovechar de mi estado? —cuestionó, haciendo que el otro sonriera. Por algún motivo se sentía bien con él.

—Solo si me dejas —respondió.

—Gracias, Dylan.

Los dos se pusieron de pie, el chico aceituna lo orientó, hablándole para que no se perdiera en sus tortuosos pensamientos. Llegaron a un decente complejo departamental. El interior del departamento estaba un tanto descuidado debido al desorden, ropa tirada por todas partes y envoltorios de golosinas en la mesa de la sala eran parte de la decoración. Un chico afroamericano se encontraba sentado en un sofá comiendo palomitas de maíz, atento a lo que fuera que estuviera viendo en el televisor.

—Robbie, este es Manfred, va a dormir en mi alcoba unas semanas. —El muchacho asintió, después de darle una corta mirada. Una mano atrapó el antebrazo de Manny, se quedó mirando a Dylan—. No le hagas caso, es muy antisocial cuando se lo propone, pero es un buen chico.

—Sigo aquí, cretino de mierda —dijo Robbie sin mirarlos. Dylan soltó una risita divertida, luego jaló el brazo de su recluso para llevarlo a su habitación, que estaba al fondo de un pasillo.

Lo más ordenado del sitio era ese cuarto. Man entró recorriendo con la mirada el lugar. Fue a sentarse en el borde de la cama, había tenido muchísima suerte al encontrarse a ese muchacho en el parque, era casi una burla, como si alguien lo hubiera mandado para que lo encontrara.

—Vuelvo en unos minutos, voy a preparar algo para que cenemos, porque creo que también hueles a hambre. —No pudo contestar, el chico aceituna salió y él

se quedó solo. Dejó caer la espalda en la cama, cerró los párpados y, sin quererlo, se quedó dormido.

veintitrés

El resto de esa semana y toda la siguiente no asistió a la escuela, con ayuda de Dylan consiguió empleo en el mismo restaurante donde trabajaba. La dueña del local era una señora amigable que escuchó su historia hasta el final, no dudó ni un segundo al darle el empleo, incluso sabiendo que Man era menor de edad — aunque casi cumplía los dieciocho—. Le dieron su uniforme de mesero y un casillero para que guardara sus cosas.

El sueldo no era poco ni mucho, lo necesario para comprarse en las primeras dos semanas unas cuantas prendas, pues su ropa seguía en casa de sus padres, y unos zapatos. La verdad era que Dylan estaba ayudándole un montón, no le cobraba su estadía, tampoco los alimentos que consumía, así que intentaba no ingerir demasiado, pues no quería importunar; bien decían que el muerto y el arrimado a los tres días apestaban, decidió no causar molestias, ayudar con los quehaceres y dar un porcentaje de su sueldo para pagar la luz.

Las cosas estaban yendo muy bien, para ser sinceros. Lo único que le preocupaba era la escuela. No tenía idea de qué iba a pasar ahora, por más empleos que tuviera no podría pagarla, esperaba que su padre no retirara los pagos, pues en caso de que lo hiciera estaría perdido. No podría entrar a la universidad, se estancaría.

Decidió volver, el moretón en su rostro seguía en la misma posición, excepto que la coloración había bajado considerablemente. Los nervios le carcomieron la garganta cuando dio el primer paso en el interior del recinto escolar.

No bajó la mirada, tampoco se concentró en las personas que cuchicheaban a su alrededor; no, él siguió caminando directo a su casillero. Y habría llegado de no ser porque el coordinador lo paró en seco, plantándose en su camino.

—Manny, estábamos preocupados, faltaste estas semanas y no sabíamos de ti —dijo el maestro. Apenas levantó el rostro, el coordinador clavó la mirada en su

moretón. Man se encogió de hombros, pues no sabía qué responder, no le gustaba que le tuvieran lástima—. El director necesita hablarte de algo.

Esas simples palabras hicieron que un abismo se extendiera delante de él.

Asintió y se dio la vuelta para dirigirse a la dirección, consciente de que era muy probable que recibiera malas noticias. La secretaria le pidió que esperara en la recepción, se sentó en una sillita, mirando fijamente un florero lleno de margaritas.

Recordó a su madre, porque eran sus favoritas, y el corazón se le hizo un nudo, no pudo evitar sonreír, pues rememoró un cumpleaños en el que le había regalado una de esas florecillas. La señora Olivia le había dado un beso en la mejilla y había andado todo el día con la margarita decorando las hebras de su cabello.

Quería a su madre, pero no lo había llamado ni una sola vez, así que supuso que le estaba dando la espalda también y eso dolía como el infierno. Man se limpió una lagrimita traicionera justo cuando la secretaria le dijo que podía pasar a la oficina.

Ya había estado unas cuantas veces ahí para recibir castigos y un diploma. El director era formal y recto, siempre llevaba traje y corbata. Tenía los cabellos medio canosos y duros debido al gel y los zapatos más brillosos que un suelo lustrado.

—Toma asiento, Manfred. —Hizo lo que le pidió y tragó saliva con nerviosismo—. Seré directo: lamento muchísimo lo que pasó el otro día con el joven Donovan, ya fue sancionado por su falta, un alumno me trajo la evidencia, así que no tienes que preocuparte por ello. Por lo que sí debes preocuparte es porque tu padre me habló hace unos días para decirme que no dará más mensualidades, me pidió que te diera de baja.

Man agachó la cabeza, los ojos se le nublaron debido a la impotencia, al dolor. Su propio padre lo estaba arruinando solo por no ser lo que él quería que fuera; era triste y desgarrador.

—Supongo que tengo que desalojar el casillero —dijo aclarándose la garganta para que nadie viera cuánto le dolía.

—No, me tomé la libertad de hacer otra cosa. —Tan pronto dijo eso, levantó la cabeza—. El *bullying* es penalizado en nuestra institución con la expulsión, y el padre de Jerry Donovan no quiere que su hijo pierda la oportunidad de jugar en el equipo, pues eso arruinaría todos sus planes. Le comenté la situación y me dijo que estaba más que dispuesto a pagarte las mensualidades hasta que tu

semestre acabe, que ya es casi nada. Le dije que lo hablaría contigo, así que está en tus manos decidir si te vas o te quedas.

Los párpados se le pegaron a la frente, ¿ese hombre iba a pagarle la escuela para que no expulsaran a su hijo? Una voz en su interior le dijo que no podía aceptar eso, pero entonces supo que la opción más inteligente era decir sí, no quería quedarse en la calle sin estudios. No le daría el gusto a su padre de verlo derrotado.

—Me quedo.

—Buena elección —dijo el director con una sonrisa que correspondió—. Puedes ir con la consejera a reportar la agresión que tienes en el rostro, ella puede encargarse de decírselo a las autoridades correspondientes.

—Gracias —contestó, poniéndose de pie—. ¿Puedo ir a clases?

Salió de la dirección tan pronto asintió, el timbre sonó y el alumnado comenzó a correr por los pasillos para cumplir con sus horarios. Man tenía que pasarse todavía por su casillero, por lo que anduvo contra la corriente hasta detenerse frente a la caja metálica. Sacó los libros y se dio la vuelta. El alma se le cayó a los pies al ver a Ashton parado como una estatua frente a él.

El rostro impassible del muchacho cambió drásticamente al ver el moretón gigante que coloreaba su pómulo. Ash quiso acercarse, pero Man dio un paso atrás para que no lo hiciera. Lo que menos quería era tenerlo alrededor, la simple idea de estar a su lado hacía que le doliera todo, se sentía como si se estuviera lanzando a la hoguera.

No soportaba ver su rostro, oler su aroma, escuchar sus respiraciones pesadas. No, ya no lo quería tan cerca, por primera vez en su vida deseaba alejarse lo más posible de Ashton Ford.

Intentó esquivarlo, sin embargo, Ash agarró su codo sin importarle que algunas miradas estuvieran sobre ellos.

—¿Dónde has estado? Estuve preocupado por ti, tu maldito celular decía que no estaba disponible, tu madre no tenía idea de dónde estabas, te busqué en Sinfín y nunca apareciste, ¿dónde demonios estabas? —Soltó una risa sarcástica al percatarse de que era probable que su padre hubiera cancelado la cuenta de su móvil también, por eso no había sonado en absoluto.

—¿Ahora sí te preocupas? Vaya ironía —soltó un bufido—. No te preocupes, estoy bien y voy a estar de puta madre porque no tuve más opción que enfrentar lo que soy.

Sacudió el brazo hasta que consiguió soltarse. Man caminó hacia las escaleras

para dirigirse a la planta superior. Ashton lo siguió y caminó a su costado.

—Necesitamos hablar, Man.

El mencionado detuvo el andar de golpe y miró con incredulidad al joven que lo contemplaba con ansiedad.

—¿De qué quieres hablar exactamente, Ashton? ¿De cómo me provocaste hasta que terminé besándote? Si quieres podemos charlar de lo mucho que disfrutábamos en tu habitación todas las tardes, de cómo gemías cuando te tocaba, de lo mucho que te gustaba acariciarme. ¿Qué te parece eso, amigo? ¡No! ¡Ya sé! Mejor hablemos de cómo me ignoraste después de que te confesé que te quería, de cómo me volteaste la cara cuando más necesitaba el apoyo de mi puñetero mejor amigo, ¿de eso te gustaría hablar?

—Man... —susurró Ash con los hombros caídos y los ojos tristes. El joven intentó acercarse a Manfred nuevamente, pero este se hizo hacia atrás como si no pudiera tenerlo cerca.

Una punzada de dolor se instaló en su pecho al ver cómo lo rechazaba, al ver que se había equivocado tanto que lo había perdido y temía que fuera demasiado tarde para arreglarlo.

Ashton tragó saliva para aligerar el nudo que comenzó a formarse en la base de su garganta. Había estado tan preocupado por él, lo había buscado por todos los lugares que se le habían ocurrido, pues necesitaba pedirle perdón. No solo le había fallado como amigo, lo había expuesto delante del mundo y se había quedado pasmado como un imbécil.

Después de esa plática que escuchó en el baño de los vestidores de los chicos Ash sintió mucho miedo de que lo echaran del equipo, pues toda su vida estudiantil había luchado para conseguir lo que tenía, pero ya no le importaba.

Se dio cuenta de lo tonto que había sido apenas vio el rostro decepcionado de Manfred al salir ese día de la escuela, se arrepintió muchísimo de no haber ido tras él. Se dio cuenta de cuánto lo necesitaba cuando no pudo dormir debido a que no sabía su paradero. Se dio cuenta de que Manny era más importante que el baloncesto, porque estuvo incluso antes que eso.

La respuesta la tuvo esa misma noche, con la cabeza recostada en la almohada, mientras recordaba la primera vez que había encestado. Ese día, sin querer, la pelota había golpeado la nariz de Manny, entonces él hizo a un lado su logro, pues no le importó nada más que curar la herida de su amigo.

Quería decirle que no le importaba ya nada, solo que estuvieran juntos como siempre. Sin embargo, mientras lo contemplaba se dio cuenta de que Man no

quería eso. Jamás lo había mirado de ese modo, ni siquiera encontraba las palabras, pues el miedo a perderlo amenazó con empujarlo a un acantilado.

—Por primera vez en la vida no quiero tenerte a mi alrededor, porque me haces daño, así que hagamos como si nada hubiera pasado, tú sigue tu camino y sé un campeón en el baloncesto, que yo seguiré el mío. Sigue con tu novia, finge que no te gustó lo que hicimos y listo. —Él hablaba tan convencido que tuvo terror de que el daño fuera irreparable—. Oh, ahí vienen tus amigos, mejor escápate, van a pensar que te estoy acosando.

Poco le importaba ya lo que ellos dijeran. Contempló la espalda de Man mientras se alejaba, quiso seguirlo, pero sabía que cuando estaba furioso era mejor dejar que se calmara. No iba a conseguir nada si insistía.

Ignoró a sus compañeros del equipo y se dirigió a clases.



A la hora de la salida Manfred se dirigió un tanto desaminado al departamento de Dylan, estaba feliz porque iba a poder seguir estudiando, pero el encuentro con Ashton lo había debilitado. Lo había visto tan triste que por un momento se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Después de todo, él también sufría y no había estado ahí para apoyarlo.

Manny estaba confundido, ¿y si era una exageración? Luego se dio cuenta de que lo mismo de siempre ocurría, y resopló. Él era su talón, se la pasaba justificándolo.

Entró a su nueva residencia con una combinación de rabia, decepción y confusión corriendo por su sistema. Se encontró a Dylan en la cocina, quien preparaba algo que olía delicioso. Man había descubierto que el chico aceituna era un gran cocinero. También había sido testigo del desfile de hombres que circulaba en el departamento del joven, era un seductor de lo peor, tenía una conquista diferente cada noche. Se acostaba con ellos y al final los dejaba solos en su cuarto hasta que estos lo entendían y se marchaban.

Dylan le había dicho que disfrutaba del sexo y que no quería nada serio con nadie. Man sospechaba que estaba enamorado de alguna persona, pero si era cierto, el joven nunca lo aceptó.

Manny se recargó en el refrigerador lanzando un suspiro profundo que llamó la atención de Dylan, quien se giró con la cabeza ladeada.

—¿Qué ocurrió? —preguntó al tiempo que apagaba la estufa y dejaba la espátula sobre la encimera. Dio unos pasos hasta detenerse muy cerca suyo, tanto que su corazón dio un brinco.

—El padre del tipo que me agredió va a pagar mi escuela como castigo, mi padre retiró los fondos y pidió que me dieran de baja —dijo, tallándose la cara con las palmas—. Y me encontré a Ashton...

—¡Ese chico otra vez! Siempre que piensas en él te desanimas.

Manny lanzó otro suspiro, se giró y abrió el frigorífico para sacar un jugo. Cerró la puertilla y bebió hasta acabarse la botella. Lo próximo que supo fue que Dylan se le pegó hasta que quedó atrapado contra el aparato. El bote se le escurrió de las manos al sentirlo. Su corazón comenzó a latir con mucha rapidez, la adrenalina lo recorrió.

—Tal vez yo pueda hacer algo por ti para que te sientas mejor. —Su susurro le erizó los poros, no pudo controlar la excitación que transitó por sus venas. Más aun cuando Dylan recorrió su vientre abrazándolo desde atrás y bajó hasta apretar el bulto escondido por sus pantalones. Su mano friccionó por encima de la tela, sacándole suspiros y jadeos ahogados—. Parece que a alguien le agrada.

Dylan fue a abrir su pantalón, movimiento que lo sacó del trance. Con rapidez lo detuvo, no podía hacerlo, no se sentía bien.

—Lo siento, no puedo —susurró. Se escabulló hacia la habitación y permaneció en silencio, avergonzado por el suceso. Esperaba que Dylan no fuera uno de esos chicos resentidos y lo echara de su casa.

A pesar de no haber hecho nada, sintió que había traicionado a Ash. Aunque fuera estúpido, se sentía como si le hubiera fallado.

veinticuatro

Esa misma semana, después de la clase de deportes, Man entró a los vestidores para asearse y cambiarse las prendas sucias. Bastó poner un pie en el interior para percatarse de que no era bien recibido. Los chicos se cubrieron como si él los estuviera mirando, incluso cuando siempre mantuvo la vista al frente. Le daban ganas de resoplar y decirles que no tenía demasiado que ver, pero se quedó en silencio.

Escuchó risotadas, algunos susurros, respiró hondo para controlar su temperamento y no maldecir.

—¿Quieres ver mi pene, marica? —preguntó uno de los integrantes del equipo de básquetbol, amigo de Jerry Donovan.

Manfred sonrió con sarcasmo al reconocer la voz, y siguió dándole la espalda. De verdad necesitaban que alguien los sacudiera para que dejaran de creerse el ombligo del mundo. Sí, le gustaban los hombres, pero eso no significaba que fuera por ahí viendo las bolas de todos o deseando al que se le cruzara.

—No te preocupes, ya lo he visto antes y es demasiado pequeño como para que quiera verlo de nuevo, así que guárdalo para ti —dijo, ocasionando que las burlas se dirigieran al que lo había provocado, quien se quedó en silencio.

Sacó unas zapatillas y ropa limpia, iba a sacarse la camiseta sudada cuando se dio cuenta de que ya no había nadie ahí, habían salido en silencio, dejándolo solo en medio de bancas, toallas y casilleros.

—No debiste de haber aceptado la oferta de mi padre. Como puedes darte cuenta nadie te quiere por aquí. —Manny se tensó, más por el hecho de que había pensado que nadie estaba a su alrededor que porque él le estuviera hablando—. Todavía estás a tiempo, puedes irte.

Se dio la vuelta para enfrentarlo, Jerry Donovan estaba recargado en los casilleros a unos pasos de distancia. Man caminó hacia él y se puso tenso de inmediato, aunque nunca dejó el contacto visual.

Se aproximó tanto como pudo con lentitud, tanteando al muchacho, que permanecía inmóvil. Su lenguaje corporal no concordaba con lo que salía de su boca, él parecía odiarlo cuando había gente alrededor, pero justo en ese instante era todo lo contrario.

Manny lo atrapó colocando las palmas a los lados de su cabeza, pegó su pecho al suyo hasta sentir la respiración acelerada. Supo lo que deseaba tan pronto el joven entreabrió los labios soltando un suspiro tembloroso. No se lo pensó dos veces, acercó su rostro al del otro para provocarlo. Entonces Jerry Donovan lo besó con tanto desenfreno que se quedó pasmado al principio. No lo deseaba, ni siquiera le gustaba, solo quería probar su punto y comprobar lo que venía pensando desde hacía tiempo.

Se dejó besar, no era nada del otro mundo, era como besar una pared. Sin embargo, el muchacho parecía hambriento y desesperado, le rodeó la cintura y lo pegó a él con necesidad. Decidió que era hora de alejarse, lo empujó con suavidad, se topó con los ojos temerosos de Jerry. Le sonrió.

—No diré nada, todavía estás a tiempo, más te vale que me dejes en paz —dijo con la mandíbula apretada.

Se echó hacia atrás, se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Quiso salir, pero se encontró a Ashton en el umbral mirándolo con confusión, y después se concentró en el chico a sus espaldas y su ceño fruncido apareció.

Ash sabía que algo había pasado entre Jerry y Manny en los vestidores, podía verlo en la cara de su amigo y también en la del otro, que estaba pegado a los casilleros con la frente sudorosa y la respiración hecha un caos. Vio como Man pasaba de largo, saliendo con su atuendo de deportes, y no dudó en seguirlo. Antes de que pudiera salir del gimnasio, le cogió el codo y le dio la vuelta.

—¿Qué demonios pasó ahí adentro? —preguntó analizando las emociones en sus ojos; sin embargo, no pudo obtener nada, pues había una barrera entre los dos, una que quería tumbar, pero que no sabía cómo hacerlo.

—Suéltame, Ashton —respondió el otro, seco.

—¿No te parece que estás siendo un egoísta, Manfred? Lamento si antes te lastimé, no tenía idea de lo que sentías, ¿qué se supone que soy? ¿Un adivino? Si me lo hubieras dicho jamás te habría lastimado. Me lo confesaste hace poco, me habías dicho que ni siquiera te gustaba, ¿cómo iba yo a saber que te estaba lastimando? ¿Eh? —Ash no había querido decirle todo eso, pero verlo tan distante le afectaba, ni siquiera tenía la intención de arreglar las cosas—. Sé que me equivoqué al seguir con Emily, pero nunca la puse encima de ti y lo sabes,

¿cuándo te dejé por ella? Todo el tiempo estuve contigo, ella y yo ni siquiera éramos formales, no tengo la culpa de que se me lanzara. Perdóname por lo del otro día, en el equipo contra el que jugamos descubrieron a dos chicos y los sacaron por ser homosexuales, entré en pánico, Man. No sabía qué hacer, necesitaba pensar, entonces tú llegaste y Jerry lo escuchó. Y tuve miedo, tanto que no pude hacer nada. Tú lo has escondido desde siempre, yo lo estoy descubriendo. ¿Crees que me agradó lo que pasó? ¿Crees que no fui con el jodido coordinador a reportar lo que había pasado?

Así que fue él quien llevó a los directivos un video con las amenazas de Jerry.

—Suéltame, Ashton —repitió con el corazón martilleando fuerte contra su pecho.

—¿Eso es todo lo que piensas decir? Decides que me quieres lejos y me sacas de tu vida sin más, sin detenerte a pensar en que todo esto ha sucedido tan rápido que apenas pude darme cuenta de que te quiero. Ni siquiera sé si me estás escuchando ahora, estás ahí parado sin mirarme, actuando como si te valiera una mierda lo que yo siento. Me enamoras y te largas sin ponerte en mi lugar, ¿eso no es ser egoísta? ¿Crees que no me duele? ¿Que no te extraño? Joder, ¿que no me estoy muriendo de celos en este instante porque sé que lo besaste? Me lastima no saber qué hacer para que te des cuenta de que eres importante y que me gustaría que los dos nos ayudáramos. No puedo luchar esta batalla sin ti, Manny, no puedo.

Man tragó saliva porque un nudo amenazaba con dejarlo sin aire, tuvo que abrir la boca para respirar. El pecho lo sintió pesado, y los ojos comenzaron a quemar, señal de que el llanto llegaría. Lo amaba tanto que no sabía si eso era sano, no sabía si Ash lo quería o solo estaba confundido debido al ajeteo de la situación. Ellos dos se habían dejado llevar por la atracción y las chispas terminaron quemándolos.

Se quedó en silencio, pues no sabía qué decir. Ashton sonrió con tristeza y lo soltó. Sintió el brazo frío sin su tacto, sin su mano sosteniéndolo.

—Muy bien, si eso es lo que quieres —le dijo con la voz enronquecida al comprender que no le diría nada. Si quería alejarse, si quería esconderse, no lo detendría porque lo conocía, sabía que si lo intentaba acabaría herido, más de lo que ya estaba.

Manny no pudo moverse, solo contempló como se alejaba sin decir más.



Días después iba a entrar a la escuela muy temprano por la mañana cuando su madre apareció en su campo de visión, se encontraba en el borde de la banqueta. Se veía pequeña y frágil, triste.

La sonrisa que esbozó al ver a su hijo fue brillante y enorme, pues estaba sano y salvo. Olivia siempre supo que era un hombre fuerte, capaz e independiente; amaba a Manfred porque era todo lo que ella no era. Fue criada en un hogar cristiano, sus padres eran estrictos, pero buenos, en lo único que habían fallado fue en obligarla a contraer matrimonio con Edward Clark, que también era miembro de la iglesia a la que asistían. Tan pronto contrajeron matrimonio y estuvieron en la soledad de su nuevo hogar, Olivia se dio cuenta de que su esposo no era un fiel creyente de Dios, era un fanático, alguien extremista. Sin embargo, tuvo que callarse porque le habían enseñado que el patriarca de la familia era el guía, ella era su mujer, y el matrimonio era para siempre, su obligación era seguirlo y apoyarlo en cualquier decisión que tomara, incluso si no le gustaba.

No obstante, también le habían enseñado que a los hijos había que protegerlos, llevarlos por un buen camino y amarlos hasta que ellos decidieran dejar el nido para buscar sus propios intereses. Olivia se sentía impotente, pues debía cuidar a Manfred, pero Edward no la dejaba. Tenía prohibido buscarlo, y a pesar de eso se encontraba ahí para verlo, porque lo extrañaba y quería asegurarse de que estaba bien.

Man se aproximó hasta quedar frente a ella. El corazón le latía desbocado. La mujer cerró las distancias, envolvió los brazos alrededor de su hijo y lo abrazó con fuerza. El muchacho le regresó el gesto, escuchando los sollozos de la mujer. Acarició su cabello para que se calmara y dejara de llorar.

—Por favor, Manny, vuelve a casa —pidió esta con la voz temblorosa, escondida en su pecho.

—No puedo volver, papá no me quiere ahí —dijo con el alma oprimida.

—Por favor —rogó—, puedes decirle que es mentira, escóndelo por lo menos hasta que termines de estudiar y puedas trabajar en un lugar honrado.

Man se echó hacia atrás hasta que pudo verle el rostro. ¿De verdad le estaba pidiendo eso? ¿En vez de apoyarlo quería que se escondiera? ¿También estaba avergonzada de él? La tomó de los brazos y la separó de su cuerpo, sintiendo las

emociones burbujeando. Otro duro golpe había recibido, esta vez por parte de su madre.

—Lo siento, mamá, pero no voy a volver porque me enferma Edward Clark, es como esas alimañas que se encajan en tu piel y te chupan la sangre hasta drenarte. Me duele ver lo que hace contigo. Como sé que no vas a dejarlo, no me voy a quedar para ver cómo te debilita y hacer conmigo lo mismo. —Depositó un beso en la frente de su madre y la rodeó antes de entrar al instituto.



Desde el encuentro en la cocina las cosas entre Dylan y Manfred se habían puesto tensas. Como quería que todo regresara a la normalidad, le propuso que fueran al bar a tomar unos tragos, pues era su día libre. Así que ese viernes por la noche entraron al sitio, se sentaron en la barra y empezaron a beber.

El local se llenó pronto, Dylan se recargó en el costado de Man con su brazo rodeando su espalda. El muchacho de ojos verdes se inclinó hasta que quedó a la altura de su oído.

—Si querías pasar tiempo conmigo me lo hubieras dicho —sonrió sin poder evitarlo, dándole una mirada de soslayo. Sentía su aliento soplando y su nariz recorriendo su laberinto—. ¿Sabes? Si algún día me dan ganas de sentar la cabeza, me gustaría que fuera con alguien como tú.

—Creo que estás enamorado de alguien. —Dylan se carcajeó, pero no lo negó.

—Hueles tan bien, quiero saber cómo sabes —dijo, produciéndole un escalofrío. Agarró la mandíbula de Man y le giró la cabeza, se acercó tanto que creyó que lo besaría. Lo tomó con dureza, no dándole la opción de separarse—. No sé por qué tu perro guardián te ha abandonado.

—No lo hice, hijo de perra. —La voz de Ashton resonó en el cerebro de Man y creó eco. Los movimientos que siguieron fueron veloces, apenas pudo captarlos. Ash tomó la camisa de Dylan, lo bajó de la silla y se lo pegó al rostro. Entonces lo miró y quiso vomitar al ver su cara encabritada, estaba rojo por la rabia, las aletillas de su nariz subían y bajaban, al igual que su pecho. Sus ojos podrían haber apuñalado al joven al que sostenía—. Él me abandonó a mí. Si te vuelvo a ver merodeando a su alrededor voy a romperte esa carita de mierda que tienes.

—Eso va a ser difícil, porque vive conmigo.

Y eso hizo que el joven estallara más rápido que una bomba: el puño de Ashton contactó con el rostro de Dylan, el golpe lo tiró al suelo; pero Ash lo levantó y repitió el movimiento, completamente perdido en los celos.

Las personas comenzaron a gritar, Manfred intentó separarlos, Ashton ni siquiera lo miraba, dudaba que lo estuviera escuchando, estaba concentrado golpeando el rostro del muchacho, quien intentaba defenderse regresándole los golpes.

Los guardias de seguridad aparecieron, los arrastraron a la salida. Manfred salió detrás de ellos, vio como Dylan caminaba hacia su coche sin mirar atrás tan pronto el grandote lo soltó.

Tragó saliva con ansiedad y se acercó a Ashton, quien lo observaba con los gestos más serios que había visto alguna vez. Abrió la boca para hablar, pero el joven cogió su brazo y caminó hacia alguna parte.

—¿Qué haces? —preguntó Man cuando giró la esquina y se internó a una especie de callejón—. ¿Ashton?

—Te recuerdo quiénes somos, joder. —Frunció el ceño sin comprender de qué estaba hablando. Luego fue estampado en una pared, Ashton cubrió su cuerpo con el suyo, le rodeó la cintura y lo besó como solo él sabía hacerlo. Ash era dulce y delicioso, no pudo resistirse.

Se colgó de su cuello y dejó que hiciera con él lo que quisiera. Con sus lenguas se acariciaron, Manfred se derritió cuando él profundizó el beso y bamboleó las caderas para que lo sintiera. Soltó un jadeo, pues estaba siendo temerario al bajar las manos para apretarle el trasero. Le estaba comiendo la boca, le robaba el alma una vez más, hacía que su corazón soñara y que su mente delirara.

¡Oh, cuánto lo había extrañado! Era reconfortante sentir su calor, su aliento, sus caricias quemándole la calma.

No había espacio entre los dos, solo ese intercambio de amor, chispas y electricidad. Parecía que en cualquier momento iluminarían el callejón con las luces que se transmitían.

Así siguió por unos cuantos minutos, cuando Ash se hizo hacia atrás, y Man pudo ver sus ojos heridos. La boca se le secó al ver como la vista del muchacho se nublaba, lo había lastimado.

Ashton lo soltó, dejándolo helado, por algún motivo sintió la necesidad de retenerlo, de obligarlo a abrazarlo. No le gustaba como lo veía, pues solo había decepción en sus pupilas. Tomó aire para hablar, pero no pudo hacerlo.

—No —interrumpió Ash, sacudiendo la cabeza—. No quiero saber.

Se quedó parado en la calle, contemplando a Ashton alejándose por la avenida con la cabeza gacha y los hombros hundidos.

veinticinco

Al llegar a su casa no pudo más, se sentó en las escalerillas de la entrada y se cubrió el rostro con las palmas, pues las lágrimas fluyeron sin que pudiera controlarlas. Entendía que Manfred estuviera furioso, que no le apeteciera verlo por el momento, incluso entendía si deseaba golpearlo, pero, ¿estar con otro chico? Y eso si no contaba lo que seguramente había pasado con Jerry Donovan.

Había decidido ir con los chicos a tomar unos tragos, ya que habían sido unos días complicados y llenos de arrepentimiento. Jamás imaginó que al entrar se encontraría con ese cuadro que no solo lo hizo enfurecer, sino que también le rompió el corazón. Ver a Man con ese sujeto lo había trastornado, tenía celos, pero también se sentía amenazado porque él era inexperto y el meserito ya no tenía miedo de ir por ahí besando a otros; no, ese chico era como Manny, sabía quién era, Ashton acababa de descubrirlo.

Se limpió las lágrimas en medio de un sollozo, el pecho lo sentía oprimido y el corazón, roto.

Era consciente de que se había equivocado, pero también esperó que Manfred lo comprendiera, que se detuviera un segundo a pensar en sus sentimientos, en los cambios que estaba experimentando. Y también lo extrañaba, añoraba pasar las tardes con ese chico que fue constante desde que era un chiquillo, siempre que lo necesitaba iba con Ashton, así que le dolió que él hubiera preferido ir con ese tipo; sí, se sentía traicionado.

Ver sus labios casi encima de los de él apagó la luz que se esforzaba en mantener encendida, ya que seguía esperando que volviera.

Un rechinado lo sacó de sus pensamientos, se apresuró a limpiarse el rostro y a respirar profundo. Su madre se sentó a su lado y recargó la cabeza en su hombro.

—Cuando eras pequeño te gustaba acostarte en el césped si querías llorar, permanecías ahí por horas viendo el cielo y volvías a casa. —Lo recordaba, se

sentaba en el patio a mirar las nubes y le hablaba a su padre, a la nada, esperando que él lo escuchara dondequiera que estuviera—. ¿Qué sucede? Tu abuela y yo estamos preocupadas por ti, estas últimas semanas has estado muy retraído y no me agrada, extraño al Ashton que disfruta robando las galletas de la despensa por las noches.

Sonrió con tristeza, una lagrimita más bajó, pero fue a quitársela apenas la sintió. No se sentía él, lo extrañaba tanto. Extrañaba que en ocasiones lo dejara ganar en los videojuegos, como si Ash no se diera cuenta; extrañaba pasar las tardes en la arboleda conversando de sus mañanas, o simplemente haciendo nada; extrañaba girar la cabeza en su almohada y encontrarlo a su lado, respirando profundo con los párpados cerrados; extrañaba besarlo.

Mierda.

Se había enamorado, o quizá solo se había dado cuenta de que ya lo estaba; pero Man lo alejaba y él no tenía idea de qué hacer para que se quedara, ya ni siquiera sabía si quería que lo hiciera.

—Tengo algo que decirte, mamá —susurró sin mirarla. Sabía que ella no se enojaría, pero quizá el impacto de la confesión podría alterarla, y a él le dolería muchísimo decepcionarla, ya que era su mundo. Amaba profundamente a Luce y a su abuela—. Amo a Manfred.

—Ya lo sé, es tu mejor amigo —respondió.

—Sí, pero lo amo de la otra forma también —murmuró, le dio una mirada de soslayo, la arrebató antes de poder interpretar sus gestos, pues tenía miedo de que lo rechazara—. N-no sé si soy g-gay porque no me gusta ningún otro chico, solo... solo lo quiero a él.

—Ya lo sé, cariño, era demasiado obvio —soltó. Giró la cabeza tan rápido que se mareó, la contempló con sorpresa, las comisuras de su madre temblaron graciosamente, terminó sonriendo de lado—. No voy a decirte que al principio lo acepté, los escuché una noche y entré en *shock*, lloré con tu abuela, las dos lloramos, pero luego lo comprendí. A algunos les gustan los hombres, a otros las mujeres; así como algunos aman el rock y otros prefieren el pop. Y yo te amo, independientemente de qué te guste, sigues y seguirás siendo mi niño. También adoro a Manfred, es como un hijo para mí, así que no puedo molestarme con ninguno de los dos.

Se quedó atónito, sin poder creer sus palabras, sin ser capaz de procesar que ya lo sabía y que no lo estaba juzgando. Tenía mucha suerte de contar con la mejor madre del universo.

—Eres increíble —le dijo él antes de envolverla con sus brazos.

Luce le pidió que se lo contara todo. Ashton suspiró y empezó a relatar la historia omitiendo algunas partes. Le contó a su madre lo que había pasado semanas atrás en medio del pasillo. Ella escuchó con atención y al final suspiró con pesadez.

—Yo creo que los dos se equivocaron, tú porque debiste apoyarlo y dejar las cosas claras con Emily y él porque debió ponerse en tu lugar. Todos somos diferentes, pasamos por procesos distintos, a algunos nos afectan más las circunstancias que a otros. No sé cómo fue su proceso de aceptación, solo sé que, al haber pasado por algo similar, debió de haber comprendido tu miedo un poco más. Lo que sí creo es que aceptarlo depende de ti, no de mí, no del básquetbol, no de Manfred. —Luce inhaló aire, pues había pronunciado su discurso demasiado rápido—. Obviamente vas a pasar por muchos cambios porque vivimos en un mundo donde las diferencias causan terror y rechazo, eso es lo único que lamento, no que seas diferente al resto. No debería ser una diferencia porque tu sexualidad no te hace distinto, pero no todos piensan como tu abuela y como yo. Ve al padre de Manny, siempre supe que Edward era un lunático. Sin embargo, no puedes detenerte por eso, las personas que valen la pena lo entenderán, las que te aman también. Eres tú, no puedes esconder quién eres porque serías infeliz, pero para que te acepten debes aceptarte primero.

—Gracias, mamá —murmuró, pensativo. Se sentía más ligero ahora, sin duda Ashton sintió un gran alivio al escuchar que su madre seguía a su lado, era una carga menos sobre sus hombros.

—Y respecto a Manny, no tengo idea de cómo darte un buen consejo amoroso, mi historia de amor fue lo más simple del mundo. Quizá es mejor dejar que las heridas sanen, el tiempo siempre lo cura todo. Eso te servirá para conocer a este nuevo Ashton que está pidiendo salir a gritos, y a Manny le hará bien adaptarse a su nueva vida. Yo creo que la luz del verdadero amor jamás se apaga, quizá a veces titila y otras refulge, pero permanece sin importar la distancia, el tiempo y los problemas.

Parte II

Mas yo debo mirarte como una estrella,
que se mira de lejos y nada más.
Y así pasan las rosas de cada día,
dejando las raíces que no se van.
Y yo con mi secreta melancolía,
de mirarte de lejos y nada más.
Y así seguirás siempre, siempre prohibido,
más allá de la muerte si hay más allá.
Porque en esa vida, si hay otra vida,
te miraré de lejos y nada más.

Fragmento del poema *Amor imposible*.

JOSÉ ÁNGEL BUESA

veintiséis

Meses después...

Después del encuentro entre Dylan y Manfred la relación entre ambos se volvió incómoda, sobre todo porque los dos se habían dado cuenta de que había sido un error. Entonces Man decidió buscar un lugar propio, consiguió un pequeño departamento en un complejo algo deteriorado. Pero la gente era bastante amigable, así que adaptarse fue sencillo; básicamente se gastaba su sueldo en el alquiler, los servicios y la comida. A pesar del desliz, se hicieron buenos amigos, seguían trabajando en el mismo restaurante y platicaban mucho de sus vidas cuando no había gente.

Man comprobó que Dylan estaba enamorado de un joven que había conocido por Internet. Habían tenido una cita, y desde ese entonces el muchacho usó al chico aceituna para tener sexo, pues ni en un millón de años aceptaría que sentía algo por él, según sus propias palabras. Refugiarse en sus conquistas informales era un escape para olvidar con quién quería estar. Man se preguntó por qué alguien haría a un lado a un tipo tan bueno.

El padre de Jerry Donovan cumplió su promesa de pagar sus estudios, y ni su hijo ni la pandilla del mismo se volvieron a acercar a Man. Ni siquiera se atrevían a mirar cuando pasaba cerca de ellos. Era un alivio, aunque si lo hubieran provocado, él no habría dudado en darles su merecido.

De su padre y de su madre no había vuelto a saber más que lo que escuchaba de vez en cuando, sobre todo las veces que iba al supermercado y se encontraba a algún creyente de la comunidad del señor Clark. Ellos siempre se acercaban a saludar, más por curiosidad y morbo que por otra cosa, y le decían que la iglesia estaba más hermosa que nunca. Manfred se alegró por ellos, quizá ahora podrían ser felices con un lindo piso en vez de su hijo.

En la escuela iba bien, había enviado la solicitud para matricularse en la Facultad de Enfermería de la ciudad. Los resultados los recibiría pronto. Había

elegido esa carrera porque quería ayudar a las personas, y cuando investigó le agradó el plan estudiantil, así que estaba entusiasmado.

Las cosas con Ash, por otra parte, estaban estancadas. No se dirigían la palabra, no se miraban —solo a escondidas, cuando el otro no se percataba—, no habían vuelto a estar cerca desde el día del callejón. No era sencillo, aunque los dos luchaban con las ganas de olvidarlo todo e ir hacia el otro para empezar de nuevo.

Man se sentía culpable porque su amigo ya no era el mismo. Lo veía tan serio y distante con todos... De ser una de las personas más alegres del instituto se convirtió en una persona fría que apenas hablaba con los demás.

Una semana atrás escuchó que había dejado el equipo de baloncesto, quiso preguntarle si estaba bien, pero se tragó todas las preguntas por temor a que ya no lo quisiera cerca después de como habían terminado la amistad.

Ashton, en cambio, estaba más triste que nunca. Desolado porque no sabía cómo enfrentar el hecho de que había perdido a Manfred, infinidad de veces buscó inconscientemente su mirada entre el gentío, muchas otras tuvo que quedarse en el baño, pues no se atrevía a enfrentarlo en las aulas, se había convertido en un cobarde. Le dolía verlo caminar solo por los pasillos, cuando antes no había poder humano que pudiera separarlos. El familiar vacío había vuelto a su pecho, y esta vez no había nadie a su lado, no estaba él.

Para Ash dejar el equipo había sido necesario porque ya no sentía la misma adrenalina al tirar, al encestar, al correr con el balón. Lo único que estaba haciendo era arruinarlos, alentar el juego. No iba a soportar permanecer en la banca si el entrenador lo ordenaba, así que prefirió buscar otro camino, uno que no lo hiciera sentir tan miserable.

Su madre lo había apoyado durante el proceso, ya que sabía lo duro que sería abandonar algo que creía que estaba hecho a su medida. Su sueño siempre había sido irse a alguna universidad importante, pero había cambiado y las cosas que antes eran importantes ya no lo eran. Iba a estudiar en una universidad local y sería un gran abogado, lucharía por serlo. Aunque primero iba a descansar.



El bar estaba lleno, la gente apenas podía caminar, la pista no alcanzaba para todos los que querían bailar.

Manfred, detrás de la barra, preparaba una bebida cuando lo vio. Ashton se encontraba sentado en una mesa con sus amigos, bebiendo una cerveza y contemplando la nada. Observó como arrugaba la nariz, y Man sonrió porque el gesto le pareció gracioso. Lo barrió con la mirada y suspiró.

Lo extrañaba mucho.

Como si él hubiera escuchado sus pensamientos, alzó la vista, la cual contactó con la suya. La cara de asombro que puso casi lo hizo carcajear. Tuvo que dejar el intercambio visual cuando un cliente se acercó para pedirle un trago. Sirvió el alcohol con un centenar de mariposas aleteando en su estómago, la emoción que sintió después de mirar sus ojos era indescriptible.

Siguió trabajando, sintiendo sus pupilas clavadas en él todo el tiempo. Los nervios hicieron que cometiera varios descuidos, derramó vino un par de veces y los hielos se le resbalaron de las pinzas otras tantas. Tenerlo tan cerca, siendo consciente de que no paraba de observarlo sin importar que los otros se percataran del interés, pudo con Manfred.

—Tu perro guardián ya descubrió que estoy aquí y no se ve feliz, creo que quiere asesinarme. —La voz de Dylan lo sacó de las nubes, le dio una mirada de reojo—. Demasiado celoso, solo estamos hablando y él ya está todo rojo.

Miró por encima de su hombro y sí, Ashton los veía con molestia, con los ojos llenos de rabia. Se quedó atónito porque no entendía qué le sucedía, ¿debía acercarse y explicarle que no ocurría nada? ¿No era obvio?

—Solo no lo provoques —le pidió Man al chico aceituna, haciendo que este soltara una risotada. Quiso volcar los ojos porque conocía sus jugarretas, solo esperaba que no pasara nada malo en el transcurso de la noche.

Intentó ignorar a Ash, no necesitaba un arranque de celos por el momento, no mientras estuviera trabajando y con toda esa gente en el sitio.

Una compañera se le acercó y le pidió que la ayudara llevando una ronda de bebidas porque en la mesa los chicos la estaban molestando. Aceptó, dejó lo que estaba haciendo y cogió la charola, se encaminó al ala este del local. Era un grupo de muchachos, ya estaban un tanto tomados. Cuando las cosas se ponían feas los guardias de seguridad echaban a los rebeldes, así que supuso que solo la habían incomodado.

Dejó el alcohol e hizo el amago de regresar a la barra, pero chocó con una estatua de músculos: Ashton Ford.

El corazón le dio un vuelco violento al tenerlo tan cerca, al oler ese perfume varonil que adormecía sus sentidos, esos ojos pardos que lo miraban con

intensidad. Abrió la boca para saludarlo, pero el muchacho lo cogió del codo con firmeza y lo condujo a la pista.

—Ash, ahora no, estoy trabajando —pidió, intentando soltarse, pero falló, pues sus dedos parecían una cadena apresando su brazo. Miró hacia su compañera, quien levantó los pulgares: era la señal para decir «yo te cubro».

Lo ignoró, se escabulló entre el gentío arrastrándolo. Una vez ahí, se quedó asombrado, pues Ash le rodeó la cintura y lo pegó a él tan fuerte que sus pantalones se confundían, era imposible darse cuenta de dónde terminaba uno y dónde comenzaba el otro.

Miró a su alrededor, aunque nadie les estaba prestando atención, solo eran dos personas más bailando en un bar, justo como debía ser.

—Te extraño mucho, Man —susurró.

El mencionado soltó un suspiro al escuchar su tono, pues sabía cómo se escuchaba Ashton cuando estaba medio borracho. Saltó del susto, ya que sintió los labios fríos besando su cuello, repartiendo besos que le aceleraron el pulso. Quería besarlo, pero no sabía qué tan consciente estaba, así que se apartó cuando Ash hizo el amago de robarle un beso. Su boca cayó en su mejilla y el joven renegó lanzando un gruñido.

—Por favor, no me rechaces, me duele. —Su confesión hizo que apretara los párpados. Manfred le rodeó el cuello, intentado que se calmara, y también acercándose más porque no era suficiente.

—Estoy trabajando, Ash, hablamos más tarde, ¿de acuerdo? Yo también te extraño. —Esperó a que asintiera, lo dejó ir con reticencia.

Se concentró en trabajar, a pesar de que sabía que Ashton estaba bebiendo sin control. Su mesa pedía bebidas una y otra vez, Man quiso pedirle que parara, pero no lo hizo. La gente comenzó a irse a eso de la una de la mañana. Negó con la cabeza cuando lo vio recostado en su mesa, sus amigos ya se habían marchado.

—Suerte con el perro guardián —le dijo Dylan con diversión antes de salir.

Suerte: necesitaría un poco de eso.

veintisiete

No fue sencillo meter al taxi a un borracho que insistía en besarlo, Ash se recargaba en él y repartía besos en su mandíbula, mientras Manny intentaba tranquilizarlo, mirando al conductor con vergüenza, aunque era obvio que este se estaba divirtiendo debido a la escena.

—Por favor, Ashton, estamos en un taxi —dijo cuando el joven se arrimó a su costado, al tiempo que lamía la base de su oreja y olfateaba su piel. Soltó una risotada y lo empujó, el muchacho refunfuñó y se cruzó de brazos, parecía un niño pequeño haciendo un berrinche. Man se aclaró la garganta y miró al frente —. Te ves adorable.

Sacarlo fue más sencillo, le pagó al taxista y ayudó a su amigo a subir las escaleras afianzando su cintura. Una vez en el interior, lo llevó hasta la cama, Ash se acostó e inmediatamente soltó un ronquido.

Se quedó quieto por unos segundos, pues estaba disfrutando bastante al tenerlo ahí, en su cama, en su espacio después de tanto tiempo. Vio el bulto del celular en el bolsillo de su pantalón, así que escabulló la mano para sacar el aparato y llamar a su madre, pues sabía que Luce seguramente estaba preocupada.

—¡Ashton Ford! ¿Por qué no has llegado? —Como lo había pensado, la preocupación se notaba en su voz.

—Luce, soy yo, Manny —dijo—. Ash está bien, me lo encontré en el bar, estaba un poco bebido, así que lo traje a mi departamento. Acaba de colapsar en la cama.

—¡Gracias a Dios que está contigo! Este muchacho me va a sacar canas un día de estos. Me alegra que estén hablando de nuevo, Ashie estaba de un humor de perros desde que discutieron. —Sus comisuras temblaron al escucharla—. ¡En fin! Cuando se despierte dile que no se va a escapar del castigo.

—Buenas noches.

Colgaron. No se movió, respiró hasta llenarse los pulmones y luego exhaló. Le quitó las zapatillas, así como se deshizo de las suyas, luego fue a acostarse al otro extremo de la cama. Miró el techo por un buen rato hasta que se quedó dormido.



Sentía una ligera punzada en la cabeza. No obstante, lo que lo despertó fue el ruido de lo que creyó eran cubiertos. Arrugó el rostro y se talló los ojos antes de abrir los párpados. Se desconcertó al percatarse de que no estaba en su cama, entonces recordó lo que había sucedido la noche anterior y resopló fuerte, ocasionando que sus labios oscilaran.

El departamento de Manfred era pequeño, en la recámara solo había una cama, un armario y una mesita de noche. Se irguió, posteriormente se puso de pie para salir. Todas las habitaciones se conectaban —a excepción de la alcoba y el baño—, había una pequeña sala con dos sillones, a un lado estaba la cocina, en donde un joven en pantaloncillos de franela se movía.

Ashton sonrió, cepilló con los ojos el cuerpo de Man. Recordaba lo que había hecho, se sentía animado, pues no lo había rechazado del todo.

—¿Así que esta es tu cueva? —preguntó mientras se dirigía a una mesilla, se sentó en una de las sillas sin quitarle la mirada de encima.

—Lo es, no es la gran cosa, pero es lo único que me alcanza —dijo, dándole la espalda.

También recordó al estúpido meserito de mierda y el enojo volvió a correr por sus venas, ya estaba cansado de ese sujeto que aparecía en los momentos menos indicados.

—¿Ya me perdonaste? —questionó Ashton con timidez.

—¿Ya lo hiciste tú? —respondió.

—Nunca he estado enojado contigo, sé que te hice daño antes, entiendo que estés molesto. Es decir, durante años salí con un montón de chicas frente a ti, ya vi que es doloroso ver a la persona que quieres con alguien más y, además, tú tenías que fingir que nada sucedía.

—Emily... —susurró Man, relajando los hombros y encorvándose.

Ash recordó lo que había pasado un par de meses atrás:

—Tenemos que hablar —le dijo él a la chica, que se aferraba a su brazo como si fuera un salvavidas. No tenía idea de cómo lo hacía para encontrarlo cada vez que intentaba esconderse.

Ash ya estaba cansado de que lo siguiera a todas partes, la situación se había intensificado desde que la verdad de Manfred había salido a la luz, como si de alguna forma Emily presintiera que Ashton correspondía los sentimientos de su mejor amigo.

Ella no tenía la culpa de nada, había sido un mero instrumento para aliviar sus inseguridades, lo cual lamentaba con todo el corazón. Era un patán, no obstante, autoflagelarse no ayudaría, tenía que ser sincero con Emily por primera vez, aunque revelar la verdad significara cavar su tumba.

Después de todo, debes temerle a alguien despechado, ¿no?

—Podemos hablar luego, ¿qué te parece si vamos a un concierto el viernes por la tar...? —No terminó la pregunta, se quedó silenciosa al ver que Ashton negaba con la cabeza—. ¿Por qué no?

—Esto no puede continuar, no creo que seamos el uno para el otro, Em —murmuró el chico aplanando los labios.

Las cejas de la muchacha se frunció, pero sus ojos se llenaron de tristeza, lo cual hizo que se sintiera aún peor. Había sido un imbécil todo ese tiempo.

—¿Estás terminando conmigo? —cuestionó ella con incredulidad. Quiso decirle que nunca habían formalizado. En realidad, jamás le había pedido que fuera su novia, simplemente salían. Sin embargo, prefirió asentir para que el golpe no fuera tan crudo—. ¿Por qué? ¿Hice algo mal?

Yep, era un miserable.

—No, no hiciste nada mal, soy yo el del problema —dijo—. Tú has sido increíble, cualquier chico se sentiría feliz de estar contigo.

—¿Y por qué tú no? —preguntó la chica, mostrándose a la defensiva—. ¿Qué está pasando, Ashton? No he hecho más que intentar agradarte, creí que estábamos en la misma línea.

—Estoy enamorado de alguien más. —Ella se desinfló, Ash hizo el amago de acercarse para consolarla al ver cómo se le descomponía el rostro, pero Emily se echó hacia atrás, esquivando el toque—. Lo siento.

—Si me das un poco más de tiempo puedo enamorarte, estoy segura —susurró al tiempo que le temblaba el labio inferior y la mirada se le llenaba

de lágrimas.

Ashton tomó un respiro profundo, había lastimado a Emily y a Manfred, ¿se podía ser más estúpido?

—No tengo dudas de que lo lograrías, el problema es que estoy enamorado de Manny —soltó.

Aquellas palabras fueron como una cachetada para la joven, quien aspiró aire y negó con la cabeza, sin poder creer lo que estaba diciendo. La vio tan herida, tan rota, que terminó rompiéndose también. Soltó unas lágrimas que igualaron las de ella.

La muchacha no dijo nada, le propinó una cachetada seca en la mejilla que resonó en las paredes antes de salir. El ardor cubrió su piel, por inercia se llevó la mano al lugar lastimado.

—Le dije a Emily que estaba enamorado de ti, terminé con ella hace unos meses, no se lo tomó muy bien. De verdad, lamento no haberte defendido, Man, me sentí como la mierda, como el peor de los amigos, me di cuenta de que nada se sentía bien si no te tenía a mi lado mirando. No podía jugar sin buscarte en las gradas, no podía estudiar sin esperar que estuvieras sentado en mi escritorio. Y-yo tuve miedo, estaba muy confundido, por eso quise pensarlo sin ti para que nada de lo que pasó sucediera. —Guardó silencio, esperando que él dijera algo —. Necesitas aprender a responder mis discursos de amor.

—A veces no estoy seguro de que de verdad sientas eso, en ocasiones creo que estás tan confundido que crees que lo haces —susurró, apagando la hornilla para darle toda su atención.

—Lo tengo muy claro, mis sentimientos no me confundieron, me confundí porque no sabía cómo actuar. —Ash se puso de pie, dando pasos cortos se acercó a Manny. Las puntas de sus pies descalzos tocaron sus talones, su pecho rozó su espalda. Puso la barbilla en la curvatura de su hombro—. Te amé desde que me enseñaste nuevos trucos en los videojuegos. Te amé porque amaste la idea de vivir conmigo en el ataúd de Drácula. Te amé cuando me mostraste lo que podía sentirse al acariciarse, no tienes idea de las veces que reviví ese momento durante mi adolescencia, tú tocándote, suspirando, corriéndote; cerraba los ojos e imaginaba tus sonidos mientras me tocaba, me hiciste volar sin saberlo. Te amé porque nunca me dejaste solo y siempre hiciste todo por verme feliz.

Manfred se quedó pasmado al escuchar esa confesión, ¿estaba diciendo que se había acariciado pensando en él? ¿Qué? Pero no lo dejó pensar, pues sopló su

aliento frente a su oído, haciéndolo estremecer. Lo abrazó desde atrás, lo sostuvo como nunca, se sentía pequeño, Man se convirtió en una masa temblorosa de células, en pulsaciones aceleradas.

—No solo te amo, también me gustas —continuó, recorriendo con su nariz el laberinto de su oreja—. ¿No te lo había dicho? Me encanta tu cuerpo, tu olor, lo bien que se siente tenerte en mis brazos porque es correcto, ¿sabes? Amo abrazarte así, sentirte, besarte.

Manfred se lamió los labios, echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Se deshizo entre sus manos, se dejó conquistar, pues ni en un millón de años él podría resistirse a Ashton Ford, y menos cuando lo abrazaba de esa manera, cuando le susurraba, no cuando le abría su alma.

Ash le cogió la mandíbula y le giró el rostro, atrapó sus labios para consumirlo en un beso arrasador que acabó con todas las murallas que se había obligado a erigir.

Pasados un par de minutos, en los que estuvieron sumergidos en el beso, se separaron. Man se dio la vuelta y abrió los párpados cuando vio que Ashton se había puesto de rodillas y lo miraba desde abajo.

—¿Me perdonas por ser un cobarde y no haberme dado cuenta antes?

Se puso en la misma posición que él.

—¿Me perdonas por no haberme puesto en tu lugar? Solo pensé en mí.

Los dos sonrieron y se abrazaron, sabiendo bien que se habían equivocado. Manfred no podía culparlo por lo que había sufrido antes de que descubriera que era homosexual, recordó lo mucho que había dolido su proceso de aceptación, lo mucho que quiso que las mujeres le gustaran. Ash también había necesitado su apoyo y se lo había negado.

Se pusieron sobre sus pies y fueron a la mesa para desayunar y charlar acerca de lo que había pasado en sus vidas durante esos meses en los que estuvieron distanciados. Manny le contó que no había pasado nada con Dylan, nada que no fuera unos cuantos roces. Vio el enojo en las pupilas de Ash. No obstante, este se calmó respirando varias veces, aunque muy en sus adentros deseaba romperle la cara al mesero.

Hubo un momento en el que se quedaron en silencio, contemplándose con las comisuras alzadas. Man jamás imaginó que un día estaría así con su mejor amigo, Ash tampoco.

A veces el amor duele, desgarrar, mata; de eso se trata, ¿no? Porque si no doliera no sería ni real ni incondicional. El amor que duele supera, cruza las

barreras y vence al final con heridas, con rasguños, con grietas; pero triunfa.

No hay herida que no sane, no hay mal que no pase, sin embargo, el amor y el tiempo no se recuperan.

Ellos no planearon que sucediera, simplemente pasó porque fue inevitable. A pesar de que había dolido, de que habían resultado heridos en el camino, estaban ahí, mirándose, descubriendo las chispas que brillaban en sus ojos.

No podían evitar que sus corazones latieran desenfrenados, no podían evitar quererse porque habían estado destinados desde que la vida los colocó en esa vieja banca en medio del patio de la escuela.

No podían dejar de ser electricidad.

FIN

Epílogo

Años después

El camino que recorrimos fue duro, pero lo hicimos juntos.

Ashton entró a Jurisprudencia, yo a Enfermería. En la universidad fue más fácil andar por ahí tomados de la mano, la gente era más tolerante que en nuestra antigua escuela, donde esperaban que les diéramos la espalda para cuchichear y burlarse. Al final comprendí que las personas solo tienen miedo de los cambios, no toda la gente está preparada para sufrir un cambio en su mentalidad. Sin embargo, sí había algunas personas a las que no les agradaba, y no dudaban en hacer malas caras cuando nos veían demostrando nuestro cariño; algo que no nos importó, por supuesto.

Él me pidió matrimonio, le respondí que sí después de un par de semanas, pues me había aterrado la proposición al principio. Nos comprometimos y nos casamos después de mi graduación. Luce nos ayudó a organizar una pequeña boda, ella lloró el día de la ceremonia y me abrazó muy fuerte, me dio las gracias por permitirle tener dos hijos; también me hizo llorar. La madre de Ashton se convirtió en la mía, para ser sinceros me sorprendió mucho que aceptara nuestra relación, al igual que su abuela y la mayoría de su familia. Deseé muchas veces que mis padres se parecieran a ella, ya que es una gran persona.

Ahora los dos tenemos un trabajo estable, soy enfermero de quirófano en el hospital geriátrico, Ash trabaja en una firma de abogados y tiene sus propios clientes fuera de la asociación. Tengo cierta debilidad cuando llega a casa vestido con su traje, es agradable a la vista y él lo sabe, así que lo usa en mi contra, pero yo no me quejo en absoluto.

Queríamos tener nuestra propia familia, pero no me sentía preparado para adoptar. Nos costó tres años decidirnos, y fue después de que Luce nos mostrara unos folletos y testimonios de parejas gay hablando acerca de la adopción.

Durante meses estuvimos yendo a los orfanatos, fuimos sometidos a diversos estudios, a tantos que casi nos dimos por vencidos porque, si para una pareja heterosexual es difícil adoptar, para una pareja homosexual lo es el doble en ocasiones.

No queríamos a un bebé, nos inclinábamos más por algún pequeño más grande, pero no era tan simple, porque para muchos niños era extraño ver a dos hombres como una pareja.

No fue hasta después de un tiempo, mientras paseábamos por un orfanato, cuando una pequeña llamó mi atención, tenía dos coletas y un vestido de color café, estaba sentada en una mesa dibujando, y en cuanto nos vio sus ojos no se despegaron de nosotros. Le pregunté a la trabajadora social si podíamos conversar con ella, y aceptó. Nos internamos a un cubículo, solo había una mesa y tres sillas. Mis manos comenzaron a temblar debido al nerviosismo, Ashton las acunó y entretejió nuestros dedos. Su calor inmediatamente me calmó, respiré profundo y le sonreí.

La linda niña entró, se sentó, y al instante se puso a platicar acerca de su dibujo, no podía parar de hablar. Se llamaba Michelle, tenía diez años, amaba el color morado y los gatos. Su padre había muerto cuando era más pequeña y su madre la había abandonado en una calle desierta, no tenía más familiares, solo unos parientes lejanos que no quisieron hacerse cargo de ella.

Durante semanas la visitamos, Michelle nos robó el corazón, pero todavía no le habíamos comentado nada, no estábamos seguros de que nos quisiera como padres. Sabía que solo éramos dos hombres, jamás había hecho un comentario al respecto. Un día llegamos, tomamos asiento y la esperamos. Entró dando saltitos y nos mostró otro dibujo que había hecho. Después de un rato nos quedamos en silencio. Ashton iba a hacer la pregunta, pero la pequeña parlanchina se nos adelantó.

—¿Ustedes son novios? —cuestionó, ladeando la cabeza.

Me quedé enmudecido, tragando saliva, mis palmas sudaban, jamás había estado tan nervioso antes. Ash me dio un apretón y asintió a los ojillos pizpiretos de color almendra.

—Somos esposos —contestó. La niña abrió la boca formando un círculo, no hizo más gestos que ese—. Verás, Michelle, Man y yo queremos formar una familia y nos gustaría que fueras parte de ella, que te convirtieras en nuestra hija. Pero necesitamos tu opinión. ¿Te incomoda? ¿Qué piensas?

—Mis antiguos padres no me querían, ¿ustedes van a quererme? —cuestionó

con seriedad, los dos asentimos al mismo tiempo—. Voy a tener dos padres, ¿verdad?

—Sí —dije.

—Entonces sí quiero —dijo con una sonrisa y los ojos brillando.

Jamás olvidaré el momento en el que Michelle se levantó y se acercó a nosotros para abrazarnos. Iniciamos los trámites, acondicionamos la casa, compramos un gatito para recibirla. Meses después entró y lloró cuando vio su habitación decorada con su color favorito y a un gatito maullando en su cama nueva. Nos abrazó muy fuerte y nos dio las gracias.

Tres años después de su adopción, me siento en una banca del jardín y la contemplo mientras salta en el inflable que rentamos para su fiesta de cumpleaños número trece. Ha pasado momentos duros, sobre todo en la escuela, pues los niños pueden ser muy crueles a veces. Pero nos ha demostrado que tiene una valentía inquebrantable.

Ash sale cargando el pastel, me señala el interior de la casa con la barbilla, entonces me doy cuenta de que están tocando el timbre. Me levanto y camino apresurado, abro la puerta. Me tambaleo, no puedo creer que ella esté aquí, no la he visto desde ese día en la escuela, cuando le dije que no volvería a casa de Edward.

Sus ojos se nublan al verme, se cubre la boca y comienza a llorar. Tomo aire, sintiendo la presión en mi pecho, nunca me ha gustado verla triste, pero no sé cómo actuar, no sé por qué ha venido, tampoco si debo abrazarla o solo dejar que se calme.

—Dios, eres todo un hombre, estás tan grande. —El desconsuelo en su tono me hace tragar saliva para aligerar el nudo que se ha formado en mi garganta—. Perdóname, Manny, por favor, perdóname.

Doy un paso para aproximarme, pues no aguanto, es mi madre y se ha equivocado, aunque me hubiera gustado que me apoyara jamás pude culparla, porque Edward supo manipularla. Tan pronto me acerco, se lanza y me rodea el cuello sin dejar de llorar. El abrazo me sabe cálido, me hace recordar a las margaritas que Michelle puso en el comedor. Aguanto las lágrimas que queman mis ojos, respiro profundo para calmar las emociones que de pronto se sienten tan intensas.

—Yo me preguntaba si... Me gustaría ser parte de tu familia, ¿podría? —dice en medio de los sollozos.

Le contesto metiéndola en casa. Michelle llega corriendo, se detiene al ver a

mamá, se queda seria al reconocerla —le he enseñado fotografías—, ya que conoce nuestra historia y aplana los labios; de más está decir que no le agrada su presencia. De todas formas, Olivia se acerca y la saluda. Michelle regresa al patio, nosotros nos vamos hacia la sala.

Mamá explota, me cuenta que no puede soportarlo más y que ha decidido dejar a mi padre, que se dio cuenta de que ha estado equivocada y que se arrepiente de haberme dado la espalda. Le digo que no se preocupe porque hace mucho que los perdóné, no quería criar a mi hija sintiendo rencor o juzgando las acciones de otros.

Sé que nos costará trabajo adaptarnos después de tanto tiempo, sé que todavía falta mucho por platicar, hemos estado separados muchos años, pero se siente como si todavía fuera ese chiquillo que se aferraba al amor que sentía por su madre para enfrentar las rigurosas exigencias de su progenitor.

En el exterior, Luce la recibe con una sonrisa. Ambas se alejan y se sumergen en una plática privada en uno de los rincones del jardín. Me quedo en el umbral de la puerta, observando la fiesta de cumpleaños con temática de murciélagos. De pronto unas manos se cierran alrededor de mi cintura, su pecho se pega a mi espalda y su barbilla se apoya en mi hombro. Sonríó cuando respira profundo en la base de mi oreja y deposita un beso en la zona.

—Te ves muy comestible hoy, estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no arrastrarte a la cama ahora mismo. —Mis comisuras tiemblan, me remuevo al sentir su aliento en mi oreja y compruebo que nadie nos esté mirando—. No vas a escaparte esta noche, voy a desconectar todos los teléfonos, lanzaré ese horrible celular al inodoro si es necesario, pero no te vas a librar de mí.

Recargo mi cabeza en su hombro sin dejar de sonreír.

—¿Se supone que esa amenaza debe de darme miedo? —cuestiono. Ashton camina hacia atrás, llevándome con él, suelto una risita—. Estamos en el cumpleaños de nuestra hija, no puedes hacer eso.

—Yo puedo hacer lo que quiera en mi casa, con mi esposo, quien guarda en sus pantalones algo que también me pertenece, voy a hacer lo que se me antoje. — Me arrastra a la cocina, comprueba que no haya nadie y cierra la puerta estampándome contra esta.

—Estás siendo muy posesivo —susurro. Alzo mis brazos y rodeó sus hombros para pegarlo a mí, mi corazón late desenfrenado cuando sus manos bajan y me aprietan con fuerza.

—Esto me encanta, tú me encantas. —Él me arranca un beso interminable

lleno de humedad, pasión y ternura.

Me tiene suspirando, más cuando una de sus manos desabrocha el botón de mi pantalón para escabullirse al interior. Me convierto en llamas y en agua, me lleva a otro mundo y me hace todo y a la vez nada, con su tacto suave y firme me sumerge en una marea que enloquece mis sentidos, que me roba el aliento y la respiración.

Me quita lo que soy y me lo regresa al final. Silencia mis gemidos con un beso repleto de fuego.

No sé nada, solo que lo amo más que cuando era joven y me gustaba contemplar su perfil mientras compartíamos el cielo en nuestra arboleda favorita. Lo amo más que antes y cada día crece lo que siento por Ashton Ford.

Abro los ojos antes de llegar a la parte más alta de la montaña gracias a sus caricias. Observo sus pupilas, las cuales me contemplan, no puedo dejar de mirarlo, nunca puedo dejar de hacerlo porque cada vez que navego en su mirada lo único que puedo ver son los rayos de nuestro amor.

Contenido extra

Antes de que Man le diera el sí a Ash

¿Crees en el destino?

Manfred jamás se había detenido a pensar en ello, lo que sí sabía era que Carlene Sweet había entrado a su vida por una razón, por una que lo mantenía anonadado. Sin duda alguna llegó en el momento justo para aclarar las dudas que se habían formado en su cabeza, esa jovencita de cabello castaño y ojos brillantes había alejado el pánico de Man sin saberlo.

Estaba seguro de que no era una casualidad habérsela encontrado ese día en el bar mientras le servía una copa a un cliente, el destino la había puesto en su camino. Al principio le causó ternura y quiso ayudarla, pues se veía triste y desolada, pero luego ella empezó a hablar y no pudo evitar obviar las similitudes entre los dos, era como ver a aquel Manfred Clark que se moría en secreto por su mejor amigo Ashton Ford.

Días atrás Ashton le había propuesto pasar toda la vida a su lado y él... Manny se había quedado pasmado como un poste, inmóvil y con los ojos tan abiertos que creyó se le quedarían así para siempre. No es que no quisiera pasar el resto de sus días junto al chico, solo sentía que eran demasiado jóvenes como para pensar en eso.

Las dudas y el miedo a cometer los mismos errores que sus padres cometieron alguna vez pudieron más que cualquier otra cosa, no le pudo dar una respuesta a Ash y, aunque él había sido comprensivo, pudo ver una sombra de decepción en su mirada.

Recordó el momento en el que la verdad se le estampó en la cara:

—¿Qué hizo esta vez? —preguntó Manfred tan pronto la jovencita se subió a su auto con la respiración agitada. Se podía ver en su rostro que algo desagradable había pasado.

—Dijo que lo lastimo —dijo Carlene arrugando el gesto con molestia—. ¿Cómo puede decirme algo así? ¡Es a mí a la que lastima con sus estupideces! ¡Con sus errores repetitivos!

—Exactamente, Carly, son errores. Y si es verdad que te ama, quizá tú también lo lastimaste sin saberlo —soltó observando la ansiedad que irradiaba la muchacha, quien talló con las manos su sien como si le doliera la cabeza.

—Yo decidí tener novio cuando él anduvo con esa, no me miraba de ese modo, lo hubiera sabido. Yo... —Su voz tembló hasta convertirse en nada. Manny se orilló frente a su arboleda favorita, se giró en su asiento y la miró con seriedad.

—Eres una mujer hermosa, pero no lo sabes —sentenció Manny, ocasionando que Carlene agachara la cabeza, confirmando así que no estaba muy de acuerdo.

—¿Eso qué importa? ¿Cuál es tu punto?

—Creo que, si él te hubiera mandado señales, que seguramente sí lo hizo, no te diste cuenta por estar sumergida en tu autodesprecio, ternura.

—Yo no me detesto, yo solo... Soy fea en comparación con otras chicas, soy tan común y ordinaria, no tengo nada llamativo, nada que me haga aceptar que David me quiere.

Se quedó impactado al escucharla, la frente de Manny se arrugó. The Beatles sonaba de fondo, en otro momento habría estirado los pies para relajarse y disfrutar la música, pero no podía porque por algún motivo sentía que ella de verdad sentía lo que decía.

—¿Quién te ha dicho toda esa basura? Lo único que yo veo frente a mí es a una mujer con un corazón enorme, unos ojos cautivantes y un rostro precioso que insiste en mantener oculto.

—No sé qué hacer —susurró.

—¿Has pensado en visitar a un psicólogo? —preguntó tanteando su reacción. Ella se enderezó con rapidez y lo enfocó endureciendo el entrecejo —. No porque estés loca, pero necesitas ayuda, Carly.

Carlene asintió, resignada.

—¿Qué hago con él? —cuestionó dándole una mirada de reojo.

—Hablar y arreglar los problemas. Si no quieres una relación con él ahora, no la tengas, pero no mandes a volar tantos años llenos de cariño y amistad. —Manfred sintió los ojos húmedos, parpadeó para ahuyentar las lágrimas

— Yo tenía un amigo, lo hacíamos todo juntos, era mi hermano. Se enteró de que era homosexual y, bueno... las cosas se nos salieron de control, fue una época muy excitante porque él estaba descubriendo que le gustaba que lo tocara y todas esas cosas. —Elevó una ceja con picardía al recordar aquello, ya había pasado un tiempo, pero se seguía sintiendo como si hubiera sido el día anterior. Escuchó la risita femenina y sonrió—. El punto es que me dejó en evidencia delante de toda la secundaria, me lastimó como no tienes ni idea. Tiempo después me pidió perdón de rodillas y me dijo que era un cobarde por intentar ocultar sus sentimientos. Él me quería de ese modo, ¿sabes?

Man tomó aire.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella con curiosidad.

¿Qué ocurrió? Esa era la gran pregunta. En un segundo el panorama se aclaró, le estaba aconsejando a alguien que siguiera sus sentimientos mientras él se dejaba llevar por tonterías. Manfred también quería pasar el resto de sus días con Ashton, entonces, ¿por qué se detenía?

—Pronto nos vamos a casar —respondió, porque así sería.

Manfred soltó carcajadas estruendosas al ver el rostro sorprendido de Carly, quien jamás se esperó esa respuesta

Esa noche abrazó a Ashton y le susurró el «sí».

La conoció un instante, solo eso bastó para marcar su camino y dejar huella. Era una amiga fugaz, el tipo que se queda en tu memoria para toda la eternidad. No sabía si iba a volver a verla, pero él siempre la recordaría como una luz iluminando la oscuridad.



Años después de la adopción

Conocer a los padres de tu pareja era una parte fundamental en la relación, o al menos eso le había dicho Michelle cuando le propuso presentarle a su familia. Le aseguró que no había nada que temer, le juró que el proceso sería rápido e igual al de cualquier noviazgo, pero para el pobre chico era el doble de difícil.

No era uno, eran dos.

Dos hombres mirándolo con los brazos cruzados, las barbillas alzadas, los ceños fruncidos y las miradas penetrantes que lo atiborraban de preguntas silenciosas. Aunque ya había tenido conocimiento de lo que enfrentaría, tenerlo frente a él estaba haciendo que le temblaran las rodillas. Tenía miedo de que alguno sacara una escopeta y le apuntara en la cabeza o que otro se acercara y le rompiera el cuello. Lucían amenazantes y dispuestos a asesinarlo si le hacía algo a su hija.

Él amaba a Michelle, pero igual tenía miedo, sentía que las axilas le sudaban y no encontraba su voz por ningún lugar.

—Tienes que traerla temprano, antes de las doce, ni un minuto más y ni un minuto menos, ¿entendido? —preguntó uno de ellos alzando la ceja. Había más advertencias en la mirada del padre de su novia, amenazas que había entendido a pesar de que el hombre no las había pronunciado. Asintió.

—Sí, señor.

—Y cuidadito con poner las manos en lugares incorrectos —dijo el otro padre tensando más el entrecejo. El pobre tragó saliva, nervioso.

—¡Dios! ¿¡Qué demonios les pasa!?! Dejen a Álex en paz —dijo la muchacha, enfrentando a los dos titanes que se negaban a suavizar el asunto—. Él puede ponerme las manos encima.

El muchacho abrió tanto los ojos que Ashton tuvo que apretar los labios para no carcajearse, parecía un animalillo asustado siendo acorralado por tres enormes fieras. Michelle podía ser un infierno si se lo proponía. Su hija era vivaz, rebelde, llena de energía, arrasaba como un remolino con todo.

—Deberías pensar eso dos veces si es que quieres salir —soltó uno. La adolescente hizo una mueca.

—Está bien —susurró entre dientes—. No llegaremos tarde y solo pondrá las manos en los lugares que yo le permita.

La joven agarró la mano de su novio y salió de la casa con rapidez. Todavía no había pasado ni un minuto cuando la puerta volvió a abrirse, ella entró y se acercó a sus padres para despedirse, depositó un beso en sus mejillas y sonrió.

—Los amo —dijo antes de salir.

Se quedaron solos. Manfred dejó escapar un suspiro y se encaminó a la habitación, estaba exhausto, había pasado todo el día en el hospital, lo único que quería era quitarse la ropa y dormir hasta el día siguiente, ni siquiera tenía hambre.

Una vez en medio de las penumbras del cuarto, se desvistió, dejó las prendas

en el suelo y se tiró en el colchón, se acomodó de lado y cerró los párpados. Ya no podía más.

Los minutos pasaron, casi se encontraba inconsciente cuando lo sintió moviéndose en el otro extremo de la cama, luego un brazo rodeó su cintura, el aliento de Ashton sopló en su oído, causando que una corriente lo recorriera.

—Estoy agotado, Ashie —murmuró, a pesar de que su tacto provocó que sus poros se levantaran.

La nariz de Ash delineó los contornos de su oreja, depositó besitos tronados, e inconscientemente Man se adentró más en el abrazo.

—Ya lo sé —susurró—, has trabajado demasiado.

Manny sonrió perezosamente, sabiendo lo que estaba pensando.

El pecho desnudo de Ashton estaba pegado a su espalda, enredó sus piernas y contorneó su obliquo con sus yemas y uñas. Manfred no abrió los ojos, disfrutó de las caricias y aguantó los suspiros anhelantes. Ciertas partes se endurecieron, señal de que estaba disfrutando, de que no podía evitar reaccionar a él, aunque se estuviera muriendo de sueño.

El hombre que lo seducía todos los días jugó con su lóbulo sin dejar de respirar sobre su oído para seguir electrificándolo. El sueño se esfumó cuando Ash alcanzó el borde de sus calzoncillos de algodón, perfiló el elástico por un segundo e introdujo la mano en el interior. Un gruñido le sacó un gemido, giró la cabeza y dejó que su esposo y mejor amigo le diera un beso, que sus labios amasaran los suyos con desenfreno y le borrara los pensamientos con los mordiscos traviosos que lo mantenían más que despierto.

La mano se escabulló con maestría, conociendo bien los caminos de piel hasta atrapar lo que tanto deseaba tocar, lo que tanto ansiaba ser tocado. Mientras lo manipulaba siguiendo un ritmo que lo llevó al límite, Manfred se rindió, como siempre, como cada vez que Ashton se acercaba y le robaba un beso, como cada vez que le susurraba cosas al oído, como cada vez que lo miraba con sus ojos brillosos, llenos de luz.

Se rindió, dejó que sus manos le dieran la vuelta, que se colocara encima de él y le sacara las únicas prendas que los separaban. Ninguno apartó la mirada hasta que los relámpagos explotaron en sus vientres y tuvieron que cerrar los párpados para soportar la intensidad de lo que sentían.

¿Y qué era? Una sensación que los recorría desde la punta de los pies hasta el último cabello. Una sensación que les quitaba la respiración y aceleraba sus corazones. Una emoción capaz de matar si faltaba. Amor...

Electricidad.

Glosario

Zorrillo: mofeta.

Grandulón: grandullón, especialmente si se comporta como un niño.

Manubrio: volante, manillar

Bienes raíces: bienes inmuebles.

Perilla: picaporte.

Atoró: cortó.

Copete: pelo que se lleva levantado sobre la frente.

Charola: bandeja

Concreto: hormigón, cemento, el piso de color gris que hay en las aceras.

En detención: la detención es un castigo que aplican algunas escuelas.

Básicamente tienen que permanecer una o dos horas en un lugar establecido dentro de la institución después del horario escolar y quedarse sentados o hacer tareas en silencio.

Orillado: no dejar otra opción más que esa.

El muerto y el arrimado a los tres días apestan: es un refrán que se refiere a que si estás de visita en un lugar y te quedas más tiempo del que fuiste invitado puedes llegar a ser molesto para los anfitriones.

Colapsar: quedarse dormido por causa del alcohol.

Besitos tronados: besitos que suenan.

Elena García

El tormento de Álex

*Porque no hay peor guerra que la que te
declaras a ti mismo*



*De la autora de **Dr. Engel***

Nova Casa Editorial

El tormento de Álex

García, Elena

9788416942930

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las imprudencias se pagan y eso es algo que, por desgracia, Álex sabe muy bien. Un hombre atormentado por una mala decisión. Una promesa cada día más difícil de cumplir y un sentimiento que creía olvidado amenazan con florecer de nuevo en su interior... ¿Qué secretos guarda el misterioso Álex? ¿Quién es esa mujer que lo está volviendo loco?

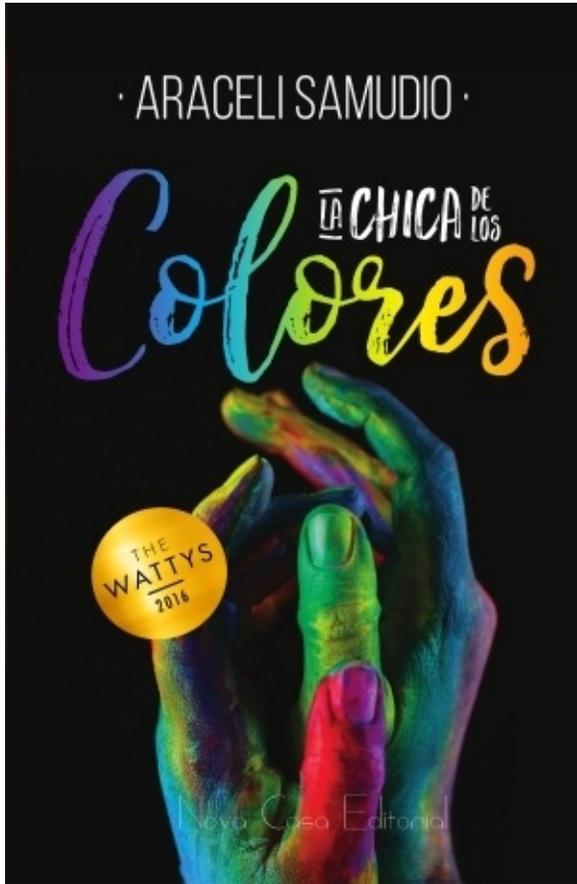
[Cómpralo y empieza a leer](#)

· ARACELI SAMUDIO ·

LA CHICA DE LOS
Colores



Novo Casa Editorial



La chica de los colores

Samudio, Araceli

9788416942916

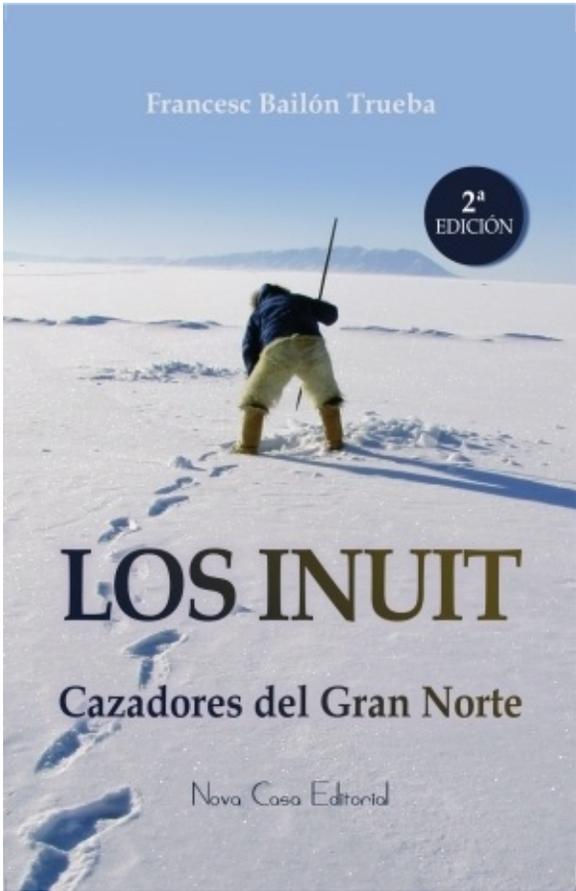
346 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Celeste era una chica con una discapacidad a quien, a raíz de un accidente, le habían amputado ambas piernas a la edad de diez años. Gracias al apoyo de su familia —en especial al cariño y confianza que le brindó su abuelo—, fue capaz de superar los momentos difíciles causados por la adversidad. Encontró entonces en el arte, y específicamente en la pintura, una forma de liberar su alma, de volar a los rincones a los que físicamente no podría llegar. Así, entre cuentos infantiles y sirenas, fue capaz de crecer y convertirse en una mujer hermosa, talentosa y, sobre todo, independiente. Pero, y ¿el amor? El amor la hacía sentir vulnerable. No lo esperaba, creía que las cosas para ella serían así: una vida solitaria y llena de cuadros por pintar. Entonces apareció Bruno, un chico de una ciudad distinta, de una clase social diferente, pero con muchas ganas de llenarse de los colores de Celeste. Bruno le demostrará que el amor no entiende de diferencias ni de limitaciones, que los recuerdos que guarda el corazón son más importantes que los que guarda la mente, y que el amor existe para todos. Celeste encontrará en Bruno al chico de los cuentos que le contaba su abuelo y, de paso, descubrirá que este tiene muchas más historias que contar, además de las que ella conocía y que los secretos del pasado pueden afectarlos a ambos. Celeste y Bruno serán testigos de un amor predestinado en el tiempo, una revancha de la vida, un

lienzo en blanco lleno de colores por pintar y descubrir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Francesc Bailón Trueba

2ª
EDICIÓN

LOS INUIT

Cazadores del Gran Norte

Nova Casa Editorial

Los Inuit

Bailón, Francesc

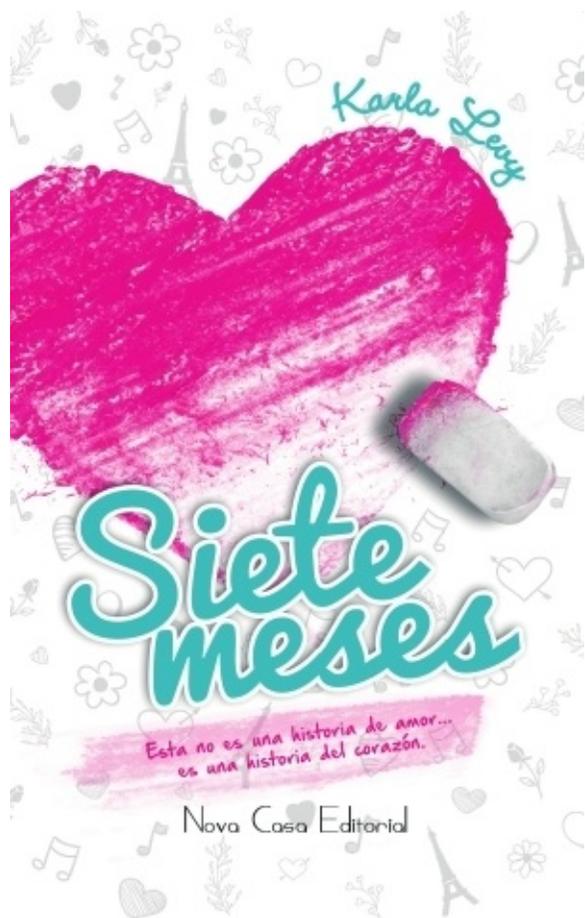
9788416281725

460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

'Los inuit, Cazadores del Gran Norte' es una obra que nos acerca a un pueblo que se conoce más por su nombre que por su realidad cultural. A partir de las historias locales, y en un lugar tan inhóspito y frío como es el Ártico, nos adentramos en una cultura que, en muchos aspectos, ha permanecido inalterable a lo largo de los siglos, y que ha seguido respetando su entorno natural como estrategia principal de su subsistencia. La apasionante visión que Francesc Bailón nos ofrece de este mundo, y que en palabras del propio autor «constituye uno de los últimos soplos de humanidad que le quedan a este planeta», nos debe mostrar lo que un día fuimos para entender en lo que ahora nos hemos convertido. Además, esta obra nos permitirá comprender cómo un pueblo cazador y pescador ha pasado a ser el espejo en el cual quieren reflejarse otros grupos indígenas de la Tierra. Este libro, profusamente ilustrado con magníficas imágenes, trata además de temas que nos afectan a todos y especialmente al pueblo inuit, como son el calentamiento global y la contaminación medioambiental que asolan nuestro planeta. Quizá a través de esta obra lleguemos a escuchar esas voces que proceden del Gran Norte y entendamos por fin que la supervivencia de esta cultura condiciona también la nuestra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

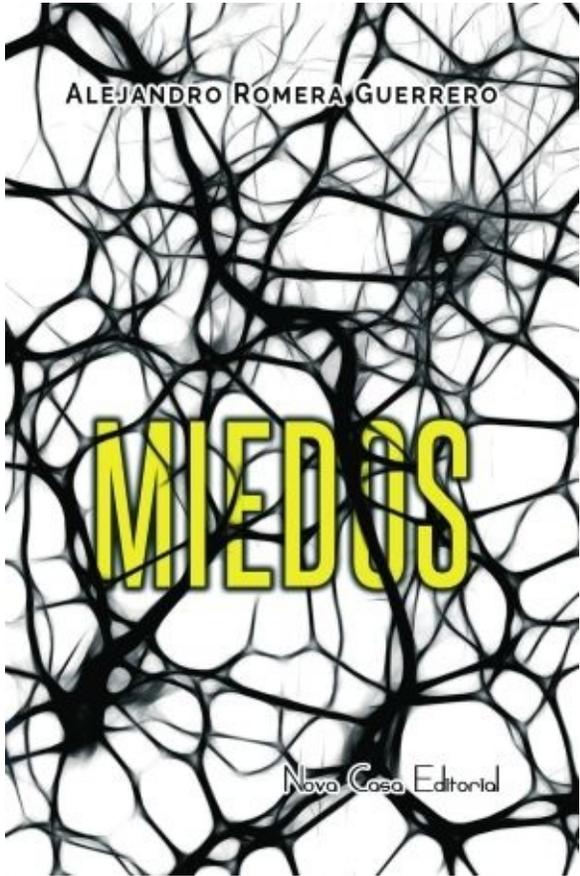
9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ALEJANDRO ROMERA GUERRERO

MIEDOS

Nova Casa Editorial

Miedos

Romera Guerrero, Alejandro

9788416942701

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Aún crees en monstruos bajo la cama? ¿Te aterroriza la oscuridad? ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para no caer en el olvido? ¿Qué harías si te hubiese tocado crecer en la Ruanda de 1994? ¿Y si la desidia se hubiese apoderado de tu vida? ¿Tienes miedo a estar solo? ¿O a sentirte solo? Miedos no es un libro de terror. Estos veintisiete relatos no pretenden que nos escondamos asustados bajo la almohada, sino más bien que nos enfrentemos cara a cara con muchos de los miedos que tenemos a diario. Nos encontramos ante unas páginas que, además de hacernos sentir un escalofrío en cada historia, nos incitan a reflexionar de un modo original y diferente sobre nuestro comportamiento frente a los temores que nos acechan. "Miedos es una potente medicina contra la incomprensión, la intolerancia, la crueldad, el egoísmo, la enemistad, la carencia de escrúpulos, los remordimientos, la indecisión o la cobardía. En cada historia de este libro hay un mundo dentro y otro fuera, porque el escritor se interna en los espacios íntimos del cerebro humano y los proyecta sobre unos personajes que respiran cotidianidad." Fragmento del prólogo, por José Guadalajara.

[Cómpralo y empieza a leer](#)